

¿Te perdiste una edición previa?

POPULISMOS

ROBOTS

HONGOS

LA CALLE

EXTRACTIVISMO

ESCUELA

CENTROAMÉRICA

EXTRA-TERRESTRE

MUERTE

COMUNIDAD

EZLN

DESIGUALDAD

Bajé al fondo, entre las rocas, primero un poco; luego más profundo, más. Supe que podía descender varios metros y tuve miedo. ¿Y si no puedo subir?, ¿si llego al fondo y no consigo volver?, pregunté.

JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ

Hoy, el Caribe sufre con intensidad el colapso climático global ocasionado por el capitalismo. Cuando se calienta el mar, la temperatura deja de ser adecuada para las algas, que son simbiosis de los corales.

LEV JARDÓN BARBOLLA

Recordé a un canciller boliviano que, luego de las negociaciones entre los dictadores Pinochet y Banzer en el pueblo boliviano de Charaña, con el objetivo de conseguir una salida al mar en la década del setenta, dijo recién llegado, triunfal y muy suelto de cuerpo: “Traigo el mar en el bolsillo”.

LILIANA COLANZI

Nuestro mundo no es el único que posee mares. Dentro del sistema solar, al menos tres satélites, uno de Júpiter y dos de Saturno –Europa, Encélado y Mimas–, tienen océanos bajo sus cubiertas de hielo.

JULIETA FIERRO

Los Estados y las corporaciones mineras consideran que abrir nuevas fronteras extractivas es urgente. Una de ellas es precisamente el mar profundo. Cientos de kilómetros cuadrados de subsuelo marino se contemplan para la exploración minera, en especial en el Pacífico.

FRANCISCO SERRATOS

La salida al mundo que Occidente descubrió en las puertas del Atlántico, justo en el lugar que Platón describe en su Critias como el sitio donde se ubicaba la Atlántida, terminó por desvelar el verdadero tamaño del planeta cuando los conquistadores españoles y portugueses se arrojaron con sus naves al mar.

PABLO RAPHAEL

EL MAR

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚM. 906, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

EL MAR

¿Qué papel jugó el mar en el origen de la vida? ¿Por qué intriga tanto a los científicos y a los artistas? ¿Cómo opera la minería submarina? ¿Hay mares en otros planetas?

Carlos Acuña • Hugo Alconada Mon
Lola Ancira • Sheerly Avni • Juan Carvajal • Liliana Colanzi • Elisa Díaz Castelo • Tania Favela • Carlos García • Julieta García González
Renata García Rivera • Eduardo Halfon • Lev Jardón Barbolla
Emilio Lezama • Daniel Montero
Philippe Ollé-Laprune • Pablo Raphael • Joca Reiners Terron
Jazmín Rincón • Aldo Sánchez
Ramírez • Francisco Serratos
Alfonsina Storni • SUPERFLEX
Juan Pablo Villalobos • Rasmus Grønfeldt Winther

ENTREVISTA
CON GABRIELA
CABEZÓN CÁMARA
MAURO LIBERTELLA

LOS PALESTINOS
QUE CRUZAN
HACIA RÁFAH
NOHA ATEF

LA VIDA DE
MARY READ
CAPITÁN CHARLES JOHNSON

LOS MARES EN
OTROS MUNDOS
JULIETA FIERRO

 revista.unam

 revista_unam

 revista_unam

¡Te la enviamos!

suscripciones@revistadelauniversidad.mx



Visita nuestra plataforma digital:

www.revistadelauniversidad.mx

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



 culturaUNAM





EL MAR

NÚM. 906, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO




culturaUNAM




La Universidad
de la Nueva

RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Mtra. Julia Santibáñez Escobar
Dra. María Soledad Funes Argüello
Dra. Mary Frances Teresa Rodríguez
Mtra. Socorro Venegas
Dr. Miguel Armando López Leyva

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre
Magalí Arriola
Nadia Baram
Roger Bartra
Jorge Comensal
Abraham Cruzvillegas
José Luis Díaz
Julieta Fierro
Luzelena Gutiérrez de Velasco
Hernán Lara Zavala
Regina Lira
Pura López Colomé
Frida López Rodríguez
Malena Mijares
Carlos Mondragón
Emiliano Monge
Paola Morán
Mariana Ozuna
Herminia Pasantes
Vicente Quirarte
Jesús Ramírez-Bermúdez

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani
Martín Caparrós
Alejandra Costamagna
Philippe Descola
David Dumoulin
Santiago Gamboa
Jorge Herralde
Fernando Iwasaki
Edmundo Paz Soldán
Juliette Ponce
Philippe Roger
Iván Thays
Eloy Urroz
Enrique Vila-Matas

NÚM. 906, NUEVA ÉPOCA
MARZO DE 2024

DIRECTORA

Dra. Guadalupe Nettel

COORDINADOR EDITORIAL

Pablo Duarte

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Mariana Delgado

JEFA DE REDACCIÓN

Sandra Barba

CUIDADO EDITORIAL

Claudina Domingo

EDITOR DE ARTE

Papús von Saenger

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

DERECHOS DE AUTOR

Blanca Estela Díaz

INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

DISTRIBUCIÓN

América Sánchez

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Abril Peña

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

EDICIÓN WEB Y DISEÑO DIGITAL

Andrés Villalobos

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



IMAGEN DE PORTADA: GUSTAVE COURBET, *EL MAR*, 1865. THE METROPOLITAN MUSEUM OF ART ©
Viñetas del número por Kitzia Sámano Valencia

Consulta nuestro Aviso de privacidad en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 124

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. *Revista de la Universidad de México* es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.



PROGRAMACIÓN ESPECIAL

EL MUNDO REAL
MARTES | 19:30 H
RET. | SÁBADOS | 18:00 H

¿POR QUÉ HISTORIAS?
MAR 5 • *Daphne, una pluma demasiado afilada*
MAR 12 • *La jueza*
MAR 19 • *Las chicas de Uagadugú*
MAR 26 • *Ellas sienten que amanecerá*

ÍCONOS DEL JAZZ
LUNES | 19:30 H
RET. | SÁBADOS | 00:00 H

MAR 4 • *Ella Fitzgerald*
MAR 11 • *Nina Simone*
MAR 18 • *Anita O'Day*
MAR 25 • *Sarah Vaughan*

DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER



*Hay un no se sabe qué grato misterio
acerca del mar, cuyos suaves y
terribles movimientos parecen hablar
de un alma oculta en su fondo.*

HERMAN MELVILLE

ÍNDICE

- 4 EDITORIAL**
Guadalupe Nettel

DOSSIER

- 7 FRENTE AL MAR**
Alfonsina Storni
- 8 LA IMAGINACIÓN OCEÁNICA Y LAS REVOLUCIONES CIENTÍFICAS**
Rasmus Grønfeldt Winther
- 16 LA MAREA**
Eduardo Halfon
- 18 LECCIONES QUE DEJÓ EL MAR**
Liliana Colanzi
- 23 EL OCÉANO PROFUNDO, LA NUEVA FRONTERA EXTRACTIVA**
Francisco Serratos
- 28 UN POEMA DEL MAR**
Juan Carvajal
- 34 LOS MARES EN OTROS MUNDOS**
Julieta Fierro
- 39 ATLÁNTIDAS**
Pablo Raphael

- 48 SALDOS PENDIENTES: EL DÍA QUE CASI ME AHOGO CON BOB MARLEY**

Sheerly Avni

- 57 UNA VUELTA COMPLETA AL SOL**

Joca Reiners Terron

- 64 LA CUNA Y LA TUMBA DEL MUNDO**

Julieta García González

- 69 EL MAR NUNCA OLVIDA**

Carlos García

- 78 LA VIDA DE MARY READ**

Capitán Charles Johnson

- 84 EL MAR Y EL LENGUAJE DE LAS SUPERSTICIONES**

Lola Ancira

- 90 COSTA AZUL**

Juan Pablo Villalobos

- 97 LA HISTORIA DE UN MAR CONTADA POR SUS TIERRAS EMERGIDAS**

Lev Jardón Barbolla

ARTE

- 104 SUPERFLEX O EL APOCALIPSIS QUE YA LLEGÓ**

Aldo Sánchez Ramírez

PANÓPTICO

EL OFICIO

114 LAS COSTUMBRES DE LOS PÁJAROS: ENTREVISTA CON GABRIELA CABEZÓN CÁMARA

Mauro Libertella

EN CAMINO

118 LOS PALESTINOS QUE CRUZAN HACIA RÁFAH NO ENCUENTRAN EL “SUEÑO EGIPCIO”

Noha Atef

AL AMBIQUE

122 LA DEVOCIÓN AL VENENO

Elisa Díaz Castelo

ÁGORA

126 EL RELOJ HA COMENZADO A CORRER EN CONTRA DE MILEI

Hugo Alconada Mon

PERSONAJES

SECUNDARIOS

130 UN UMBRAL DE LA DANZA EN MÉXICO

Renata García Rivera

OTROS

MUNDOS

134 ¡BARATOBARATO BARATOBARATO!

Carlos Acuña

CRÍTICA

140 LA FIGURA DEL MUNDO

JUAN VILLORO

Emilio Lezama

144 PATRIMONIO

SANTIAGO ARAU

Philippe Ollé-Laprune

148 STELLA DÍAZ VARÍN

CLAUDIA POSADAS (COMP.)

Tania Favela

152 REGRESO A LA TIERRA

VARIOS AUTORES

Jazmín Rincón

156 NO HAY UN CENTRO, SOLO DAR LA VUELTA

ALLAN VILLAVICENCIO

Daniel Montero

160 NUESTROS AUTORES



EDITORIAL

Visto desde fuera —por ejemplo desde la luna— nuestro planeta es azul. Esto se debe a que cerca del setenta por ciento de su superficie está constituida de agua. El mar, nos dicen los biólogos evolucionistas, es el origen de la vida. De ahí surgieron las masas terrestres, las bacterias, las plantas y los ancestros de todos los animales que conocemos. No es casual que al contemplarlo nos embargue un sentimiento de respeto, de nostalgia inexplicable, de admiración casi mística. El mar y el cielo estrellado son las dos grandes ventanas que tenemos hacia la inmensidad. Frente a ellos nos dimensionamos como los seres minúsculos y efímeros que somos. Como han dejado claro escritores y artistas de muy diversas épocas, el mar es también el espejo de todas nuestras emociones y de muchas de nuestras fantasías.

En esta edición encontrarás un acercamiento pluridisciplinario al mar y a sus secretos: Lev Jardón explica el origen marítimo de nuestro continente, en particular de Centroamérica y la cuenca del Caribe, mientras que Rasmus Winther describe la manera en que el océano ha inspirado a pensadores como Charles Darwin o Sigmund Freud. Las historias de piratas han poblado las infancias de todas las épocas. Elegimos reproducir aquí la de la intrépida Mary Read, como ejemplo de que la piratería también es un asunto de mujeres. En su ensayo “El mar y el lenguaje de las supersticiones”, Lola Ancira hace un recuento de las supersticiones y creencias más comunes entre los navegantes. El mito de la Atlántida, ese continente sumergido en el imaginario de tantas culturas, aparece diseccionado en el texto de Pablo Raphael, mientras que la célebre astrónoma Julieta Fierro explica que en otros planetas se han encontrado mares o vestigios de ellos.

A pesar de la inmensidad que lo caracteriza, el océano puede contaminarse con nuestros innumerables desechos, y sus recursos no son infinitos como muchas empresas extractivistas pretenden hacernos creer. En su texto “El océano profundo, la nueva frontera extractiva”, Francisco Serratos describe los estragos que conlleva la minería marina. Una serie de autores latinoamericanos, como Juan Carvajal, Alfonsina Storni, Liliana Colanzi, Eduardo Halfon, Joca Reiners Terron, Juan Pablo Villalobos y Julieta García, cuentan aquí sus propias experiencias frente al mar y las cargan de significados, mientras que la estadounidense Sheerly Avni relata una experiencia extrema en una pieza aterradora y a la vez desternillante.

Te deseamos, querido lector, una buena travesía por estas páginas. Esperamos que te dejes mecer por sus diferentes ritmos, maravillarte por sus extrañas criaturas, sacudirte por sus constantes revelaciones y que, como ocurre en cada viaje que emprendemos, también salgas transformado de este.

Guadalupe Nettel



Koga Harue, *El mar*, 1929. Museo Nacional de Arte Moderno Tokio ©



Joseph Mallord William Turner, *Tormenta de mar*, 1822. Tate Museum ©

POEMA

FRENTE AL MAR

Alfonsina Storni

Oh mar, enorme mar, corazón fiero
de ritmo desigual, corazón malo,
yo soy más blanda que ese pobre palo
que se pudre en tus ondas prisionero.

Oh mar, dame tu cólera tremenda,
yo me pasé la vida perdonando,
porque entendía, mar, yo me fui dando:
"Piedad, piedad para el que más ofenda".

Vulgaridad, vulgaridad me acosa.
Ah, me han comprado la ciudad y el hombre.
Hazme tener tu cólera sin nombre:
ya me fatiga esta misión de rosa.

¿Ves al vulgar? Ese vulgar me apena,
me falta el aire y donde falta quedo,
quisiera no entender, pero no puedo:
es la vulgaridad que me envenena.

Me empobrecí porque entender abrumba,
me empobrecí porque entender sofoca,
¡benedicida la fuerza de la roca!
Yo tengo el corazón como la espuma.



LA IMAGINACIÓN OCEÁNICA Y LAS REVOLUCIONES CIENTÍFICAS

Rasmus Grønfeldt Winther
Traducción de Gregory Escobar

Nada en la Tierra se acerca a la inmensidad y el misterio de los océanos. Estos cuerpos de agua son primordiales: aparecieron muy poco tiempo después (desde un punto de vista geológico) de la formación del planeta hace unos 4600 millones de años. La vida, las células simples, el sexo y la conciencia se gestaron por primera vez en las aguas saladas, aunque cada una emergió durante periodos geológicos muy distintos. En cambio, las plantas terrestres, los animales y los hongos aparecieron aproximadamente en el último diez por ciento de la historia de la Tierra, en cerca del treinta por ciento de su superficie. En tanto criaturas terrestres y multicelulares, se podría decir que son una ocurrencia evolutiva tardía, como también podría decirse que lo es el *Homo sapiens*.

Los océanos son nuestro origen. Nuestra sangre, nuestro "océano interior", tiene concentraciones de sales similares a las de los mares en los que evolucionaron los vertebrados. Al conducir los sistemas climáticos planetarios, ser *loci* de biodiversidad y cunas de inspiración para poetas, filósofos, artistas y la sociedad en general, los mares son también nuestro futuro.

El mar aviva nuestra imaginación —en el sentido más amplio posible—, y la ciencia también la requiere. Por eso, como historiador y filósofo de la ciencia, creo que es posible identificar y analizar la *imaginación oceánica* en dos revoluciones científicas clave: la teoría de la evolución de Charles Darwin de mediados del siglo XIX y la teoría del inconsciente de Sigmund Freud de principios del siglo XX. La *imaginación oceánica*

consiste en teorizar, experimentar e inspirarse en los océanos. Es un término que involucra tanto aspectos literales (los océanos como tema y fuente de datos, a veces de maneras inesperadas y hermosas) como características metafóricas ("el océano" como concepto y metáfora que guía, o al menos modula e inspira, la teorización científica).

En este punto, me gustaría preguntar cómo la imaginación oceánica podría incidir en el establecimiento de nuevas teorías y paradigmas científicos. Indaguemos en dos revoluciones científicas ricas en imaginación oceánica. Dejemos de lado los sesgos terrestres, numerosos y omnipresentes, y exploremos las aguas salvajes de la ciencia, repletas de vida teórica y conceptual.

ARRECIFES DE CORAL, PERCEBES Y LAS ISLAS GALÁPAGOS: LA IMAGINACIÓN OCEÁNICA DE DARWIN

Darwin inicia el párrafo final de *El origen de las especies* (1859) con esta imagen: "Es interesante contemplar un enmarañado ribazo cubierto por muchas plantas de varias clases, con aves que cantan en los matorrales, con diferentes insectos que revolotean y con gusanos que se arrastran entre la tierra húmeda...". Las especies que habitan esta metáfora del ribazo enmarañado fueron "producidas por leyes": a través de la selección natural, "de la guerra de la naturaleza, del hambre y de la muerte" se formaron "animales superiores". Darwin consideró que había "grandeza en esta concepción de la vida".



Hippolyte Flandrin, *Estudio (Joven desnudo sentado al borde del mar)*, 1835-1836. Musée du Louvre ©



Percebes (*Pollicipes polymerus*), Vancouver, 2007. Fotografía de Minette Layne ©

Hacia el comienzo de su circunnavegación del mundo durante cinco años a bordo del HMS Beagle, el naturalista inglés escribió lo siguiente en mayo de 1832 a su primo segundo y querido amigo, el reverendo William Darwin Fox:

Mi vida, cuando estoy en el mar, es tan tranquila que, para una persona que sabe cómo mantenerse ocupada, nada puede ser más placentero; la belleza del cielo y la brillantez del océano, juntos, forman una imagen. Pero cuando estoy en la costa y deambulo por los bosques sublimes, rodeado de paisajes más hermosos de los que incluso Claude [Lorrain] alguna vez imaginó, disfruto de un deleite que nadie excepto aquellos que lo han experimentado puede comprender.

El ribazo enmarañado es una imagen o metáfora muy conocida de la obra y la teoría evolutiva de Darwin. En ella su amor por los “bosques sublimes” pasa a primer plano. Por otro lado, Darwin no era un simple marinero de

agua dulce, aunque a menudo experimentó mareos durante su viaje, entre 1831 y 1836. Tomemos en serio la “imagen” que el cielo y el océano forman, según él. Considero que la imaginación oceánica como tal, tanto literal como metafórica, fue operativa para él en el desarrollo de su teoría de la evolución.

En su popular relato, *El viaje del Beagle*, escribió lo siguiente sobre los arrecifes de coral:

Nos sorprendemos cuando los viajeros nos informan de las gigantescas medidas de las pirámides y de otras grandes ruinas, pero ¡las más grandes ruinas son completamente insignificantes en comparación con estas montañas de piedra acumuladas por la agencia de diminutos y tiernos animales! Esta maravilla no impresionó en un principio los ojos del cuerpo; pero, al reflexionar, hiere vivamente el de la razón.¹

¹ *El viaje del Beagle*, 1845, 12 de abril de 1836, saliendo de las islas Cocos hacia Mauricio. Disponible en bit.ly/3uFwyru.

Darwin ya había cimentado su reputación como geólogo con su libro de 1842, *La estructura y distribución de los arrecifes de coral*. En este *tour de force* trazó un mapa de los diferentes tipos de arrecifes de los trópicos: costeros, de barrera y atolones. Se trata del primer libro teórico del científico; en él explicó la formación de los arrecifes de coral como etapas de un proceso histórico lento: a medida que los fondos del océano se hundían y obligaban a las islas a hundirse con ellos, los arrecifes costeros se convertían en arrecifes de barrera y, si la isla era lo suficientemente pequeña, en atolones. Esta teoría fue un ejemplo paradigmático del *principio uniformista*, que postula que es a través de procesos —geológicos o biológicos— predecibles y constantes, aunque sumamente lentos, que se producen cambios a gran escala a lo largo de muchos milenios. Este libro es un ejemplo de la imaginación oceánica. Además resonó con los principios geológicos uniformistas abstractos, amplios y fundamentales presentados por Charles Lyell, geólogo y amigo cercano de Darwin, cuyos tres volúmenes de *Principios de geología* Darwin leyó durante el viaje del Beagle.

Entre 1846 y 1854 Darwin dedicó gran parte de su investigación al estudio de los percebes y publicó cuatro volúmenes importantes —dos sobre percebes vivos y dos sobre percebes fósiles— a principios de la década de 1850. (La publicación que siguió fue ni más ni menos que *El origen de las especies*. Por cierto, en alguna ocasión uno de los hijos de Darwin le preguntó a su vecino: “Y tu padre, ¿dónde tiene sus percebes?”).² Estos cuatro volúmenes siguen siendo canónicos, como puedo atesti-

guar, ya que mi primera publicación fue sobre los mismos crustáceos. Darwin estaba fascinado por la asombrosa variación encontrada tanto dentro como entre especies de percebes y por los distintos modos de reproducción sexual que lo dejaron sin palabras ante el ingenio de la naturaleza. Con estos cuatro libros, la imaginación oceánica literal consolidó, una vez más, la reputación de Darwin, esta vez como historiador natural y taxónomo.

El acorde de tres notas de la imaginación oceánica de Darwin se completa con el famoso archipiélago de las islas Galápagos, que atestiguó entre el 15 de septiembre y el 20 de octubre de 1835. (Después de todo, la misión principal del Beagle era estudiar y cartografiar la costa de América del Sur.) Como relata él mismo en *El viaje del Beagle*:

La historia natural de estas islas es eminentemente curiosa. La mayoría de las producciones orgánicas son creaciones aborígenes que no se encuentran en ningún otro lugar; incluso hay diferencias entre los habitantes de las distintas islas; sin embargo, todos muestran una marcada relación con los de América, aunque estén separados de ese continente por un espacio abierto de océano. El archipiélago es un pequeño mundo en sí mismo, o más bien un satélite adjunto a América, de donde ha derivado a algunos colonos extraviados, y ha recibido el carácter general de sus producciones indígenas. [...] Tanto en el espacio como en el tiempo, parece que nos acercamos un poco a ese gran hecho —ese misterio de misterios—: la primera aparición de nuevos seres en esta tierra.³

² Jean Deutsch, “Darwin and barnacles”, *Comptes Rendus Biologies*, 2010, vol. 333, núm. 2, pp. 99-106.

³ *El viaje del Beagle*, 1845, *op. cit.*, 8 de octubre de 1835, durante su visita a la isla Santiago (James Island).

Darwin imagina el océano como un espacio negativo y aislante que permite tejer narrativas de descendencia en un tiempo profundo.

Se ha escrito bastante sobre las islas Galápagos como una especie de “laboratorio para la evolución”, y muchos conocen las historias de Darwin, quien supuestamente notó cómo cada una de las islas tenía su propia especie de pinzón y de tortuga, y cada especie ocupaba un nicho particular en el espacio ecológico, adaptado para ese papel por la selección natural; sin embargo, Frank Sulloway ha demostrado de manera convincente que se trata de una especie de mito. Aunque Darwin no tuvo un momento “eureka” al visitar las islas Galápagos, y aunque le llevó años comprender profundamente la relevancia de estas islas para la teoría de la evolución, este archipiélago siempre fue importante para él. El capítulo doce (“Distribución geográfica”) de *El origen de las especies* tiene una larga sección sobre las “islas oceánicas”,⁴ entendidas como la última de “tres clases de hechos” que presentan “las mayores dificultades dentro de la teoría de los centros únicos de creación”; el archipiélago de Galápagos ocupa un lugar central en esta sección.

Si bien estoy de acuerdo con Sulloway, permítanme avanzar hacia un espacio más metafórico con respecto al “pequeño mundo en sí mismo” que menciona Darwin en la cita extensa anterior. Desde un imaginario terrestre —uno que produce el ribazo enmarañado, por ejemplo—, los océanos son un tipo de “espacio negativo” que obligan el aislamiento terrestre, y convierten a las islas en ejemplos

⁴ En la traducción de Antonio de Zulueta, esta sección la tituló “De las relaciones entre los habitantes de las islas y los de tierra firme más próxima”.

clave de la evolución en la tierra. Para citar al historiador cultural Christopher Connery:

Incluso para el mitógrafo Roland Barthes, el océano se resiste a la significación: “Estoy frente al mar; es indudable que, en sí mismo, no me transmite ningún mensaje”.⁵ Sin embargo, sí significa aunque de una manera más allá de toda resolución. ¿Es el vacío más allá y fuera de lo real terrestre? ¿Un elemento intersticial en blanco? ¿Se trata de un vacío puro que activa el sistema simbólico terrestre?⁶

Pienso precisamente que es en la tensión dialéctica con lo terrestre donde la metáfora de la imaginación oceánica recurre al mar para activar tanto el sistema terrestre real como el sistema terrestre simbólico. Por ejemplo, Darwin imagina el océano como un espacio negativo y aislante que permite tejer narrativas de descendencia en un tiempo profundo como las modificaciones de diferentes especies de pinzones de las islas Galápagos a partir de un ancestro común (o diferentes especies de tortugas de esas islas, o de humanos primitivos imaginarios).⁷

Los arrecifes de coral, los percebes y las islas Galápagos (y las islas oceánicas en general) poblaron la imaginación oceánica de Darwin. Aunque quizá los seres terrestres (por ejemplo, en los libros de Darwin sobre orquídeas, plantas trepadoras, lombrices y, por supuesto, el hombre) y las metáforas terrestres

⁵ Roland Barthes, *Mitologías*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, p. 203.

⁶ Christopher Connery, “The Oceanic Feeling and the Regional Imaginary”, en *Global/Local: Cultural Production and the Transnational Imaginary* (W. Dissanayake y R. Wilson, eds.), Duke University Press, Durham, NC, 1996. p. 290.

⁷ Rasmus Grønfeldt Winther, *Our Genes: A Philosophical Perspective on Human Evolutionary Genomics*, Cambridge, Cambridge University Press, 2022.

(por ejemplo, el ribazo enmarañado) dominan la creatividad de Darwin, y tal vez incluso la suma total de su obra publicada, la imaginación oceánica —tanto literal como metafórica— fue esencial para su teorización y para la revolución evolutiva que socavó el dogma de su época: la creación divina y diferenciada de cada especie.

EL SURGIMIENTO DEL INCONSCIENTE Y EL “SENTIMIENTO OCEÁNICO”

Como muchos saben, la teoría del inconsciente debe su origen a la obra revolucionaria de Sigmund Freud de principios del siglo xx. La influencia de la imaginación oceánica que quiero resaltar es el “sentimiento oceánico” que llamó la atención de Freud a través de su interlocutor y amigo, el premio Nobel francés

de literatura, Romain Rolland. En una carta a Freud del 5 de diciembre de 1927, Rolland habló del sentimiento religioso, describiéndolo como una “sensación de lo ‘eterno’ (que muy bien podría no ser eterno, sino simplemente sin límites perceptibles y, en ese sentido, oceánico)”. A Freud le inquietaba porque no podía reconocerlo en sí mismo. Aun así, este sentimiento, que describió como “de infinitud y de comunión con el Todo”, jugó un papel central en la formulación y el inicio de su libro *El malestar en la cultura*. ¿Por qué esta idea atrapó a Freud? Según la académica Sarah Ackerman:

lo oceánico puede ser un recordatorio de la época anterior a que se afanzara la ficción engañosa de un ego autónomo, una época en la que



Marsa Alam, Egipto, 2022. Fotografía de Pascal van de Vendel. Unsplash



Katsushika Hokusai, *La gran ola de Kanagawa*, 1831. The Metropolitan Museum of Art ©

“yo’ y ‘tú’ son uno.”⁸ Universal y sorprendentemente familiar, este sentimiento puede evocar recuerdos de la infancia y de nuestras pasiones más profundas.⁹

Y, como señala el psicoanalista argentino Héctor López: “Freud [...] dedica íntegramente [*El malestar en la cultura*] a la refutación progresiva e implacable del valor del susodicho sentimiento. La aversión a la idea de una experiencia de lo ilimitado e inefable estimula en [él] una profunda reflexión sobre la indigencia y los límites de la condición humana”.¹⁰ Para el padre del psicoanálisis, el sentimiento oceánico es, en el mejor de los casos, primitivo e ingenuo —un narcisismo primario— deri-

vado de los primeros años de vida, cuando el niño siente un vínculo profundo con el universo entero. Tanto el desarrollo individual como la civilización en sí destruyen este sentimiento.

Quizás esto sea demasiado especulativo, pero me pregunto si el holismo, el romanticismo y la poesía contenidos en el sentimiento oceánico fueron los que pudieron haber atizado la resistencia de Freud. Aun así, el análisis de este sentimiento —aunque sea realizado en negativo— recorre uno de sus libros más importantes y populares, donde examina la dialéctica entre, por un lado, el placer instintivo y la agresión y, por otro lado, los requisitos y el control de la civilización. Llevando este sentimiento oceánico un paso más allá en lo metafórico, creo que hay mucha profundidad que sondear con respecto al poder psicológico de los océanos, también en el trabajo del sueño.

⁸ Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, Alianza editorial, Madrid, 1999, p. 10.

⁹ Sarah Ackerman, “Exploring Freud’s Resistance to the Oceanic Feeling”, *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol. 65, 1, p. 29.

¹⁰ Héctor López, “Freud contra el ‘sentimiento oceánico’”, *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 2017, núm 17, p. 116.

LA IMAGINACIÓN OCEÁNICA EN LA CIENCIA Y LA FILOSOFÍA

La creatividad y la imaginación en la ciencia son notoriamente complicadas de estudiar, cuantificar, comprender y replicar. Implican una interacción fascinante entre el producto, la persona, el proceso y la situación creativas. Además, no hay duda de que para los científicos revolucionarios —por ejemplo, Darwin o Einstein— esta disposición innovadora implicó las influencias de muchos interlocutores, con muchas ideas y componentes diferentes quizá entrelazados de manera combinatoria.

El pensamiento conjetural —el que se plantea la pregunta ¿qué pasaría si...?— y el papel que pueden desempeñar las realidades y las historias alternativas en la comprensión de la ciencia y el arte es uno de los temas de mi interés. ¿Fueron necesarios los océanos en las dos revoluciones científicas aquí descritas, y potencialmente en otras? Aunque tal vez no haya sido necesaria de forma literal en el caso de Darwin (el nacimiento de la teoría de la evolución podría haberse centrado simplemente, por así decirlo, en la geología, la vida y la mente terrestres), sí creo que la imaginación oceánica es casi una metáfora indispensable para Darwin y, en cualquier caso, proporcionó ejemplos conceptual y empíricamente claros (arrecifes de coral, percebes e islas oceánicas) para su desarrollo gradual de la teoría de la descendencia común por selección natural. El caso de Freud es más complicado. Él se resistió al sentimiento oceánico; aun así, fue una resistencia que tuvo que analizar y resolver, lo que en sí mismo es un modelo para la terapia psicoanalítica.

Que la imaginación oceánica impulsa la imaginación y la creatividad tanto en la filosofía como en la ciencia puede verse en un

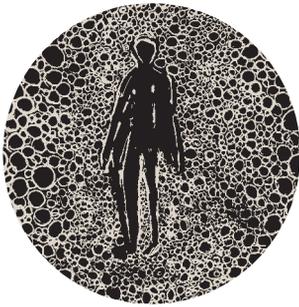
pasaje de la hermosa obra de uno de los filósofos occidentales más importantes, Immanuel Kant:

el océano hay que poder hallarlo sublime, como hacen los poetas, simplemente por lo que enseña el parecer visual acaso, cuando es contemplado en reposo, como un claro espejo de agua al que solo el cielo limita y, en cambio, cuando está agitado como un abismo que amenaza engullirlo todo.¹¹

En esta discusión, el filósofo alemán utilizó el cielo estrellado, el océano y la figura humana como tres ejemplos de lo estéticamente sublime y no de lo meramente teleológico. Podemos confiar en que pensar en los océanos, medirlos e inspirarse en ellos puede tener una enorme influencia, aunque inesperada, en el crecimiento de la ciencia.

He vagado durante muchos años en estas aguas, y todavía no tengo un rumbo claro. Una especie de filosofía de los océanos es el objetivo final. ¿Estoy intentando tejer una filosofía de la naturaleza en contraposición a una filosofía de la ciencia? ¿Es este proyecto una mayor apreciación de la centralidad de los océanos en la evolución de la vida o incluso en la historia de nuestro planeta físico? ¿Este esfuerzo consiste en intentar recopilar un repositorio de “humanidades azules”? ¿Me faltará un mapa, una brújula, un barco, una tripulación? La imaginación oceánica, aunque a menudo está oculta, por no decir inconsciente, mueve a muchos, incluidos científicos y filósofos. **U**

¹¹ Immanuel Kant, *Crítica de la facultad de juzgar*, Pablo Oyarzún (trad.), Monte Ávila, Caracas, p. 183. Disponible en: <https://bit.ly/4bNe6xE>.



LA MAREA

Eduardo Halfon

Hervía la arena negra. Tuve que caminar rápido, sobre piedras y conchas y pedazos de plástico y largas semillas de mangle, hasta sentir en mis pies de niño el frío bálsamo del mar. No había nadie ahí, salvo un viejo indígena metido hasta la cintura entre las olas, pescando con un hilo casi invisible que lanzaba y luego enrollaba entre su palma y su codo.

Deme la mano, dijo mi padre. La marea está muy fuerte.

Quiero solito.

Que me dé la mano, le digo.

Permanecemos un rato así, en silencio, él agarrando mi mano con algo de tosquedad, nuestros pies metidos en el agua fresca y espumosa.

Yo me ahogué en este mar.

No entendí. Busqué su rostro hacia arriba.

Tenía más o menos su misma edad, dijo, cuando me ahogué en este mar.

Mi padre hizo una pausa, esperando a que pasara una fila perfecta de pelícanos, quizás ocho o diez pelícanos, sus panzas blancas raspando ligeramente la superficie del agua.

No me ahogué aquí en Sipacate, sino un centenar de kilómetros hacia allá, dijo mirando a su izquierda. En la playa de Iztapa.

Lejos, en el horizonte, un inmenso buque carguero no avanzaba.

Una tarde me metí a nadar pese a las advertencias y sin darme cuenta ya me había alejado demasiado de la costa. Por más que luchaba y pataleaba y trataba de regresar, la marea me seguía sacando mar adentro, cada vez más fuerte y más lejos. Hasta que me ahogué.

Sentí algo en las piernas que hoy, ahora, describiría como miedo.

Me salvó un soldado de la marina norteamericana.

Escuchaba a mi padre hablar, pero no quería verlo. Me puse a contar olas.

Esa tarde había un soldado norteamericano en la playa, no sé si asoleándose o dando un paseo, que de pronto vio lo que me estaba ocurriendo. O tal vez alguien le gritó lo que me estaba ocurriendo. Y el soldado entonces se lanzó al mar y nadó hasta alcanzarme y me sacó ya muerto a la playa. Y ahí, en la playa, él mismo me revivió.

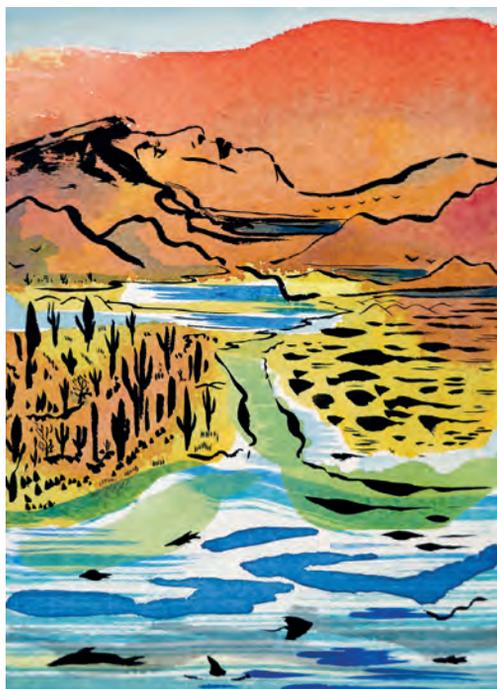
Mi padre no dijo más y yo me quedé mirando al viejo indígena que pescaba en precario equilibrio con la marea, con las olas, y me estremeció comprender que mi padre había te-

nido entonces mi misma edad, que mi padre había muerto a mi misma edad antes de que un soldado naval norteamericano —a quien en ese momento me imaginé de proporciones colosales— lo sacara del mar y le devolviera la vida. Quería preguntarle cosas a mi padre. Preguntarle qué hubiera pasado si el soldado naval norteamericano no hubiese estado allí, tomando el sol o paseando, la tarde que él murió ahogado en el mar. Preguntarle quién hubiera sido entonces mi padre si él hubiese muerto aquella tarde en el mar. Quería preguntarle a mi padre quién sería yo sin mi padre.

Vamos, me dijo o quizás me preguntó.

Durante algún tiempo aún pude sentir en mis piernas el baile de la marea. **U**

Cuento incluido en el libro *Un hijo cualquiera*, Libros del Asteroide, Barcelona, 2022.



Alejandra España, *Se tendió y así nació la montaña*, 2023. Cortesía de la artista



LECCIONES QUE DEJÓ EL MAR

Liliana Colanzi

En uno de mis recuerdos de la infancia estoy en el jardín juntando peces. El agua me llega hasta las rodillas. Basta meter la mano en el agua oscura que cubre todo el césped para atrapar un bagre gordo y resbaloso que ha encallado en el jardín tras el desborde del río cercano. Hay varios más chapoteando en diferentes baldes de plástico. Sueño con llenar un acuario con estos peces robustos y poco elegantes. La ciudad se inunda con regularidad y se cubre de aguas densas y rápidas. A veces un árbol pasa, las raíces expuestas y la cabellera sacudida por la corriente. A veces son autos los que flotan en las calles como insectos gigantes.

Bolivia perdió su salida al mar en la guerra del Pacífico con Chile (1879-1883). Nuestro único acceso al mar era a través del Litoral, un territorio alejado de los centros de poder y que no interesaba a los políticos bolivianos. La causa de la guerra fue el salitre y, literalmente, la mierda. En una época en que no existían los fertilizantes químicos, el excremento de las aves marinas y las focas —el guano—, así como el salitre —una mezcla de nitratos de potasio y de sodio que se encuentra en el suelo de la región—, eran muy cotizados en todo el mundo. El naturalista Alexander von Humboldt investigó las propiedades del guano, que encontró en el Callao de Perú, y las dio a conocer en Europa, lo cual con el tiempo desató un furor por este producto. El guano se convirtió en el codiciado “oro blanco” de los Andes y fue explotado sin descanso en Chile, Perú y Bolivia. En Perú se ocupó mano de obra esclava, primero de afrodescendientes y luego de chinos y hawaianos engañados o secuestrados, para

hacer este trabajo. La extracción del guano fue tan agresiva que provocó el violento declive de la población de aves marinas: si en Perú había 53 millones de aves marinas en 1800, para 2011 quedaban solo 4.2 millones. Esta explotación depredadora contrasta con el uso sostenible que hicieron durante siglos los incas: Garcilaso de la Vega contó que en la época precolombina era ilícito entrar a las islas donde vivían las aves marinas durante la temporada de reproducción, so pena de muerte. En el primer poema de *Trilce* (1922), la gran obra vanguardista de César Vallejo, el guano tiene un papel importante.

Un poco más de consideración
en cuanto será tarde, temprano
y se aquilatará mejor
el guano, la simple calabrina tesórea

que brinda sin querer,
en el insular corazón,
salobre alcatraz, a cada hialóidea grupada.

Cuando Vallejo escribió este poema, el guano ya no ocupaba un lugar central en la economía peruana, pero sí era aquello que había permitido la acumulación del capital en el Perú de la segunda mitad del siglo XIX. Detrás del ferviente movimiento en torno a la extracción del guano y del salitre en los Andes estaban los intereses de Inglaterra, que necesitaba del abono para mantener la agricultura intensiva que acompañó su proceso de industrialización durante ese siglo. José Carlos Mariátegui escribió en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* que “el guano y el salitre [...] cumplieron la función de crear un activo tráfico con el mundo occidental [...] Este tráfico co-



Guano Islands, 2009-2013, © Ernesto Benavides



Guano Islands, 2009-2013, © Ernesto Benavides

locó nuestra economía bajo el control del capital británico"; gracias a sus abonos naturales, las economías de estos países ingresaron al circuito del capital internacional en condiciones subordinadas. Cuando Bolivia decidió aumentar los impuestos a una empresa chilena que operaba en su territorio con capital británico, la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta, Chile invadió Antofagasta y después Atacama. Bolivia perdió la guerra y con ello su salida al mar.

El sociólogo y filósofo René Zavaleta Mercado estudió años más tarde la mentalidad señorial que permitió la pérdida del litoral boliviano en el magnífico ensayo *Lo nacional-popular en Bolivia*, una obra inconclusa debido a su muerte temprana. Zavaleta Mercado, que hizo buena parte de su carrera en México —fue el primer director de la Flaco mexicana y profesor en la UNAM—, postula que las élites bolivianas se identificaban más con las élites chilenas y con los europeos que con los indígenas bolivianos. Atacama "pertenecía al horizonte intelectual de los aymaras, o a su dis-

curso espacial"; la oligarquía, en cambio, no veía este territorio como un espacio importante, ya que allí no habitaron los españoles, y por tanto vivió con indiferencia su pérdida. "La lógica de la stirpe", dice Zavaleta Mercado, "exagerada hasta el absurdo, siempre ha sido más terminante y final que la lógica de la nación". Los miembros de la élite no se sentían connacionales de los indígenas; para ellos el indio era el Otro y no así el extranjero. Por eso, perder ese territorio valioso para los aymaras fue vivido por la élite como una transacción, ya que no tenía un uso señorial.

Si el señorío fue negligente en su concepción del territorio nacional, el mar se convirtió en un trauma histórico, en una derrota humillante. Y los bolivianos estamos siempre buscando la manera de compensar esa pérdida, a veces de maneras perversas. Por ejemplo, desde hace unos años se han puesto de moda en Santa Cruz los condominios con playas artificiales. Este fenómeno sucedió al mismo tiempo que la deforestación de la zona del Urubó en Santa Cruz para construir urbanizaciones

Ese atavismo se perpetúa en nuestros días: está en la arquitectura, en la literatura, en el arte, en el discurso regionalista.

protegidas por muros infranqueables y cercas eléctricas. A medida que el bosque fue arrasado por las canchas de golf y los edificios, surgió en la élite el deseo de traer el mar a lo que antes fuera monte. Así llegaron a Santa Cruz las urbanizaciones Mar Adentro y Playa Turquesa, que ofrecen playas de agua cristalina y arena blanquísima construidas por la empresa Crystal Lagoons. No deja de ser irónico que el creador de Crystal Lagoons sea un chileno, el empresario y bioquímico Fernando Fischmann: si perdimos el mar en la guerra con Chile, ahora un chileno nos lo devuelve en versión miniatura, caribeñizado, sintético y privatizado. El agua de estas playas se mantiene cristalina y limpia a través de sensores manejados desde el extranjero. Algunas ciudades del país se llenaron de grandes afiches que prometían la llegada del mar a Bolivia. Recordé a un canciller boliviano que, luego de las negociaciones entre los dictadores Pinochet y Banzer en el pueblo boliviano de Charaña, con el objetivo de conseguir una salida al mar en la década de los setenta, dijo recién llegado, triunfal y muy suelto de cuerpo: "Traigo el mar en el bolsillo". Por cierto, poco después las negociaciones fracasaron.

Con la aparición de estos condominios finalmente se concretaba el viejo sueño de la clase alta de hacer de Santa Cruz una copia tercermundista de Miami, con playa, Starbucks y malls gigantes. Sin embargo, esta utopía encontró sus límites en 2020, cuando las fuertes lluvias tropicales hicieron que la corriente del río se desbordara, inundando Mar Adentro y tiñendo de color chocolate las aguas prístinas de ese falso mar Caribe. Los videos en Youtube mostraban las calles de la urbanización arrasadas; las sillas flotaban dentro de los apartamentos. El paraíso sintético pue-

to a prueba por la furia del trópico. Recordé mi infancia, cuando encontraba peces en el jardín después de una inundación. Imaginé a los niños de Mar Adentro pescando bagres en esas aguas turbias.

La paradoja señorial que describió Zavaleta Mercado de manera tan brillante no solo es una marca del siglo XIX: es la condición de la oligarquía del presente, que sigue sin entender la idea de la nación. Cada año la élite de Santa Cruz protesta por el ritual andino de la ch'alla, una ceremonia de reciprocidad con la Pachamama que se ha vuelto muy popular en los mercados de la ciudad. La clase alta cruceña reclama que la ch'alla, así como la costumbre de masticar hojas de coca, son tradiciones que no tienen cabida en Santa Cruz, aunque una parte cada vez mayor de la población las practique. El año pasado hubo gente que salió a protestar por la entrada folclórica andina en Santa Cruz, considerándola foránea, mientras que la música brasileña tronó sin ningún problema en el carnaval cruceño. Los bolivianos hemos vivido recordando la derrota ante Chile en horas cívicas escolares teñidas de eslóganes patrióticos grandilocuentes y cursis ("El mar nos pertenece por derecho, recuperarlo es un deber"). Sin embargo, no hemos asumido que la gran razón de la pérdida fue la incapacidad señorial de "vivir el espacio como un hecho nacional", como apuntó Zavaleta Mercado. Ese atavismo se perpetúa en nuestros días: está en la arquitectura, en la literatura, en el arte, en el discurso regionalista. Mientras no sea esa la lección que saquemos de la historia, se nos volverá a escapar el mar. **U**

ABONNEMENT
3 MOIS
2 F^{rs}
ADMINISTRATION
& REDACTION
PLACE de la REPUBLIQUE
(Palais Consulaire)
ORAN

L'ALGERIE

COMIQUE & PITTORESQUE

INSERTIONS
S'ADRESSER AU
BUREAU DU JOURNAL
PLACE de la REPUBLIQUE
(Palais Consulaire)
BUREAU
DU PETIT FANAL
ORAN

M. JULES VERNE



Allant recueillir aux bonnes sources des renseignements authentiques sur le monde sous-marin.



EL OCÉANO PROFUNDO, LA NUEVA FRONTERA EXTRACTIVA

Francisco Serratos

Veo el océano desde la punta oriental de Estados Unidos, en la península Olímpica, justo al lado de la reserva del pueblo Quileute, donde Frank Herbert convivió con los nativos que inspiraron su célebre novela *Dune*. Estamos en vísperas del invierno. El viento sopla más frío de lo que esperaba; es casi doloroso sentir su roce en la cara. Sin embargo, esto no me impide disfrutar la vista: un mar nervioso con pliegues de espuma en un horizonte apenas manchado de tintes solares. No puedo dejar de pensar que debajo del paisaje se esconden misterios de todo tipo.

Hemos mapeado casi toda la superficie de la Luna y de Marte, pero no los innavegables abismos oceánicos. Hemos transportado a más personas al espacio que a las praderas submarinas y ciertamente hay más astronautas que acuanautas. Como dijo Pierre Aronnax, el biólogo narrador de *Veinte mil leguas de viaje submarino*: "Nada sabemos de las grandes profundidades del océano. Nuestras sondas no han sido capaces de alcanzarlas. ¿Qué sucede en aquellos apartados abismos? ¿Qué seres habitan y pueden habitar a doce o quince millas por debajo de la superficie de las aguas? ¿Cómo será el organismo de esos animales? Apenas podemos conjeturarlo". Ciento cincuenta y cinco años después de la publicación de la novela de aventuras de Jules Verne, hemos avanzado un poco en nuestro conocimiento abisal.

Según el libro *The Brilliant Abyss*, de la bióloga marina Helen Scales, hace mil millones de años existía un solo megaoceano denominado Mirovia que rodeaba a un único continente terrestre, Rodinia. Aquel enor-

Durante décadas la idea de extraer industrialmente estos nódulos parecía una locura, pero después llegó la crisis climática.

me pedazo de tierra se fragmentó hace 355 millones de años, configurando la Pangea, y el megaocéano cambió de nombre a Pantalasa. De este último nacieron los océanos que conocemos, siendo el Pacífico el más hondo y viejo de ellos: se formó hace 250 millones de años. Sabemos que la profundidad promedio de los océanos es de tres mil metros, que la luz solar comienza a escasear doscientos metros debajo de la superficie, que todo se convierte en un continente de oscuridad a los cuatro mil metros y que, si nos aventuráramos seis mil metros más hacia el fondo, llegaríamos a la *zona hadal*, o zona de la muerte, un nombre exagerado pues aun en ese lugar recóndito e inhóspito habitan animales casi fantásticos. Si vaciáramos el agua del océano profundo, cuyo volumen es de mil millones de metros cúbicos, se revelarían las cordilleras más grandes del planeta —la más extensa mide sesenta mil kilómetros—; observaríamos montañas de hasta tres mil metros de alto y mil seiscientos kilómetros de ancho; y veríamos praderas que comprenden la mitad de la superficie terrestre.

Verne no se equivocó al escribir que esta geología marina produce minerales, pero hoy sabemos que son críticos para la transición energética. Cuando el capitán Nemo le explica a Aronnax de dónde obtiene la energía eléctrica para alimentar el submarino Nautilus, de pasada le dice que “en el fondo de los mares hay yacimientos de cinc, hierro, plata y oro que bien podrían ser explotados sin mayores problemas”. Para la fecha de publicación del libro, entre 1869 y 1870, ya existían registros de esta abundancia mineral. Poco después, entre 1872 y 1876, la Sociedad Científica Británica

organizó la primera expedición global de los mares a bordo del legendario HMS Challenger. Los científicos a bordo extrajeron del océano una especie de rocas del tamaño de papas que al principio no eran más que una curiosidad, y así las mostraron en museos y exhibiciones. Luego se descubrió su composición: estaban formadas principalmente de manganeso y contenían cantidades menores de hierro, calcio, cobalto, cobre, níquel y titanio. Ahora se les denomina *nódulos polimetálicos*. Su formación geológica es tremendamente larga: a cada uno le toma diez millones de años crecer del tamaño de un chícharo al de una pelota de golf.

Durante décadas la idea de extraer industrialmente estos nódulos parecía una locura, pero después llegó la crisis climática. Conforme las investigaciones develaron sus causas y consecuencias, los Estados acordaron tácitamente el *consenso de la descarbonización*, como lo nombraron los sociólogos Maristella Svampa y Breno Bringel. Entonces la minería marina, lejos de parecer una ficción de aventuras, comenzó a discutirse con el propósito de extraer los minerales críticos de los nódulos y así contar con los insumos necesarios para la transición energética.

A finales del siglo pasado, corporaciones como British Petroleum, Rio Tinto Group, Lockheed Martin y Standard Oil empezaron a diseñar tecnología con ese fin y tuvieron suerte en el Pacífico en la década de los setenta. El problema, dicen Svampa y Bringel, es que, así como el consenso de Washington desplegó el neoliberalismo en casi todo el sur global y el consenso de las *commodities* profundizó el extractivismo en América Latina para satisfacer la demanda de recursos —sobre todo para alimentar el desarrollo industrial de China—, el *consenso de la descarbonización*

pretende crear nuevas zonas de sacrificio ambiental y humano para realizar la urgente transición energética en las naciones hegemónicas.

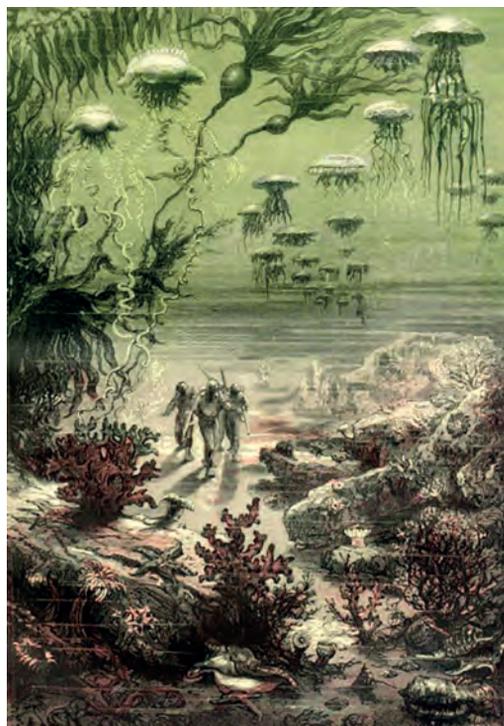
Los ejemplos destructivos de este consenso ya están siendo cuestionados. Por ejemplo, durante la última década se ha duplicado la producción mundial de cobalto, un mineral indispensable en la fabricación de baterías fotovoltaicas que almacenan energía y hacen funcionar los teléfonos celulares y los automóviles eléctricos. La República Democrática del Congo es el mayor productor de cobalto de alta calidad. Hace una década, este país extraía la mitad de este elemento en el mundo, pero ahora produce más de dos tercios.

Sin embargo, en la minería congoleña se han documentado casos de explotación laboral extrema y mano de obra infantil, así como la alteración de montañas y ríos. Los resultados económicos de este sector, que representa el 90% de las exportaciones nacionales, apenas han mejorado las condiciones de vida de su población: el 60% sobrevive con menos de dos dólares al día e, irónicamente, el 80% no cuenta con electricidad en casa.¹ El Congo es solo uno de tantos ejemplos, pues las zonas de sacrificio energético se han multiplicado. Hay conflictos socioambientales en el triángulo del litio, ubicado en la frontera entre Argentina, Bolivia y Chile; en la Amazonía, donde se extrae madera de balsa para fabricar turbinas eólicas; y la minería de níquel representa una preocupación en Indonesia.

Se teme que la carrera a contrarreloj para detener el aumento global de temperatura —ya no a 1.5°C, sino al menos a 2°C— exacerbe la

creación destructiva de energía renovable o limpia. De acuerdo con la Comisión de Transición Energética (ETC), se necesita cobre para el cableado, acero para las torres de las turbinas eólicas, elementos raros para los motores eléctricos, silicio para los paneles fotovoltaicos, además de litio, níquel y grafito para las baterías. Por su parte, la Agencia Internacional de la Energía (IEA) declara que el problema es que la producción y el procesamiento de estos minerales se encuentran en sitios específicos: el cobre en Chile, el níquel en Indonesia, los minerales raros en China y el litio en Australia, por mencionar algunos.² Por ello, la di-

² *The Role of Critical Minerals in Clean Energy Transitions*, World Energy Outlook Special Report, IEA, París, 2021. Disponible en bit.ly/4bCnRia.



Alphonse de Neuville y Édouard Riou, ilustración de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, 1871 ©

¹ Hannah Ritchie, “Is cobalt the ‘blood diamond of electric cars’? What can be done about it?”, *Sustainability by numbers*, 28 de julio de 2023. Disponible en bit.ly/48gbAgz.



Chlamydoselachus anguineus, Aquarium tropical du Palais de la Porte Dorée, París. Fotografía Citron ©

versificación geográfica resulta estratégica, en particular en un mundo cada vez más polarizado entre las potencias económicas y militares de Estados Unidos y China, que demandan alianzas comerciales y extractivas con países ricos en dichos insumos.

El debate sobre las reservas de cada uno de estos minerales críticos continúa.³ En su último informe, tanto la ETC como la IEA⁴ aseveran que contamos con las reservas suficientes para alcanzar la meta de cero emisiones hacia 2050, aunque el desafío radica en el corto plazo porque las emisiones globales deben reducirse en 40% para finales de esta década, suponiendo el escenario más optimista. Otros especialistas, sobre todo aquellos afines al de-

crecimiento, responden que este pronóstico sería correcto si tuviésemos un sistema económico estable que no dependiera del crecimiento infinito.

Pero contemos o no con los minerales necesarios, lo cierto es que los Estados y las corporaciones mineras consideran que abrir nuevas fronteras extractivas es urgente. Una de ellas es precisamente el mar profundo. Cientos de kilómetros cuadrados de subsuelo marino se contemplan para la exploración minera, en especial en el Pacífico, donde se ha detectado la mayor cantidad de nódulos polimetálicos a una profundidad de entre mil quinientos y seis mil metros, según Helen Scales.

La zona Clarion-Clipperton, ubicada entre México y Hawái, resulta de las más interesantes para la minería submarina. Hasta ahora la Autoridad Internacional de los Fondos Marinos ha expedido diecisiete permisos de exploración en ese sitio; cada uno abarca alrededor

³ Seaver Wang *et al.*, "Future Demand for Electricity Generation Materials under Different Climate Mitigation Scenarios", *Joule*, vol. 7, núm. 2, 2023, pp. 309-332. Disponible en bit.ly/49shWdS.

⁴ *Material and Resource Requirements for the Energy Transition*, ETC, julio de 2023. Disponible en bit.ly/3wgkCg5.

de 75 mil kilómetros cuadrados, es decir, la superficie de Irlanda.⁵ En una entrevista con la periodista ambiental Olive Heffernan, el presidente de The Metals Company,⁶ una compañía que obtuvo uno de estos permisos, dijo que la cantidad de nódulos en Clarion-Clipperton es tan abundante que podría proporcionar la energía de toda la flota automovilística de Estados Unidos, o sea unos 280 millones de vehículos.

Existen varios prototipos de máquinas que se podrían utilizar en la minería marina. El más viable hasta ahora succionaría los nódulos como si se tratara de una aspiradora. No obstante, los biólogos marinos ya han hecho sonar la alarma. Para empezar, esas rocas son esenciales para las criaturas que viven ahí y que las usan como hogar o como protección ante los depredadores —entre 60% y 70% de los organismos que habitan en la zona Clarion-Clipperton dependen de los nódulos—. Las máquinas serían incapaces de distinguir entre una roca y un pulpo, una estrella de mar, un camarón o una holoturia (es decir, el pepino de mar). Además, removerían el sedimento del piso marino, alterando la composición biológica del paisaje: varias especies serían más vulnerables frente a sus depredadores porque su visión quedaría ofuscada; algunas podrían asfixiarse con el exceso de sedimento flotando en las corrientes; y otras no podrían filtrar sus alimentos.

Si la minería se llevara a cabo en las fuentes hidrotermales —las grietas del planeta cerca-

nas a la actividad volcánica—, los efectos en la biodiversidad que sobrevive en esas condiciones extremas, de hasta 350°C, podrían ser devastadores. En esas fuentes se han detectado metales como cobre, zinc, oro y plata. Al extraerlos podría liberarse un peligroso gas de efecto invernadero —el metano que sale de las mismas fuentes—, lo que agravaría el problema que intenta resolverse con la transición energética. Por último, es probable que los procedimientos contaminen el ecosistema con químicos tóxicos, que se filtrarían rápidamente por medio de las corrientes marinas amenazando incluso las pesquerías de la zona Clarion-Clipperton. Pero no parece que nada de esto vaya a frenar los planes de las corporaciones y los países interesados. La “nueva frontera extractiva” es el síntoma de un sistema que intenta salvarse acelerando sus propias contradicciones. “Incluso si descubriéramos que hay unicornios en el fondo del mar”, dijo Daniel Jones del Centro Británico Nacional de Oceanografía, “eso no necesariamente detendría la minería submarina”.

A principios de este año, Noruega fue la primera nación en aprobar la minería marina pese a las advertencias de la comunidad científica internacional. El gobierno noruego pretende concesionar 280 mil kilómetros cuadrados, la superficie del Reino Unido, a las empresas que soliciten explotar los nódulos polimetálicos.⁷ Esta decisión sentará un precedente peligroso para que otros países se sumen a la carrera en vez de optar por soluciones de justicia ecosocial que no impliquen desatar aún más las fuerzas destructivas que nos han orillado al colapso ecológico. **U**

⁵ Olive Heffernan, “Deep-Sea Mining Could Begin Soon, Regulated or Not”, *Scientific American*, 1 de septiembre de 2023. Disponible en bit.ly/48eWbNn.

⁶ The Metals Company es originaria de Canadá, el imperio minero del mundo. En ese país radican 70% de las corporaciones pertenecientes a este sector.

⁷ Esme Stallard, “Deep-sea mining: Norway approves controversial practice”, *BBC*, 9 de enero de 2024. Disponible en bit.ly/3SYtErf.

POEMA

UN POEMA DEL MAR

Juan Carvajal

La mar, bibliotecal,
deshojaba entre las mitológicas arenas
sus infoliables páginas de espuma
sus cónclaves sonoros de coral con oro
su gran deslumbramiento de implacable mar
sus ondas de esplendor sagrado.

Mar afín a sí misma
a fin de que en su ensimismamiento
sus honduras, sus sueños, sus fronteras
despliegue al fin el insondable texto
que es el Mar y sus obras maestras:
la proa: su anegante dulzura, la quilla: la aventura del ser, su desventura
secuencia y consecuencia de las olas; y su brisa, y su prisa inamovible
(Y no le hablemos a un cojo del correr ni a un opulento del querer)

Danos tu ser de amar, tu sed de mar
mar sin nombre y sin historia, mar *sub specie aeternitatis*
panteón de hermosura incalculable y admirable, Partenón
templo a ti mismo, Dios y templo.

Nada muere a nuestros ojos como el mar.
Mar anegada de mar, mar homérica
garganta de los sueños, madre de Afrodita.
Idea pura de las cosas del ser:
nosotras, las aturcidas muchedumbres de tu arena
apretujadas ante tu inmensa soledad
conglomeramos y dispersamos tu cuerpo
ente divino, inabarcable

y aunque somos una raza que ha naufragado en tierra
no nos lamentaremos, antes bien cantaremos al lamento.

En tus tremendas frondas ruge mortal la tromba
eres también la inmensa plataforma de palacios
la pala, ciego remo, de Palas, ciega diosa
del saber hacer naves, aves que sabes que son naves del cielo.
Pupila cíclope en la que se refleja el todo

como en el ojo, omnivalente, de la astronomía
¡ah mar formado de Ego y de Latría!
—Soy el divino Mal; soy, después de la de Asbaje, “Lo peor del mundo”. Ámame.

El mitológico azul de su ser
pare entre sus entrañas, como rayos, serrallos de sirenas
La mar sin recompensa vierte sobre nosotros sus vómitos dioses de preces
vuelca sobre los otros sus cornucopias de agua
donde bullen los héroes, las divinidades y los monstruos
los frutos de la luz de la vida
del poema de las profundidades
del regazo insondable
donde crujen sus hierros formidables, no humanos, ni divinos marinos.
Cifra de indescifrables rumores, Tú, todo rumor
todo clamor viene de mar, de tu arrumarte eterno
¿te acordas en el mar, lira de los cantores?
acórdate de mí.
Porque yo, mar que bien voy tirando a tus riberas
mar con destino de mar
mar que engendras al mar y en mar te convertirás.
Nuestro destino: inmensa nada
coronada de imposibles premisas
de preesas jubilosas, de afroditas graciosas
viene tan solo
a desgajar la infinitud de las querellas
de tus amargos cantos retumbantes.

Todo sueño está enjambrado en tus espejos
nace de los reflejos de tu entraña fatal
¡Ah mar libidinal, fragorosa, inmortal!
En ti se engendra el pensamiento; en ti, la “sin ideas”
“la que todo lo sabe”, regazo del olvido
brotan los sortilegios, se hace el volar y el nido.

El que aborda un navío, va solo hacia la mar
navega en sus hexámetros, va hacia el doliente amar
y viénesse a estrellar en los horrendos
Dáctilos y Espondeos, flor de aquellos saqueos.

Y el agua, que no existe. Como el viento, que no vemos
y tampoco existe, como el fuego, que en tanto lo tocamos ya no existe
como la tierra, dejada de la Mar de Dios, que somos,
nada existe, sólo es. Tened piedad del dios, hombres tan existentes
entes del mar, valientes marinos, tened terror del mar.
"Todos somos marineros sin empleo", dijo el griego sin mar
y lo buscamos, sollozantes, como a la taberna El Paraíso, perdida.
Toda tú cabes en la concha de un niño
y así la inmensa Venus, y así nuestro saber
todo cabe en un cuenco, de espuma.
La mar que nació en Grecia, bosque de mármol
vive en la Gracia, selva sin árbol (¿y es sólo inepticia
no rimar con tal gracia mi atroz desgracia?)

La mar color divino
es fuente del destino
y es grave desatino
arrostrarla sin vino

Frontispicio del alma trashumante
inmensa flor, eres la pura palpitación sin corazón.
Exaltación de añil, mar delfín y sin fin
en el confín del corazón de un serafín.

Mar aturdente y lejano, mar prudente y cercano
de ti nace el latir de toda cosa animada
¡Oh madre de la nada, oh querellas del alma, oh esplendores!
¡Mar telúrico de rangos asombrosos, de rasgos tormentosos!

¡Oh terror de los mortales! ¡Oh dulzura! ¡Oh Dicha indecible y dicha!

Tema único: el Mar pacífico y la Mar procelosa:

el Mar enamorado de la Mar

el Mar, todas las eras del amor.

Ella, todos los seres

el amargor marino en sus veneros

venenos que nos dan la vida

que tanta vida dan, que nos ahogan.

Mar estriada de estridencias y que estridula amor, Mar estridente amar,

¡armas, luces, espliegos aromáticos sobre la superficie indefinida!

y ese sabor de las sales del verbo, *e los soleils plovil*

¡mírame arder de amor ante tus fauces!

Sobre tus aguas anegadas de azur el sol se vuelve lírico

dije líquido, dije nuestra alma y el bello cuerpo para siempre helénico.

Retumbas en el mañana, eres imagen de lo eterno, canto

solo en ti, más que en la amada, sumergirse es ser.

Nada rima con mar como el amar

tú sola te conjugas con él, con quien se llama como tú

¿Y quién fue aquel que no te reconoce como matria? Oh tempestad

de cuerpos, eres el puro hacer sin mal, ¿eres el puro mal?

La mar, lustral.

Argumento las olas, argumento los cantos

los acantos, las coronas de amiantos, los quebrantos.

Las olas hablan un lenguaje etceterante

las olas nos reprueban, antes de comenzar

nos dicen, solas, "lo que aquello en el mar"

son ellas, olas, las que eternamente vienen

y se van.

Ola polifonía de voces clamorosas, alma que antes fue mía y oyes todas las cosas

en ti la oración, la ovación, en ti toda oblación, la poesía,

la ola, que habla en árabe suelta su algarabía

las olas lúbricas nos dan lecciones de prostituría
¡cuánta exaltante espuma, duna runa!
y el hombre, poeta, está solo ante el mar.
Allí sus catedrales derramantes de demente sapiencia
allí sus cantos constelados de sí, de sal, de sol.
allí sus reyertas de voces ominosas y puras
su ambarina elocuencia que nos muestra la trabazón de las criaturas
los nudos y desnudos de sus formas de agua
y todo lo esmeralda del mundo y más que en cielo azul allí.
Sus cataratas que los céfiros cantaran, sus cántaros de cólera
¡mar pagana y cruel e inhumana como el bien!
iluminada de venables, de falsas esperanzas y desiertas promesas.
El sol se pone, o nace (es un decir) en el mar
y con él forma un cuerpo glorioso
nos hace signos, a nos, asesignos
del amar.
Como aquel que a sus orillas, *Hydromelia amorosa*, hurgando
la raíz de sus rencillas, buscaba alejandrinos y enredóse
entre algas memoriosas:

en la *Ulva latissima* vulva de todo
acanto; en la delicadísima *Claudea elegans*, voluta sin
quebranto, *primadonna assoluta*; en el eterno *Fucus vesiculosus*
que inspira a todos los árboles de *afuera*; en la *Rhodimenia*
palmetta, que contiene en su forma a cuantos vegetales; en el
húmedo, humilde, *Nitophyllum crozieri*; en la hoja purísima de
rosa del *Glossopteris lyalii*; y esta, para que sepas,
es *Padinia payonia*, de conchas enconchadas de venus celestiales.

Los príncipes son álgidos, las algas son azules
todas ellas son matrias vertiginosas
formas primeras de nuestras formas primas,
en las algas sagradas nacen las sangres, nacen teoremas, nacen las cosas.

Y vosotros, mares asombrosos y sombríos, mares de calosfríos
mares estrepitosos como ríos malevolentes, mares atormentados

¡oh cuánto frío!
¡Y cuánto asciende la más ínfima onda submarina!
¡Y cuánto pare a las estrellas, que nacen de lo más hondo de los mares!

Las ventanas se encienden y se apagan frente al mar
y así todos los seres.
Y tú, hambre en el hombre
masculina semencia y más
mar que se hace demencia en nuestras mentes tormentosas
que son mares adentro, procelosas.
Mar, hombre sin nombre.
¡Mar en todas las cosas!
Y el mar se amaraba a la mar, y gemía
y tú y yo, y las estrellas de la noche
recordábamos mar y mar en nos gemía.
Y el cielo es también una cuestión de amar
el infinito cielo azul cielo de mar.
(Y que perdonen los bajos lestrigones estas fáciles rimas
nacidas de la espuma del...)

La mar, mortal.

Heme a tus puertas, mar, a tus compuertas, puertas de sal compuestas
de lujuria, de ira y lujo y de esplendor
mar que ignora favoritos, *signora*, nadie es el Hijo de la mar.
Todos somos esclavos. Todos vivimos solos esta espantosa sed de mar.
Y tú, Mar, padre nuestro, no perdones a nadie
no perdones al hijo de tu madre
ni a aquel, más ínfimo en la espina que cuenta tus secretos.
Nadie sabe nada de ti. No temas. Desanuda tus cadenas de mar
deja que tu espuma, restallante, nos estalle en el rostro
y que sepamos: estamos solos frente al mar.

Poema publicado con autorización de Juan Claudio Carvajal.



LOS MARES EN OTROS MUNDOS

Julieta Fierro

Nuestro mundo no es el único que posee mares. Dentro del sistema solar, al menos tres satélites, uno de Júpiter y dos de Saturno —Europa, Encélado y Mimas—, tienen océanos bajo sus cubiertas de hielo, y de roca en el caso de Mimas. Entre los más de cinco mil exoplanetas analizados hasta ahora, varios contienen vapor de agua y mares. Por lo menos en la Tierra, donde hay agua hay vida. Buscar otros sitios con estas condiciones podría llevarnos a descubrir vida extraterrestre, aunque no se parezca a la que conocemos.

Se dirigen a Europa tanto la misión Juice de la Agencia Espacial Europea (que va de camino a Júpiter), como Clipper, de la NASA, que se pondrá en órbita este año. Una vez ahí, estudiarán las grietas de sus gigantescos glaciares, pues de sus fisuras emerge el agua que contiene moléculas de materia orgánica.

Encélado, Europa y Mimas poseen agua líquida debido a las *fuerzas de marea* que ejercen los planetas alrededor de los que giran; así se les llama a las fuerzas que un cuerpo de gran masa ejerce sobre otro extendido —por ejemplo, el mar de un satélite natural—. Pensemos en la atracción gravitacional de la Luna, la cual depende de la distancia que la separa de diferentes sitios en la Tierra. Nuestro satélite ejerce mayor atracción (*fuerza de marea*) sobre los océanos que en ese momento estén dándole la cara, en comparación con los que, en ese mismo periodo, se encuentren en la cara opuesta del planeta. Así, el océano que esté del lado de la Luna se abomba hacia ella, pero el del lado contrario, al verse



Fotografía de malith d karunarathne, 2019. Unsplash

rezagado, se abomba en sentido inverso. Por eso cada seis horas las mareas altas y bajas se alternan.

Dado que Europa, Encélado y Mimas están lejos del Sol, se esperaría que fueran muy fríos (la temperatura aproximada del primero es de -110°C ; la de los otros es de -140°C). Sin embargo, conforme giran sobre sus propios ejes, las fuerzas de marea de sus inmensos planetas los estiran en distintas direcciones, provocando que se calienten y que sus núcleos se fundan y se estratifiquen. (Si estiramos y soltamos una liga repetidamente, aumentará su temperatura; algo similar ocurre en este caso.) En sus núcleos se hallan las rocas más densas, después está el agua y la superficie congelada flota sobre el resto. En las profundidades submarinas de la Tierra, adonde no llega la luz solar, existen chimeneas hidrotermales donde vive una gran cantidad de flora y fauna que se alimenta de compuestos azufrados y nitrogenados. En los mares de estos satélites de Júpiter y Saturno podría ocurrir lo mismo.

Aunque no es necesario que un sol nutra de luz y calor a un planeta para que se genere la vida. Se han descubierto mundos del tamaño de Júpiter que no giran alrededor de una estrella y poseen múltiples satélites. La posibilidad de descubrir vida en algunos exoplanetas es cada vez mayor porque sus mares tienen las condiciones necesarias para ello.

El objetivo en el largo plazo es hallar vida inteligente fuera de la Tierra, pero lograrlo no es sencillo. La luz recorre trescientos mil kilómetros por segundo; es la velocidad más rápida a la que podemos enviar y recibir información. Se han localizado planetas a cuarenta mil años luz de distancia que podrían albergar vida. Si en este momento les enviáramos un saludo que pudieran interpretar, esperaríamos otros cuarenta mil años para recibir su respuesta... si es que quisieran contestar. El problema de la astronomía son las enormes distancias que separan a los astros; por eso solo hemos explorado directamente unos cuantos. A todos los objetos celestes lejanos los vemos

como fueron porque su radiación tarda mucho tiempo en llegar hasta nosotros; entre más apartados están, más los vemos como fueron en un pasado aún más remoto.

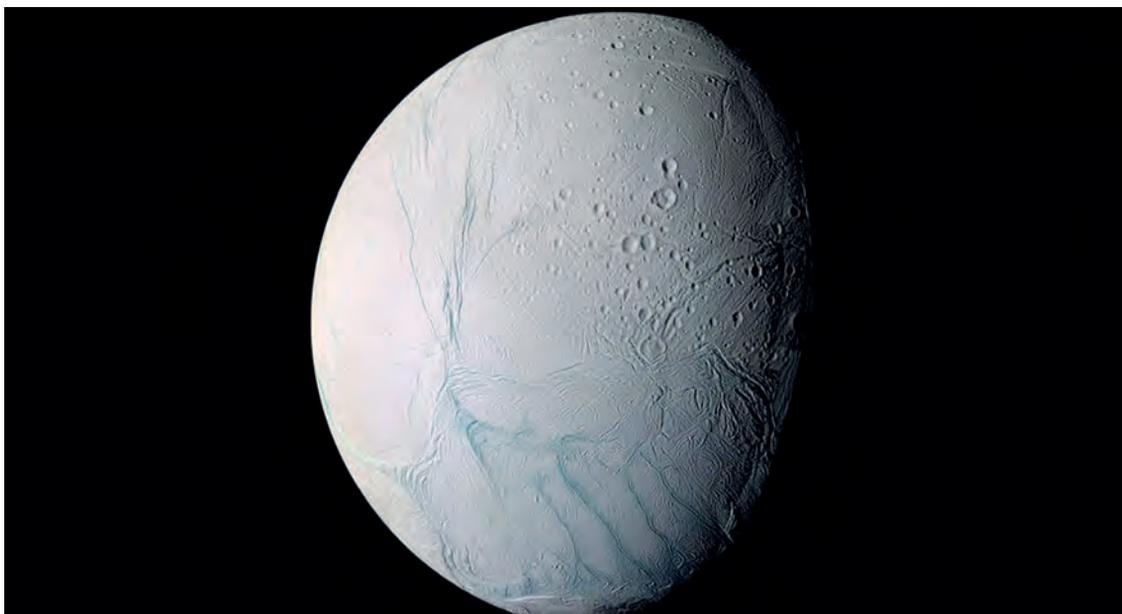
Para buscar vida en los mundos que están fuera de nuestro sistema solar se utilizan sus tránsitos, es decir, su paso delante de la estrella en torno a la que giran, visto desde la Tierra o desde los telescopios en órbita. Si alrededor de las estrellas hay planetas, en vez de seguir trayectorias rectilíneas, se observa que ondulan cuando sus mundos las atraen ligeramente hacia un lado y hacia el otro conforme se trasladan.

Los tránsitos de las estrellas también nos revelan el tamaño de los planetas, si los circundan anillos y si los cubre una atmósfera, la cual absorbe parte de la radiación de la estrella y permite el paso de otra parte. Dependiendo de la composición química de la atmós-

fera, se puede saber si contiene moléculas como el oxígeno, el dióxido de carbono y el agua, que podrían sugerir la presencia de vida.

Los cinco mil planetas extrasolares que conocemos hasta hoy son de todo tipo. Algunos se asemejan a la Tierra primitiva, es decir, están formados de rocas fundidas como lava. Otros son mucho más grandes y menos densos que Júpiter; se les llama *de dulce de algodón*. No solo son gigantes, su atmósfera está muy diluida y tienen distintos colores, como el rosa, el verde o el azul. Hay exoplanetas que están por caer a sus estrellas; unos cuantos orbitan alrededor de pares de soles; varios poseen anillos mucho más amplios que los de Saturno. Desde luego, se han descubierto mundos parecidos a la Tierra, con atmósferas, agua y materia orgánica.

Pero a pesar de la búsqueda y de estos descubrimientos, no se han encontrado estructu-



En 2005 la nave espacial Cassini, de la NASA, tomó imágenes de Encélado que muestran largas fisuras en su polo sur que permiten al agua del océano subterráneo escapar hacia el espacio. NASA/JPL-Caltech/Instituto de Ciencias del Espacio

ras extensas, construidas por civilizaciones mucho más desarrolladas que la nuestra, que alberguen poblaciones inmensas. Podrían tener la forma de anillos o esferas que rodeen estrellas a las distancias óptimas para que el agua pueda existir en forma líquida en ellas. Estas estructuras serían mucho más fáciles de descubrir, no solo por su extensión sino por la inmensa cantidad de radiación infrarroja que produciría la actividad de los seres habitándolas.

transmitimos, pero no sabemos qué nos están diciendo. Si aprendiésemos a "hablar" su lenguaje, podríamos aprender los idiomas de seres extraterrestres. Por supuesto, esta comunicación es imposible por ahora. A nuestras señales de radio les toma cuatro años llegar a los planetas de las estrellas más cercanas, pero seguimos enviando mensajes y monitoreando los cielos para detectar señales de inteligencia. Por ejemplo, la superficie de K2-18b podría estar cubierta de océanos.

Venus y Marte, compuestos de roca, también tuvieron océanos, pero los perdieron a causa del efecto invernadero.

Hay numerosos observatorios dedicados a encontrar mundos nuevos y analizar sus atmósferas. Hace más de tres décadas, cuando se ideó la construcción del telescopio James Webb, su propósito era estudiar los objetos más distantes del universo. En este siglo, cuando se descubrieron los primeros cientos de exoplanetas, se cambió el diseño del telescopio para que incluyera instrumentos dedicados a buscar mundos cuya atmósfera contuviera materia orgánica y trazadores de civilización, por ejemplo, moléculas empleadas en el uso de fertilizantes.

Cabe señalar que si existiera vida inteligente en el universo, como las ballenas e incluso los pulpos, nos gustaría entrar en contacto con ella. Los humanos podemos comunicarnos de alguna manera con los primates superiores y con los perros, y aun socializar con los pulpos, pero no conocemos sus ideas. Se están realizando experimentos con ballenas jorobadas, que por fortuna ya están proliferando. Hemos grabado sus cantos, les enviamos fragmentos de sus voces y nos contestan replicando lo que

Una pregunta obligada es por qué la Tierra no es tan grande como Júpiter o Saturno, que están rodeados de atmósferas inmensas. La otra interrogante gira en torno a la existencia de nuestro mar. El sistema solar se creó debido a la aglomeración de la nube de materia interestelar. En el centro se integró el Sol, con la mayor parte del material. Nuestro mundo se formó tan cerca del calor solar que perdió la mayoría de sus gases, como el hidrógeno y el oxígeno. Entonces solo era una esfera de lava. Cuando se enfrió, millones de cometas, ricos en agua, cayeron en la superficie, engendrando los océanos. Venus y Marte, compuestos de roca, también tuvieron océanos, pero los perdieron a causa del efecto invernadero; además, Marte no contó con la gravedad suficiente para retener toda su atmósfera. En cambio, la Tierra está a tal distancia del Sol que contiene agua, no solo en forma de vapor, como Venus, ni como el escaso hielo marciano. Algo resulta evidente y peculiar: nosotros vivimos entre mares extraordinarios. **U**





ATLÁNTIDAS

Pablo Raphael

para Roberto Junco

EL SEXTO CONTINENTE

La teoría más hermosa que conozco sobre el origen de la luna explica que nuestro satélite fue expulsado de la Tierra en una marejada de magma que poco a poco fue cobrando su forma esférica gracias a la influencia que sobre ella ejercían las fuerzas de gravedad y rotación acelerada de un planeta joven y en pleno proceso de consolidarse. Según esta visión, cada vez más alejada de la realidad, el punto de partida de la luna se sitúa en el lugar que hoy llamamos océano Pacífico, que tras el suceso y una noche de millones de años se llenó de agua, cubriendo la cicatriz sobre la cual se originó la vida. En la hipótesis del hijo de Charles Darwin, la deriva de las masas creó los cinco continentes. La luna vendría a ser el sexto.

Mientras que la tarea de regular las corrientes marítimas es verdadera y los postulados de George Howard Darwin tan solo una visión poética, lo cierto es que, en algún momento de nuestra vida, todos los seres humanos hemos alzado la cabeza para contemplar esa masa que cambia de forma. Recordemos que en el término contemplar va incluida la palabra "templo"; recordemos también que en la luna hemos reconocido a diosas y dioses, además de colocar ciudades y seres imaginarios, historias de queso, leyendas sobre conejos y programas Apollo que nos han permitido poner un pie en su superficie, aunque todavía nos re-

◀ Deportes acuáticos en Noirmoutier, Francia, 2021. Fotografía de Bastien Nvs. Unsplash

sulte difícil explicar su verdadero origen, tanto o más que dilucidar los misterios que suceden al interior del planeta que habitamos, bajo sus olas, en todos los mares, dentro de nuestro cuerpo.

La magia, la religión, la ciencia, la filosofía y el arte tienen el mismo propósito: comprender la naturaleza. Explicar el nombre de las cosas es darles sentido y justicia. Atribulada de preguntas, nuestra especie se valió de distintos modos de observación que, en un principio, se enhebraron como un tejido inseparable pero que, poco a poco, con la evolución del lenguaje y el conocimiento, fueron distanciándose del mismo modo que la luna se aparta inevitablemente de la Tierra. Hay quien dice que se aleja cuatro centímetros al año, otros hablan de quince, algunos más creen que eso sería imposible dado el balance y el equilibrio que necesita el sistema de convivencia que ha determinado la relación entre el satélite y el planeta que deberíamos llamar madre agua, porque mientras la masa continental de nuestro mundo representa apenas el 29 por ciento de su superficie terrestre, el 71 por ciento restante es ocupado por 1 386 millones de kilómetros cúbicos de agua, de los cuales tan solo el dos por ciento es potable: sería como si en un balde de diez litros de agua, tan solo un cuarto de cucharadita se pudiera beber.

Además este planeta y su satélite, que la ciencia, la magia, el arte y la filosofía han buscado explicar de maneras muy distintas (a veces cercanas y otras equidistantes), viajan montados sobre la trayectoria estelar detonada por el Big Bang. Se trata de un viaje interminable y en espiral, que a su vez se replica en otras espirales como las que observamos en los caracoles, las plantas y en nuestra especie. Pensemos en la forma de nuestras orejas y en

los demás reflejos del número áureo Phi —que armoniza las partes con el todo—, desde la distancia que separa los planetas hasta la composición de la alcachofa; desde los centímetros que hay entre el ombligo y los pies hasta la Vía Láctea que viaja a toda velocidad y que es parte de una espiral que a su vez está dentro de otra.

A los sucesos del cosmos, sumemos ahora las ocho mil millones de personas que, a veces, miran la luna y simultáneamente respiran sobre la Tierra. Pensemos que la respiración es un ciclo y que nuestra especie también replica la composición del lugar donde se originó la vida: el mar. Se trata de la belleza de la contradicción y el milagro que los seres vivos llevamos en nuestras células.

Los peces, los anfibios y los reptiles, por un lado, las aves y los mamíferos de sangre caliente, por el otro, y cada uno de nosotros llevamos en nuestras venas la corriente salina de nuestra sangre, en la cual el sodio, el potasio y el calcio se hallan en proporciones muy semejantes a las que existen en el agua del mar. Esta es nuestra herencia desde el día, hace un número incalculable de millones de años, en que un remoto antecesor pasó de la etapa unicelular a la pluricelular y adquirió por vez primera un sistema circulatorio, en el interior del cual corría un fluido casi idéntico al agua del mar.¹

Hoy nos queda claro de dónde venimos, pero aún nos es imposible contestar cómo y cuándo sucedió ese preciso instante que Clarice Lispector describe al inicio de su novela *La hora de la estrella*: "Todo en el mundo co-

¹ Rachel Carson, *El mar que nos rodea*, Editorial Crítica, Madrid, 2019, p. 19.

menzó con un sí. Una molécula dijo sí a otra molécula y nació la vida”.

Sirva todo esto para preguntarnos si, basados en la evidencia que existe ahora, la humanidad ha decidido emprender el camino planetario del No que aniquilará la vida, destruyendo para siempre las civilizaciones que edificamos sobre tierra firme y a veces en el agua.

Antes de asumir que, a diferencia de los dinosaurios, somos nuestro propio meteorito y que los hechos cometidos por la especie humana pueden llevarnos de vuelta al mar, a su destrucción y a ese desastre global que verdaderamente termine con la historia, todavía podemos aferrarnos como náufragos al mito de la Atlántida y su utilidad a la hora de comparar y entender que poseemos el conocimiento, la memoria, la imaginación y las herra-

mientas suficientes para salvarnos del final de los tiempos.

PLATÓN, EL CARTÓGRAFO

Tras mirar directamente a los ojos de la gorgona Medusa, cuya cabeza le muestra el semidiós Perseo, el proclamado rey de Mauritania, llamado Atlas, se convirtió en una cordillera de piedras que terminó por desmoronarse a las orillas del mar que hoy lleva su nombre; pero resulta que el mito del gigante llegaría mucho más lejos, cuando su figura condenada a cargar la Tierra se transformó en mapa el día en que el historiador siciliano Diodoro Sículo escribió su *Bibliothecae historicae*. En la escuela conocimos esta cartografía como *Atlas*.

La salida al mundo que Occidente descubrió en las puertas del Atlántico, justo en el lugar que Platón describe en su *Critias* como el sitio



Mosaico de monstruos marinos. Museo Arqueológico de Timgad, Argelia

donde se ubicaba la Atlántida, terminó por develar el verdadero tamaño del planeta cuando los conquistadores españoles y portugueses se arrojaron con sus naves al mar. Mientras la isla mitológica, algo así como un satélite de la Grecia clásica, se hundía en la memoria común, el resto del mundo emergía ante los ojos azorados de los navegantes que creían descubrirlo. Poco a poco fueron emergiendo los templos, las pirámides y las ciudades antes invisibles para nuestro ojo de cíclope eurocéntrico. El cambio cultural que sucedió tras recorrer la ruta atlántica hasta llegar a una ciudad construida sobre un lago donde la palabra "atl", que quiere decir "agua", terminó

por definir la historia de la humanidad y la visión que intentaría dominar al mundo durante los siguientes cinco siglos. El neoplatonismo, la cristiandad y el renacimiento detonaban así el Big Bang del colonialismo occidental, poniendo a otras Atlántidas en la piedra de los sacrificios, edificando sobre ellas otras piedras, obligándolas a mirar los ojos de su Dios.

EL MITO Y LA IMAGINACIÓN

La imaginación tiene siempre un carácter cercano a la verdad, exista o no la Atlántida. El velo marino que cubre el encanto de una ciudad hundida es el mismo que ha servido para hablar de las ciudades edificadas sobre el agua.



Antiguo pueblo de Halfeti, sumergido bajo las aguas de la presa Birecik. Fotografía Nightstallion03 ©

Pensemos en los canales de Venecia, en Bangkok, amenazada de quedar sumergida antes de veinte años o en la antigua y hoy seca ciudad imperial de Tenochtitlán. A la vez, estos lugares son prefiguraciones del inevitable futuro.

Pero mientras algunos arqueólogos intentan comprobar la existencia de una urbe de nueve mil años, como la ciudad sumergida en el golfo de Khambhat (en el mar Árabe), y ciertas corrientes buscan derrumbar la hipótesis que afirma que durante esa época nuestra especie apenas iniciaba su etapa recolectora, no queda más que seguir apostando por el derecho a la imaginación y su poder múltiple de recordar y ser memoria, de construir mitología y prefigurar la historia. Nombrar la verdad desde la ficción o desde las especulaciones arqueológicas, como hizo Platón al registrar en sus diálogos un antiguo mito, es una de las funciones sociales del arte y del pensamiento que, sin importar la noción de lo verdadero, hacen de los arquetipos (en este caso, las ciudades sumergidas) un mapa de navegación que nos lleva hacia nuestra memoria, pero que también nos guía hacia el futuro.

Cuando hablo de los mapas que permiten viajar hacia el pasado pienso en la Alejandría que reposa en las costas de Egipto. Esta y otras ciudades ubicadas en el delta del Nilo se hundieron a causa de terremotos y marejadas. Gracias a los avances de la arqueología subacuática, hoy es posible reconstruir la parte sumergida de la urbe fundada por Alejandro Magno y recorrer las habitaciones de Cleopatra; contabilizar cientos de barcos, anclas y esculturas monumentales; reunir joyas, cerámica y monedas; mirar detenidamente las columnas que formaron la mítica biblioteca; sacar a la luz los restos del faro que durante siglos condujo el destino de las naves hacia el Por-

tus Magnus o rescatar para la realidad lugares mencionados en los libros, tal como sucedió con la isla de Faros, referida por Homero en la Odisea. Y, cuando pensamos en el futuro, vale la pena utilizar los mapas de la memoria para planificar, es decir, detenerse ante el diluvio anunciado. El futuro puede adivinarse si sabemos leer nuestra memoria.

LA IMAGINACIÓN VUELTA DESASTRE

Desde la niñez me persigue la visión de un pueblo bajo el agua. En la cúpula de su templo se hace un vacío de oxígeno. Ahí habitan miles de murciélagos que han cubierto los frescos del techo con mierda, ocultando las imágenes divinas y creando una nueva obra, hecha de arañazos y manchones. Hablo de la iglesia de San Juan Bautista en el lago de Tequesquitengo. Debajo del vacío que hace su cúpula flota un grial mientras que en el fondo los santos vestidos de líquen observan con sus ojos de canica lo que los pobres mortales hicimos por ellos. En una mesa de piedra reposan viejos y pesados libros de piel que dan cuenta de profecías, diluvios, guerras e incendios. Los reclinatorios bailan en el centro de la bóveda, del órgano emergen peces, las algas y medusas se amontonan en la zona del coro y las bancas de madera se han convertido en coral, en un organismo vivo con forma de mueble. En el mundo existen cientos de casos como el de Tequesquitengo. Nadie hizo caso a las advertencias de profetas y científicos, esas Casandras contemporáneas. Tampoco escucharon el impecable oráculo que habita en la garganta de los poetas. Desaparecieron el cementerio marino de Paul Valéry y los peces del aire altísimo de Vicente Quirarte.

Aunque parezca ficción, hoy suceden cosas similares por culpa del calentamiento global.

Si sumáramos todo lo que ha construido la humanidad, veríamos que pesa mucho más que la biomasa.

El concreto es una piel que arrolla a la naturaleza; la industrialización piensa mucho en la producción masiva de coches, edificios, alimentos y plástico, pero poco en las personas. Basta ver los tesoros que terminan en el drenaje profundo. Si sumáramos todo lo que ha construido la humanidad, veríamos que pesa mucho más que la biomasa, todo aquello creado por la naturaleza. En esa ruta, muchos problemas ambientales orillan a la migración forzada. Mientras escribo esta parte de lo que en algún momento se convertirá en el ensayo titulado "La catedral sumergida", pienso en Aaluk Edwardson, artista inupiaq de Alaska y sami de Noruega, quien creció a las orillas del océano Ártico frente a un lugar hoy cubierto por el mar, en cuyo lecho reposan los restos de sus abuelos. Su denuncia va más allá de la relación entre el arte y la naturaleza. Se trata de alguien que vive en carne propia el desastre de las Atlántidas romantizado por Platón, remasterizado por Bacon y convertido en entretenimiento por James Cameron. La estabilidad del centro desconoce la diversidad de las periferias, aunque todos vayamos a naufragar juntos. Cuando hablamos del pueblo de Aaluk Edwardson, estamos hablando de una historia que se repite una y otra vez, en la que comunidades de más de cuatro mil años han ido quedando sumergidas bajo el agua. No importa si se trata de las migraciones multitudinarias provocadas por el fenómeno El Niño, de los cenotes y el patrimonio natural y cultural abatido por el ecocidio del Tren Maya o de la destrucción y la amenaza constante del agua que, algún día, terminará por cubrir a los habitantes de Tokio, San Petersburgo y Nueva Orleans.

Por lo pronto, en el lecho marino del pueblo de Aaluk Edwardson descansan, además de sus ancestros, restos de platos y otros objetos de la vida cotidiana, instrumentos rituales y sedimentos de la medicina herbolaria y la cultura alimentaria, así como distintas inscripciones que dan cuenta de su lenguaje. Esta desaparición hace desaparecer los conceptos que esa civilización tenía del tiempo, el espacio público y el hogar, su idea del trabajo y de lo sagrado. Qué decir sobre lo que es aún más difícil de rastrear, como su cosmovisión o los temas asociados a las emociones y la sensibilidad. Todo bajo el agua.

Las historias se repiten por razones del clima, pero también porque la imaginación pertenece a la especie que apela a la necesidad del agua sin cuidarla y a un futuro donde será imposible llegar si no somos capaces de disminuir la velocidad y voracidad con la que consumimos los recursos del planeta. Ya no podemos negar que la idea del desarrollo frenético que nació con la última Revolución industrial ha cambiado al mundo de manera irreversible. Por ejemplo, no es casual la presencia fantasmal de cientos de pueblos y ciudades hundidos para crear presas y sistemas acuíferos en todo el planeta: Shi Cheng, también conocida como Ciudad León, fundada hace mil años y ahora sumergida en el lago artificial de las Mil Islas en China; el asentamiento romano Vilarinho das Furnas, erigido en el siglo I y hundido por la Compañía Portuguesa de Electricidad en 1972; la mezquita y el pueblo de Hafelti, que el gobierno turco dejó sumergidos bajo la presa de Birecik o la iglesia románica de Sant Romà de Sau que, en Cataluña, emerge durante las épocas de sequía. A estas obras pueden sumarse el denominado Mar de Castilla, bajo el cual descansan distintos pueblos, y la llama-



Basura submarina. Fotografía de roroza. Freepik

da *catedral de los peces*; los más de diez pueblos en México que fueron sumergidos para crear el sistema nacional de presas Lerma-Cutzamala y del río Grijalva, entre ellos, Quechula, construida por los dominicos en el siglo XVI, Jalapa del Marqués, San Luis de las Peras, Valle de Bravo o el pueblo de Churumuco, donde José María Morelos solía dar misa. A esta cartografía de Atlántidas sumemos los dos pueblos hundidos en Nueva York que sirvieron para crear reservas de agua. Uno se llamaba Bittersweet y el otro, irónicamente, Neversink.

Sobra decir que el desarrollo nunca llegó a las comunidades que fueron exiliadas de sus antiguos pueblos. El agua escasea en las presas y los habitantes cercanos han descubierto que exhibir las Atlántidas a los turistas es un buen negocio. El archipiélago de estos sitios despierta el morbo de la arqueología subacuática, nos muestra la realidad del presen-

te y sirve para darnos una idea del desastre que viene. Para quienes creen que el apocalipsis sucederá como un solo espectáculo, habrá que decirles que todo será lento, que en algunos lugares la caída será por sequía y en otros por diluvio. Mientras algunas ciudades reaparecen, otras se hunden. A las urbes mencionadas podemos sumar un rosario de sitios míticos y templos sumergidos que dan cuenta de una posibilidad: la desaparición. Desde la legendaria ciudad del golfo de Khambhat en la India hasta la Pavlopetri, ubicada en Grecia (amenazada estos días por el turismo de aventura y los cazatesoros); desde Port Royal en Jamaica, que puede ser entendida como el antecedente de Nueva York, hasta la incomprensible y dudosa ciudad de pirámides encontrada en el lecho marino de Cuba (llamada Mega), todos estos hundimientos pueden ponerse en perspectiva para explicar las posibilidades que el azote del mar y del agua nos ofrecen: el atlas



Desastre natural. Fotografía de Freepik

universal de las Atlántidas y el recuento de los pueblos desaparecidos, no importa si se trata del lugar donde nació Aaluk Edwardson o Alejandría, la ciudad tan amada por Cleopatra, cuyo faro y biblioteca perdidos aún lamentamos.

El dilema filosófico se convierte en un dilema para la sobrevivencia de nuestra especie. De cara al apocalipsis que el mar puede provocar, aún estamos a tiempo de preguntar si es utópico considerar los retos de un cambio cultural incluyente y sostenible. No se trata de pensar para entender sino de pensar para evitar. No hay tiempo para poner narrativas a competir (periferia-centro, norte global vs. sur global, homogeneidad vs. diversidad). El presente se trata, más bien, de pensar en las posibilidades de una idea de cultura que se nutra de las tradiciones milenarias. Y de hacer que estas sobrevivan gracias a la cooperación de los pueblos, por encima de una idea de cul-

tura global —sin nociones de su origen y amarrada al *capitalismo gore*— que se refleja en las Atlántidas de nuevo cuño: esas islas infinitas de basura que flotan a la deriva en todos los océanos del planeta.

LAS NUEVAS ATLÁNTIDAS

Con una extensión de más de diecisiete millones de kilómetros cuadrados, flotan a la deriva cinco islas que, sumadas, casi rebasan el tamaño de Europa y Estados Unidos. Hace quince años nadie diría que las tareas de aliviar la sed, empaquetar la comida, recorrer caminos, bucear o imprimir libros fueran a traducirse en una colección de masas plásticas, *pallets*, botellas y redes de pesca capaces de tejer los detritos producidos por nuestra civilización hasta convertirlos en espacios planetarios nutridos por todo aquello que escupen los ríos, desechan los barcos, esparcen los adultos y olvidan los niños en la playa.

El presente se trata, más bien, de pensar en las posibilidades de una idea de cultura que se nutra de las tradiciones milenarias.

Las corrientes oceánicas han formado una masa de ochocientos billones de toneladas que son otro espejo de la cultura universal y su capacidad para imponerse sobre todo lo vivo. Las redes y los plásticos evitan que la luz del sol llegue a las plantas marinas, los peces se alimentan de materiales tóxicos y microplásticos. En el fondo del mar se forman museos irresponsables de nuestra expansión humana: contenedores de barcos, naves naufragadas, computadoras cuyas carcasas llegan hasta la orilla de islas lejanas; manchas de petróleo y aceite que forman piezas dignas del *ready made* y del apocalipsis. Si la arqueología de la basura ayuda a comprender de qué estamos hechos, la basura sobre el agua es el alma liberada de las ciudades, su fantasma flotante, una inmensa Medusa despeinada que mira nuestras ciudades de piedra mientras se cocina el caldo que nos disolverá, tarde o temprano. Si las cosas no cambian, las últimas Atlántidas serán también nuestra Necrópolis.

TODO PRINCIPIO ES EL FINAL

La mitología mexicana relata que antes de los territorios solo existía un mundo acuático habitado por Cipactli, un monstruo marino de muchos ojos y escamas que vagaba por la inmensidad del mar sin encontrar alimento. El animal era tan miserable que dos de los cuatro hijos del principio creador, Ometéotl, decidieron ayudarlo, es decir, terminar con su vida. Tezcatlipoca metió el pie al agua para atraer al monstruo, que lo devoró de un bocado. Mientras el dios destripaba a Cipactli desde su interior, Quetzalcóatl le brincaba encima para desgarrarlo por el lomo. Así los hermanos mataron a la bestia y con su piel formaron la tierra, donde sus ojos se convirtieron en lagunas y estanques, sus fosas nasales en cuevas,

su piel en cordilleras y tierra; sobre la cual nacieron las personas que luego construyeron ciudades y dominaron al mundo.

Dice Aaluk Edwardson que todos somos seres multiculturales y a la vez venimos de culturas originarias; por lo tanto no necesitamos integrar estas últimas sino refundar la cultura. En este sentido, quizá no sea indispensable regresar al mito de Cipactli o reinventar la Atlántida. En cambio, si todavía queremos bucear en el optimismo, debemos reconocer que la crisis amaga la oportunidad. Aunque tres mil lenguas se sumergirán en el silencio antes de que termine el siglo —una lengua cada dos semanas según la Unesco— y la destrucción de puertos y ciudades sea ya una amenaza cumplida — pensemos en el reciente huracán Otis en Acapulco o Katrina en Nueva Orleans— aún estamos a tiempo de que la Atlántida no se convierta en una profecía planetaria. Más que imaginar autos voladores y robots de inteligencia artificial que ayuden a un mundo de súper tecnología, debemos entender que el desarrollo sostenible no se logrará sin el diálogo entre todos los acentos, la comprensión de la naturaleza y el ejercicio de cooperación que demanda una Babelia organizada capaz de construir la inteligencia social suficiente que, aprovechando la tecnología, haga de las lecciones de la historia el regreso a la naturaleza y el desarrollo del pensamiento, la ciencia y el arte, herramientas suficientes para impedir el hundimiento de los lugares que habitamos y, sobre todo, evitar que la llamada *aldea global* se convierta en una piedra azul haciendo su viaje eterno por el infinito, sin nosotros. **U**



SALDOS PENDIENTES: EL DÍA QUE CASI ME AHOGO CON BOB MARLEY

Sheerly Avni

Morir haciendo algo que amas no es tan trágico
Mark Foo, surfista de olas gigantes¹

Llevo dos horas pataleando para mantenerme a flote en el océano; a kilómetros de la costa, sin que nadie sepa que estoy aquí, sin esperanza de ser rescatada. No tengo más que un remo de plástico del que me sujeto pero no es lo suficientemente denso para sostener todo mi peso, en especial en aguas tan agitadas como estas. Desde hace unos minutos, las olas me han estado noqueando al jalarme hacia el fondo, y apenas logro despertar para escupir agua de mar, antes de perder de nuevo la conciencia.

Se acabó. El agua ya no es agua, sino unas fauces hambrientas que me han estado esperando aquí, pacientemente, desde el día en que nació. Me hundo una y otra vez, más débil y más cerca del final mientras un solo pensamiento gira en mi mente:

Qué idiota eres. Vas a morir y ni siquiera será una buena historia.

Claro que en su momento parecía una buena idea.

Era 2011. Mi madre y mi padrastro se habían jubilado y mudado a Sosúa, un pequeño pueblo playero en República Dominicana, y me invitaron a pasar con ellos un mes.

¹ Nunca sabremos si él se sintió así cuando llegó su final. Murió en Mavericks, California, en 1994.



Alejandra España, *Hap*, 2023. Cortesía de la artista

Acepté.

Porque en ese momento vivía en San Francisco con un gran tipo. Y aun así quería dejarlo.

Porque no había cumplido con la fecha de entrega de un guion y, usando la lógica clásica de los escritores, pensé que estar en un lugar alejado de la rutina me liberaría del bloqueo mental.

Porque a pesar de haber tomado tantas clases cada que estaba cerca del mar y no obstante que veía la película *Punto de quiebre* religiosamente dos veces al año, todavía no había logrado surfear una ola.

Porque me encantaba la romántica historia que contaba mi madre sobre cómo Sosúa había sido un refugio para los judíos durante la Segunda Guerra Mundial, dado que la República Dominicana fue uno de los pocos países en aceptar judíos refugiados del holocausto. El relato incluía la construcción del templo en la

bahía de Sosúa, muy cerca de donde nos hospedaríamos. Qué metáfora tan adecuada: un refugio para los judíos perdidos de aquel entonces, un refugio para una judía contemporánea extraviada.

Al llegar supe que el general Rafael Leónidas Trujillo, un dictador obsesionado con temas raciales, había invitado a los judíos en parte porque esperaba que le ayudaran a hacer más blanco el país. Y descubrí que la fama actual de Sosúa no era por sus templos sino por el turismo sexual.

Voltearas a donde voltearas, veías viejos blancos con la piel quemada y mujeres muy, muy jóvenes a su lado. O al revés: mujeres blancas con hombres jóvenes. Dos días después de haber llegado, vi cómo un musculoso joven haitiano ayudaba a bajar de una combi a su al menos sexagenaria compañera con rastas; la sujetaba galantemente de un seno desnudo.



Claude Monet, *Olas rompiendo*, 1881. Legion of Honor San Francisco, California ©

Sosúa era transparente en su transaccionalidad. Había muchas sonrisas pero poco fingimiento: los turistas obtenían lo que estuvieran dispuestos a pagar. Gestionaban estos arreglos con intermediarios que en su momento también fueron turistas y se quedaron a vivir de esta manera, repartiendo entre los pobladores originales lo que sobra en este comercio.

En el complejo donde mis padres habían adquirido su condominio, muchos de los visitantes —demasiados— parecían haber viajado en busca de lo que sobraba, y yo los evitaba.

La única persona que me caía bien era un francés al que llamaré Max, sobre todo porque yo desconfiaba de las sonrisas en ese lugar y él casi no sonreía. Tenía un trabajo de oficina en el condominio y se le consideraba poco amigable; nunca lo veías conviviendo antes ni después del trabajo. Pasaba su tiempo libre con su familia o surfeando en una playa cercana. Diez años antes, en Hawái, yo había logrado ponerme de pie en una tabla durante siete segundos. Fueron los mejores siete segundos de

mi vida, y estaba segura de que Max había aceptado este trabajo tan raro en este sitio tan extraño porque, como cualquier creyente, necesitaba estar cerca de su lugar sagrado.

Aunque esto solo lo suponía, porque nunca cruzamos palabra.

En mi tercer día en el pueblo, me apunté para tomar una clase de surf en una playa cercana. La impartía un adolescente con un afro decolorado por el sol y ojos verde claro. Era un mago en las olas pero casi no hablaba inglés, ni siquiera lo suficiente para instruirme en la postura o en cómo calcular el momento adecuado para erguirme; apenas lo suficiente para hacerme saber con amabilidad que también estaba disponible para servicios en horarios nocturnos.

Al día siguiente encontré a otro instructor, otro atleta natural, cuyas habilidades pedagógicas no lograron inyectar confianza en una neoyorquina torpe y ñoña con el equilibrio de una jirafa borracha. Apenas podía nadar, mucho menos dominar una tabla. Tomé tres cla-

ses con él y no aprendí nada aparte de lo que ya sabía: que no tenía futuro como surfista.

Al caminar de vuelta a casa por las tardes, los jóvenes me hablaban desde sus motocicletas o recargados contra las paredes. Me observaban, sonreían y susurraban promesas en distintos idiomas. Yo pasaba a su lado de camino a comprar cigarros y sentía cómo su deseo me recorría el cuerpo. Mi mente sabía que el deseo no era dirigido hacia mí, sino hacia el dinero que yo representaba, pero a mi cuerpo no le importaba esta diferencia. En mi terruño, si un grupo de jóvenes te mira con esa mirada, casi siempre significa peligro: sabes que tendrás que correr, pelear o ambos. Aquí, sus miradas eran un baño de miel.

No había cobrado conciencia del temor que me inspiraban los hombres hasta este momento en que dejé de sentirlo. No sentí urgencia por reaccionar, más bien debo decir que en aquellos primeros días fui a comprar más cigarrillos de los que en verdad necesitaba.

Aún así, no podías ir a las playas públicas sola porque la gente daba por sentado que estabas buscando algo y las cosas se volvían incómodas.

Así que ahí estaba yo, fracasando en mis lecciones, incómoda en las playas, estoica ante la atracción principal del lugar. Solo me quedaba una opción. El lugar en el que vivíamos contaba con algunos juguetes para el agua que los residentes podíamos usar. Entre ellos había una vieja tabla de remo que ya no tenía la correa que se ata al tobillo.

En los ratos en los que no estaba en la casa no escribiendo mi guion, sacaba la tabla y practicaba ponerme de pie, aprendiendo a moverme hacia el frente y hacia la parte de atrás de la tabla dependiendo de lo que quisiera, velocidad o estabilidad, y descubriendo cómo dar

vuelta. Lo hacía paralela a la costa y me alejaba de las olas oscuras y revueltas que aparecían más allá de la bahía —parecían caóticas y siniestras: un capítulo de *Moby Dick* para el que no estaba preparada—. Los pescadores, sin embargo, salían en sus botes a mar abierto y podía verlos a la distancia, subiendo y bajando contra el horizonte.

Nunca me preocupé por avisarle a nadie que me iba a meter al mar: el agua cerca de la costa era cristalina; parecía estarme metiendo en una alberca infinita.

Tenía un reproductor de mp3 barato y a prueba de agua que sujetaba detrás de mi oreja; contenía todo un disco de canciones; antes de salir le cargaba un álbum diferente y lo escuchaba una y otra vez mientras me deslizaba sobre el mar de aquí para allá buscando delfines.

Después de tres semanas, me dirigí un día a la bahía para mi sesión. Mi padrastro estaba en el condominio, pegado a su computadora. Experimentaba extraños dolores en el estómago y eso lo tenía de mal humor casi todo el tiempo; se la pasaba peleando en francés con mi madre. Ese día ella se había ido al pueblo.

El disco que elegí fue *Kaya*, de Bob Marley. Mi canción favorita era "Misty Morning", en particular por los versos que dicen:

*I want you to straighten out my tomorrow
I want you to straighten out my today.*²

Quería que alguien hiciera eso por mí. Estaba en una encrucijada en mi vida, en mi trabajo, en el amor, en la ciudad en que residía; a mis cuarenta me sentía vieja de una manera

² Quiero que endereces mi mañana/ Quiero que endereces mi día de hoy.



Arnold Böcklin, *En el mar*, 1883. Art Institute Chicago ©

que no te parece boba hasta que llegas a los cincuenta. Y mientras cantaba esos versos que son una maldición y un rezo al mismo tiempo, alcé la mirada y vi un delfín de verdad saltando a la distancia. No solo saltando, sino jugando: realizando arabescos, llamándome, invitándome a integrarme a su danza.

Comencé a remar hacia él lo más rápido que pude. El delfín se quedó en su lugar —un arco grácil y brillante de negro y verde—; surgía directo de mis libros infantiles favoritos mi nuevo mejor amigo. La corriente estaba a mi favor y me ayudaba a acortar la distancia con rapidez.

Nunca me había deslizado sobre el agua tan suavemente, nunca me había sentido tan emocionada.

Cuando estuve más cerca, descubrí dos cosas:

Una: no se trataba de un delfín. Era una gran bolsa de basura vacía.

Dos: ya no estaba en la bahía, sino mar adentro, y el agua había dejado de ser una al-

berca tranquila para transformarse en una lavadora que se agitaba con furia. Yo estaba justo en medio. Olas que sobrepasaban mis hombros venían hacia mí desde todos lados.

Tan poca idea tenía de lo que estaba pasando que en ese momento pensé que lo peor era la bolsa de basura.

Recordé mis enseñanzas y para mejorar el equilibrio me senté con una pierna a cada lado de la tabla, en lugar de seguir de pie, y comencé a remar en paralelo a la costa, tan intensamente como pude para desprenderme de la corriente que me alejaba de tierra firme.

Se sintió como una eternidad, aunque fueron más o menos treinta y seis minutos, lo que duraba el disco *Kaya*, que tenía en repetición automática. Estaba escuchando el verso que decía “no puedes huir de ti mismo” por segunda vez desde que me había alejado de la seguridad de la bahía.

Y no tenía correa.

Una ola enorme me tiró de la tabla. Me revolcó y tosió; después de escupir sal, salí a to-

Una ola me golpeó y la tabla salió disparada debajo de mí como si fuera un corcho.

mar aire mientras veía cómo la tabla flotaba a un metro de mí pero se alejaba con velocidad. Llena de adrenalina, aún sujetando el remo, logré impulsarme hacia ella y alcanzarla.

Me subí resoplando y decidí no remar más. Solo me quedé acostada y concentrada en no perder la tabla.

Por un momento, las olas me empujaron hacia un lado y pude ver la costa: estaba dos veces más lejos que unos minutos antes.

Pero sentí esperanza; contaba con que sería vista desde alguno de los botes de pescadores que poblaban el mar más allá de la bahía.

Y entonces recordé que era domingo.

Una ola me golpeó y la tabla salió disparada debajo de mí como si fuera un corcho. Grité angustiada. Nadé para alcanzarla y solté el remo en un instante de pánico. La tabla se alejó de mí con cadencia dentro de ese mar oscuro. Cinco metros, luego diez, y veinte.

Algo me golpeó la cabeza. Fuerte. Era el remo. Decidí ponerme a flotar de espaldas y sostenerlo en alto con la esperanza de que si alguien me buscaba, lo podría ver. Mientras tanto, todavía tenía a Bob Marley cantándome al oído.

*One of my good friend said,
in a reggae riddim,
Don't jump in the water,
if you can't swim.³*

Volví a la pesada labor, con el remo en la mano, de intentar respirar mientras me sacudían lo que parecían torbellinos dentro de remolinos. De milagro, o como maldición, los audífonos se mantuvieron firmemente suje-

tos a mis orejas y funcionaron como cronómetros. Sonó todo el álbum y volvió de nuevo mi canción. Otros treinta y siete minutos dentro del agua.

Sí, lo que tú digas Bob, ya sé. Me lancé al agua sin saber nadar. No podía mover los brazos; mi garganta parecía forrada de lija.

Caí en cuenta de lo triste que sería la historia de mi muerte. La gente llevaba años burlándose de mi mala vista. Y ahora resulta que había confundido una bolsa de basura con un delfín.

Y fue entonces cuando pensé que mi historia moriría conmigo, quizá mis seres queridos inventarían una mejor. *Murió haciendo algo que amaba*, dirían asintiendo, sin saber la verdad.

Porque yo no amaba hacer esto, ni un poquito. Mi cuerpo era un grito mudo. Entraba y salía de la conciencia. El terror seguía ahí, pero sofocado, porque el miedo depende de la esperanza y yo la había perdido hacía unas seis canciones de *reggae*.

El agua seguía alzándose, lanzándome de un lugar a otro. Apenas sabía dónde estaba mientras continuaba sosteniendo el remo en lo alto, pero todo parecía suceder tras un cristal, y yo no dejaba de tragar espuma y agua de mar.

Otro ciclo de Bob Marley. Esta vez, cuando lo escuché burlarse de mí por no saber nadar, me quité los audífonos y dejé que se quedara el mar. *Esta música no es la banda sonora que elegí para mi muerte.*

Y después de eso, nada.

Dos pares de manos, cada uno sujetándome un brazo. Me jalaban para meterme a un

³ Uno de mis buenos amigos dijo, / al ritmo del *reggae*, / no saltes al agua / si no sabes nadar.

bote. Después, yo de espaldas y el cielo tan azul sobre de mí.

En ese entonces todavía no hablaba español, pero recuerdo la frase *dios mío* repetida varias veces. Luego la sensación de metal: me habían acercado una cantimplora a los labios.

Me disculpé una y otra vez —deliraba— por haber perdido la tabla. Los hombres del bote me ignoraron. Me desmayé.

Me despertaron al sacarme del bote y llevarme a la playa. Una pequeña multitud se había reunido y cuando dos brazos fornidos me alzaron, vi a mi padrastro, un ateo militante, hincado en la arena rezando en árabe. Nunca me perdonó haberlo orillado a eso.

"*Imbécile!*", me solía decir después. "*Tu m'as fait trahir ma foi!*"⁴

Él sí se había dado cuenta de que yo no estaba y rentó una lancha para buscarme. Parece que el capitán le cobró una cantidad enorme por salvarme la vida. Dadas las circunstancias, Josue sintió que no podía regatearle, y el regateo era su verdadera religión. Nunca me perdonó eso tampoco.

Al final no había mucho más que decir. Deshidratación, una quemada terrible y el ego vapuleado: cómo se me ocurrió que alguien como yo podía surfear, estar a la altura de algo tan infinito e implacable como el océano.

Me arrastré, derrotada, y me tumbé en el futón de mi estudio, muerta para el mundo. Podría haber dormido días, meses... pero después de unas horas escuché que tocaban a la puerta y gritaban mi nombre.

Era Max, el francés. Golpeaba la puerta con urgencia.

—Tenemos que hablar —dijo.

Intenté ignorarlo.

—¡Ahora! —gritó.

Pensé que estaba en problemas por haber perdido la tabla, así que me puse de pie, abrí la puerta y cuando me hizo señas para que lo siguiera, lo hice sin protestar. Caminamos juntos en silencio hasta su oficina, al otro lado del complejo.

Acercó dos sillas a su escritorio, me pidió que me sentara en una, él se sentó en la otra y desenrolló un mapa.

—Revisemos tu trabajo.

—¿Mi qué?

—Tu trabajo. Tu surfear.

—No estaba surfearando —seguía deshidratada y sentía como si mi cabeza fuera de papel maché—. Me fui en la dirección equivocada cuando quise perseguir algo que no estaba ahí y casi muero.

Gruñó, cruzó los brazos. Después de un momento, por fin dijo:

—¿Qué crees que es surfear?

Juntos revisamos los mapas. Me pidió que señalara dónde había abandonado la seguridad de la bahía. Me hizo mostrarle con exactitud el ángulo en el que remé hacia la costa cuando me di cuenta de mi error. Me mostró lo que había hecho bien y en qué me había equivocado; las cosas que debía corregir para la próxima.

Como si fuera a haber una próxima vez.

Me ofreció una botella de agua. Me la acabé en treinta segundos.

—El mar te perdonó, ¿sabes? Ahora estás en deuda.

Aquí vamos, pensé, ya salió la verdad. Empecé a calcular cuánto costaría una tabla, cuánto tenía en el banco.

Se levantó y señaló su propia tabla recargada contra la pared.

⁴ ¡Idiota, hiciste que traicionara mi fe!



Nicolas de Staël, *Paisaje mediterráneo*, 1953. Museo Nacional Thyssen Bornemisza

—Tienes que prometer que tomarás esta tabla y saldrás al mar mañana a primera hora, pase lo que pase.

Lo miré fijamente. Encogió los hombros.

—Perdiste la tuya. Si no sales mañana, quizá nunca más lo hagas. Así funciona el miedo —sonó su teléfono—. Tengo que tomar esta llamada —y me dio la espalda.

Al día siguiente tomé la tabla y enfilé hacia la bahía. Sentía como si me hubieran arrancado los músculos. Estuve remando horas. Fue horrible, pero lo hice.

Salí a surfear todos los días que restaban de mi visita. Max no me volvió a hablar, pero cuando me veía salir temprano, algunas veces me saludaba con un gesto.

Catorce años y muchas demandas después, mi madre se deshizo de los departamentos en República Dominicana. Juró que jamás volvería a esa “playa maldita”, y nunca lo ha hecho.

Resultó que los dolores de estómago de mi padrastro eran síntomas de un cáncer que des-

cubriríamos demasiado tarde y que lo mataría cuatro años después. Esas semanas en la playa fueron las últimas que pasamos como familia antes del diagnóstico. Cada instante era un regalo, aunque en ese momento no lo supiéramos.

Supe que Max se fue al poco tiempo. Tiene sentido porque no pertenecía a ese lugar, donde todo estaba a la venta. Él, que me ofreció las cosas gratis. Me esfuerzo por no olvidar sus dos lecciones: *comparte lo que amas* y *regresa a lo que temes*. Después de todo, casi muero antes de recibir esas enseñanzas. Y al final le hice caso a Bob y tomé clases de natación, aunque no creo que vuelva a escuchar su disco *Kaya*.

En lo que se refiere al hecho de que sobreviví pese a la serie de errores colosales, sigo anonadada. No merecía ser rescatada por esa lancha como tampoco merecía la generosidad de Max. Pero supongo que ese es el punto de todo esto: si mereciéramos las cosas, no serían una bendición. **U**



POEMAS

UNA VUELTA COMPLETA AL SOL

Joca Reiners Terron

Traducción de Brenda Ríos

Un tiempo fuera del tiempo.
Huimos de la ciudad atrás del horizonte.
 Vinimos a pasar un mes
y se completó una vuelta al sol.
Arrastrado por lo concreto de las cosas—
de las piedras y acantilados, la fibrilación de lo vegetal,
del suicidio permanente de los insectos contra la luz—,
el tiempo readquirió masa, extensión, inercia,
 cierta impenetrabilidad
en la forma de un verano indestructible.

Mientras escribo, sin mirar el mar,
siento temblar mucho la punta del lápiz—
es el momento en que las luciérnagas se encienden.

Marcamos las horas por la marea.
Las olas devoran terrenos completos, arrancan árboles.
Pasamos a medir la geografía de los días a través de los esqueletos
 arrastrados por el mar.
Ayer estaban aquí, hoy se movieron
hacia allá, como fantasmas enraizados
en el paisaje en transformación.



La materia orgánica arrastrada por las olas—
tortugas muertas, mantarrayas, peces globo,
aguamalas a la orilla a punto de explotar
lilas
huesos de animales extintos y no identificados
que los buitres devoran, la sombra de las alas negras
volando sobre la arena blanca —tan rápida
como inmóvil—
de aventón en el viento
y en el plan de la vida.

El pescador dice que ahora el día tiene dieciséis
horas. Un marinero japonés le contó.
Después de Fukushima, hasta menos.
Eso se vuelve evidente en la playa,
donde la mañana todavía es mañana, pero la tarde dejó
de existir y la noche es la más negra de las noches.
En la ciudad que dejamos todas las horas
son la misma. Aquí,
todos los días el mismo día.

Vivir frente al mar y bajo los acantilados
es reclamar otra vez el cargo de jefe piel roja
al que, en un momento tierno
y olvidado de la infancia,
abdicamos.

La mano el limón el fósforo el fuego
la salitre que devora
el refrigerador la rejilla de la ventana
las algas en la arena las cuijas en la pared
en su cazada nocturna nosotros apostamos
a favor de los insectos
las iguanas en la palmera el murciélago
que amaneció atrapado en la tela
de araña las lámparas golpeando en el viento
mensajes que recibimos
y no sabemos interpretar.



Un volcán entra en erupción
en las Canarias y esperamos
noticias tuyas en un mensaje
embotellado en la cresta de una ola
de diez metros traída
por el tsunami.



El viernes en la noche el cielo cerró
los días que ya andaban nublados, pero cuando
el horizonte fue atravesado por la luz
y un trueno se impuso, comenzó a lloviznar
dentro de la casa (el techo sin cubrir)
Se fue la luz

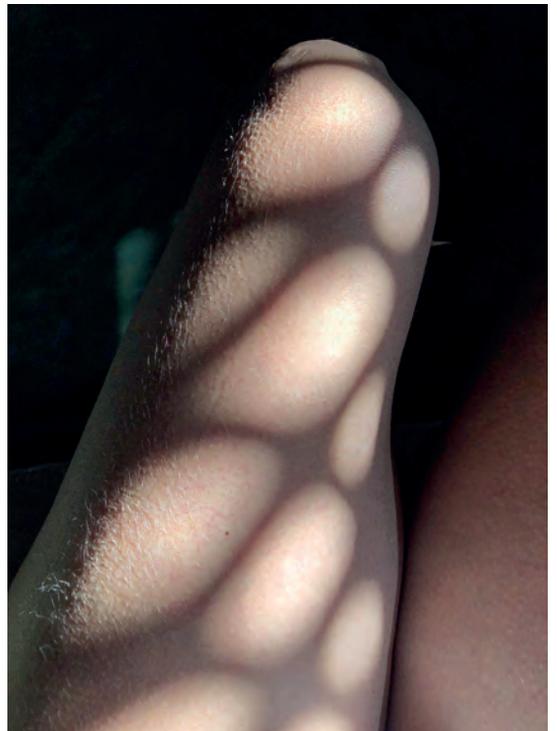
abrimos la botella de vino
y cenamos casi sin ver la comida
guiados por la luminosidad ocasional
de los relámpagos y las luciérnagas.

El habitante humano de un país de insectos.
Es imposible dormir.
El sueño fue extinto, prevalece
solamente como algo del pasado.
La noche es una picazón, un ataque a los sentidos.
Una travesía sombría de un túnel
que acabará en el sol.

Escribo poesía
en el teclado cubierto
de insectos muertos.

Días en la montaña después de meses en la playa aislada.
El sonido del viento en los árboles es igual
al de las olas cuando la marea está subiendo.

Pisoteando cucarachas aplastando mosquitos
en el Paraíso practicando la caza sutil
recomendada por Jünger,
que, años después de la guerra, decidió cazar
insectos en la medida en que
ya no podía cazar
hombres.



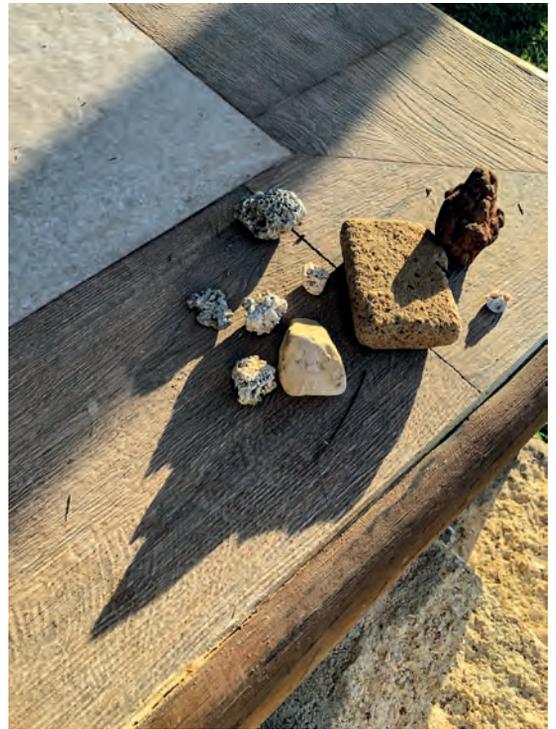
El mosquito y el trabajo intelectual
no se llevan.

La rana adoptó como casa la jabonera de plástico
de la esquina de la pared del baño.
Ahora su canto diurno se desparrama
por todo el lugar.
Curioso que haya inventado
—de una sola esquina
cuanto cántico cuántico—
una casa y un instrumento musical.

El modo de evaluar su evidencia
al observar el cuerpo de mi amor:
conforme la luz aumenta
y disminuye la piel se oscurece
o clarea, pues aquí también
hay nubes y por lo mismo lluvia.
Si los días de sol se extienden,
la sombra impresa del bikini se ilumina,
es posible ver el amanecer acostado
en el valle entre los senos y el anochecer
en la arena de la playa —gigantesco reloj de arena
—donde, sí, el tiempo existe.

Vimos doce lunas llenas
en esta vuelta
billones de estrellas.

Con una vuelta completa alrededor del sol
es hermoso ver cómo todo se repite —el regreso a la playa
de los escarabajitos rojos que atraen
el pico de los correlimos golosos
La hierba traída del mar por la lluvia invita
a los manatíes a la sobremesa.
—todo va y vuelve, es sólo dejarnos ir.



Todas las fotografías de este texto son de Isabel Santana Terron.



LA CUNA Y LA TUMBA DEL MUNDO

Julieta García González

Era un día soleado, fresco, poco común en los mares alrededor de La Paz, en Baja California Sur. Me ayudaron a encaramarme a la panga, para que no me resbalara ni me lastimara. Llevaba playera y shorts encima de un bikini blanco que había comprado especialmente para la ocasión. Sería mi primera aventura en panga, la primera vez que me internaría en el mar de forma menos recreativa e infantil que antes, en lugares como Acapulco o Cancún. El motor fuera de borda se puso en marcha con estruendo y espantó a las aves que nos miraban desde unas piedras. Éramos cuatro, dos parejas. Ellos, dos norteamericanos de mediana edad que vivían y trabajaban en La Paz —profesores y traductores, con un espíritu que heredaba la rebeldía jipi de pelo revuelto y vestimenta casual de los años sesenta—, eran los dueños de la panga y de los bártulos necesarios para la pesca. Nosotros, próximos a casarnos, en nuestros veintes, éramos los invitados. Mi novio, atlético y serio, estudiaba biología marina y rentaba un cuartito de servicio en su casa; hasta ahí llegué a visitarlo desde Ciudad Satélite, el antiguo suburbio chilango.

Cada onda de agua que se ve desde la playa se siente como una montaña cuando vas sobre una panga. Conforme se escalan las crestas, el movimiento que golpea la fibra de vidrio de la embarcación te cala en los huesos y la carne. Eso fue una primera sorpresa. Tuve que aferrarme a las orillas del bote para no salir disparada y caer al agua salada. Con el tiempo aprendería a apretar las mandíbulas cuando el mar estaba picado, a aferrarme a las orillas con todas mis fuerzas. Pero ese



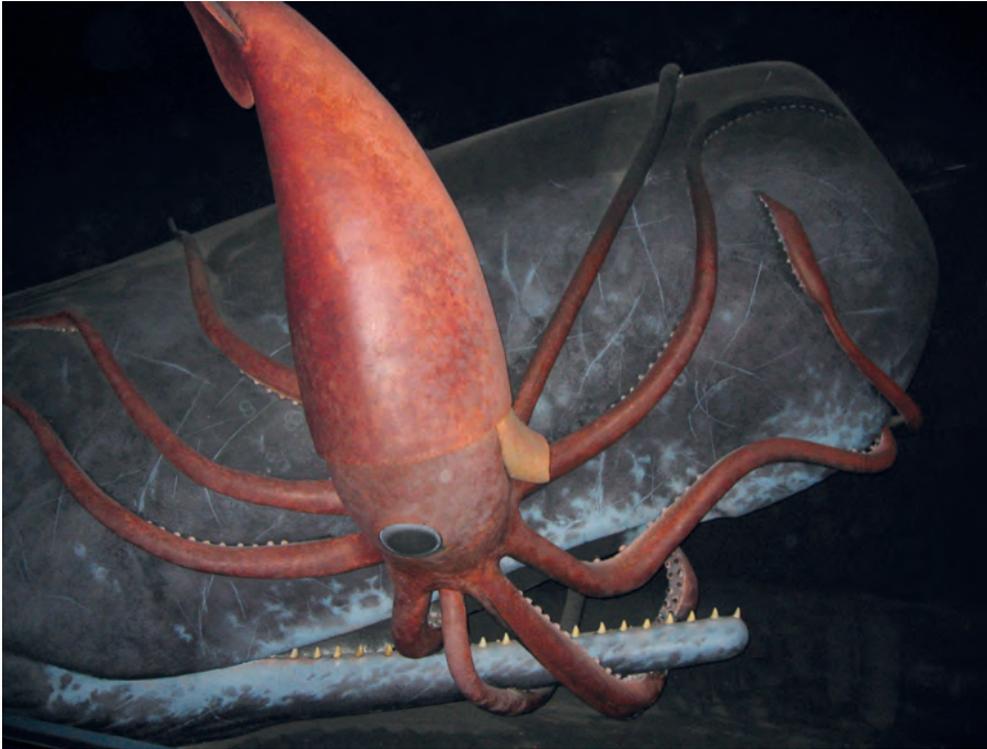
Jonás y la ballena, ilustración de Jami al-Tavarikh, ca. 1400. The Metropolitan Museum of Art ©

día de sol todo era sorprendente, nuevo, y parecía un buen augurio para lo que vendría, para la vida que me esperaba después del matrimonio, porque ese sitio sería mi hogar: ese mar sería mi mar.

La panga se detuvo muy lejos de la orilla, donde el agua se fundía con el cielo o el cielo con el agua. Era ideal para la pesca, según decretó el profesor. Se prepararon anzuelos, hubo movimientos, luego cierta tranquilidad. Para cuando se lanzaron las cañas al agua, el sol era brutal y el agua plácida, como un espejo inmenso, calmo, casi aburrido. No había otro sonido que el del agua chapoteando con suavidad contra las orillas de la embarcación. Me quité la playera y los shorts y me tumbé en un asiento. Permanecimos en silencio hasta que un animal picó. Los hombres jalaron con fuerza, entre gritos e instrucciones, rodeados todos por el sonido del agua agitándose, de la lucha bajo la superficie. Por fin, sacaron un pez inmenso. La proeza fue de mi novio, G. El animal se agitaba con cara de espanto y boquea-

ba, hinchando las agallas, coleteando. Lleno de orgullo y satisfacción, G. me miró y, con esa encantadora sonrisa suya, tomó un tubo de metal y le dio con fuerza en la cabeza al pez. Un chisguete de sangre me bañó. El primer golpe no fue suficiente, así que vinieron otros dos que sonaron secos, atroces. El pez quedó inmóvil, vencido por los golpes. Mi bikini blanco se manchó sin remedio. En la panga se celebró esa pesca —la de un barrilete, pariente de los atunes, peces de carne roja— que nos daría de comer al menos un par de días. Para mí, la superficie lisa del mar, sus olas, su olor, habían cambiado para siempre.

Un ser marino devoró a Jonás, "un pez". Desobediente y necio, Jonás trepó a una embarcación, haciéndose a la mar para huir de un encargo que era, ni más ni menos, la prédica de la palabra del Señor. La embarcación se enfrentó a una marejada bárbara y a unos vientos que por poco la parten en dos, sacudien-



Cachalote y calamar gigante luchando, American Museum of Natural History. Fotografía de Mike Goren ©

do a la tripulación, resquebrajándose por acá y por allá, haciendo agua. Necio, desobediente y más o menos cobarde, Jonás pidió clemencia y prometió cumplir su cometido. Dios, como acostumbra, no se apiadó y lo lanzó al mar, donde un pez —según la Biblia— se lo tragó, guardándolo en su barriga durante tres días con sus noches.

El escarmiento de Jonás también se usó para castigar a Pinocho en la versión original de Carlo Collodi (1883) y en posteriores: la de Disney (1940) y la de Guillermo del Toro (2022). El pez del profeta se transformó en ballena. La diferencia entre uno y otro puede parecer poca, como si fuera un pequeño ajuste creativo eso de pasar de pez a ballena, algo relativo a las dimensiones. Hay, sin embargo, una enorme distancia que empieza con que el pez respira a través de agallas, el agua es su fuente de oxígeno; la ballena, en cambio, debe subir a la superficie y respirar, como las personas, el aire

del planeta. Todo es distinto en su composición interna, desde los huesos hasta el aparato reproductivo. Aunque en nada se parecen, se mueven en un medio que identificamos como único: el mar.

El agua ha sido, dentro de los elementos que conforman la tierra, el más misterioso para los seres humanos. Hábiles para caminar largas distancias, aptos para hacerse de herramientas y emplear trucos que faciliten las más arduas tareas, han resultado incapaces de moverse con tranquilidad en el mundo acuático. Dentro del agua, los cuerpos de la tierra se desplazan con torpeza, son pesados y parecen absurdos, como si algo les sobrara o faltara; aunque, a la vez, flotan con ligereza. Una persona de 160 kilogramos subirá con gran dificultad una pendiente, pero se moverá sin presiones en el agua. La fantasía de la levedad humana desaparece ante los seres marinos. Un delfín de 160 kilogramos avanza a 37 kilómetros por

Nos ocurre que, a pesar de conocer el 92% del genoma humano, conocemos apenas el 5% del océano que cubre el 70% del planeta.

hora y recorre, en un mismo día, alrededor de 128 kilómetros de distancia.

Nos hermanan con el cielo y sus habitantes el aire que respiramos, el estar secos y el miedo a morir ahogados. Nos ocurre que, a pesar de conocer el 92% del genoma humano, conocemos apenas el 5% del océano que cubre el 70% del planeta. Así que a Jonás se lo pudo tragar un pez aún desconocido: uno terrible que lo mantuvo vivo a pesar de moverse en líquido y que lo escupió para que este profeta menor —necio y cobarde— volviera a lo seco, para predicar la palabra de su Señor.

La ballena del *Pinocchio* de Disney no solo era una metáfora de la destrucción de la recién comenzada Segunda Guerra Mundial, sino un guiño literario: también es *Moby Dick*, la ballena por excelencia, el mal encarnado en un ser marino.

Nuestra fantasía ha encontrado un campo fértil en los océanos porque pecamos de ignorancia; los conocemos muy poco; además, no siempre entendemos lo que hemos conocido. La ballena del *Pinocho* de Guillermo del Toro es un ser a todas luces abisal. Este animal da la impresión de vivir en las profundidades, a diferencia del primer Monstro o *Moby Dick*, seres pelágicos. Los animales que viven próximos a la superficie tienen una apariencia más amable, son raros y hermosos. Pero, a mayor profundidad, más extraños son los habitantes del mar; nos parecen peculiares los que viven en cuevas, pero son incomprensibles los que habitan a miles de metros de la superficie marina. En lo más hondo no hay luz —y el agua, ya muy densa, se mueve poco— así que la apariencia no afecta en lo más mínimo la selección de pareja. Reproducirse en el fondo

marino es una cuestión de suerte o necesidad sin que ninguno de los factores que consideramos relevantes para nosotros (el deseo, nuestra idea del amor, una afinidad espiritual) estén presentes; al menos, no bajo el rasero de lo humano.

En ese fondo, donde se supone que vivía Monstro para salir de cuando en cuando, hay animales que podrían poblar las pesadillas de cualquiera —de hecho, las pueblan—. En ese lugar viven peces de cabeza traslúcida y otros que van como Diógenes, iluminando su propio camino con una pequeña linterna que emerge de su frente y aluza sus terribles dientes, afilados y torcidos; otros, largos, planos, como monumentales boas aplastadas, alcanzan los diez metros del hocico a la cola. Esa oscuridad es la casa de calamares gigantes que pueden medir hasta treinta metros y pesar más de doscientos kilos, con tentáculos que pueden abrazar a una ballena. También hay seres diminutos, con luz propia, parecidos a plumas de ave, que suben y bajan a su gusto en esas aguas heladas. Todos ellos sirvieron como inspiración para poetas, novelistas, pintores, profetas, chamanes, animadores, caricaturistas y actores que han moldeado desde la tierra lo incomprensible del mar. Han sido la inspiración de leyendas milenarias, de las historias que los marineros se cuentan entre sí, de mitos fundacionales y predicciones apocalípticas.

Para muchas culturas, el origen y el fin del mundo está en el mar. Noé decidió cómo sería la vida en suelo firme al subir al Arca una pa-

reja de cada especie conocida, pero ni quiso ni pudo modificar lo que estaba bajo el agua y, según el visionario Juan, el fin del mundo vendrá cuando los océanos se tiñan de sangre antes de desaparecer y llevarse con ellos la última oportunidad de redención.

Neptuno y Venus surgen de las aguas marinas que son también el hogar de las sirenas, tan crueles como irresistibles. Las ondinas y las nereidas circularon libremente por los océanos en mitologías tan dispares como la nórdica y la griega. El mar es la cuna del Kraken, el Leviatán y la Hidra. Caribdis y Escila tienen su hogar en las profundidades, al igual que el Sipak o Cipactli. Desde los fiordos hasta las playas tropicales, las aguas calmas o revueltas de los mitos contienen todas las amenazas posibles y también, de forma paradójica, todas las promesas, quizás porque se considera al mar un arcón inagotable de nutrientes, que van de los peces a las algas, pasando por seres de distintos colores, tamaños, formas. Aunque sus recursos son finitos, la abundancia marina da la apariencia de no tener fin. Esto ha sido una desgracia para muchas especies que padecen la voracidad humana. Tal vez la incompreensión que se siente frente a la inmensidad, la diferencia entre este mundo seco y ese mundo líquido, nos orille a ser crueles también con sus habitantes.

Viví cinco años en La Paz, entre el mar de Cortés y el océano Pacífico, al lado de un biólogo marino en ciernes. Me colé a sus clases y prácticas de campo. Aprendí a ver el mar por dentro, sumergida. Supe que los corales son colonias de animales pequeñitos que sirven como guarida para unos peces de colores que resultaron curiosos como gatos. Conocí de cerca

estrellas de mar, esponjas, erizos "coquetos" (cubren su caparazón con conchitas y trozos de vidrio), pepinos de mar... Todos estos son animales sin un referente en la tierra; nada se les parece. Lo mismo pasa con las fragatas portuguesas, otra colonia de animales que se desplaza como una sola bestia mortal, o los tiburones ballena, inmensos y dóciles como vacas que pastan plancton. El mar brilla por las noches, desde dentro, cuando hay bioluminiscencia de algas diminutas y fosfóricas; los cambios de color que presenta en el día se deben a la vida que alberga: más algas coloridas como lentejuelas, microorganismos, carúmenes.

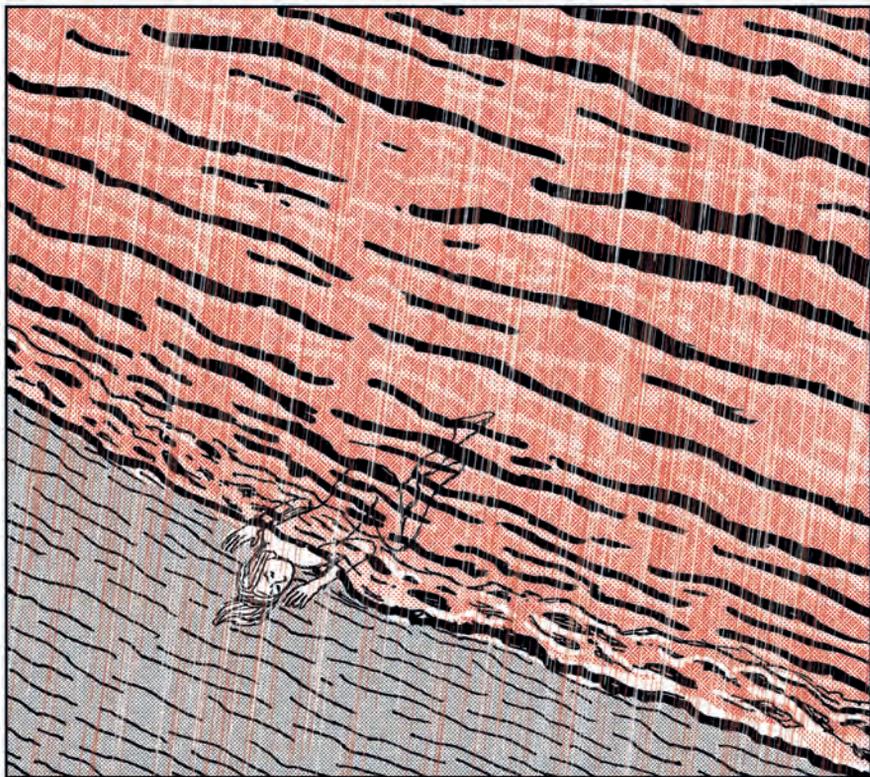
Tortugas, serpientes y lagartos viven en el mar. También lobos marinos, focas, ballenas, nutrias. Jugué con los animales de esos mares, conviví con ellos, tocándolos y dejándome tocar, vi su miedo y su alegría, vi cómo vivían una vida ajena a todo lo que yo consideraba vida.

Aprendí a sumergirme sin otra cosa que el aire de mis pulmones para estar cerca de las anémonas, los peces cirujanos, las caracolas, los caballitos de mar. Me enseñó G., siendo ya mi esposo. Bajé al fondo, entre las rocas, primero un poco; luego más profundo, más. Supe que podía descender varios metros y tuve miedo. ¿Y si no puedo subir?, ¿si llego al fondo y no consigo volver?, pregunté. ¿Puedes pensar en una mejor forma de morir?, me respondió G. ¿Se te ocurre una mejor forma de dejar el mundo que ahí abajo, rodeada de todo esto? Descendí hasta alcanzar veinte metros de profundidad. Desde ahí se veía el cielo distorsionado, la luz del sol rota en mil pedazos, las nubes convertidas en sueño. El silencio del mar, la mirada de sus pescaditos, el agua abrazándome: ese pudo ser un buen final. **U**

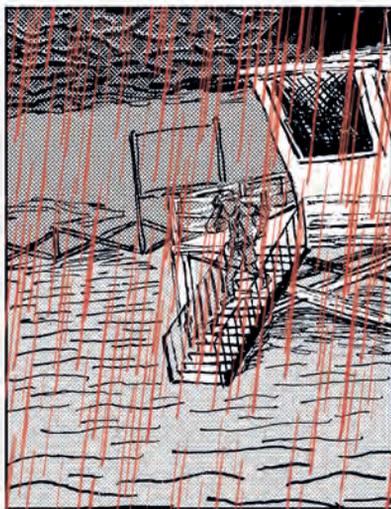
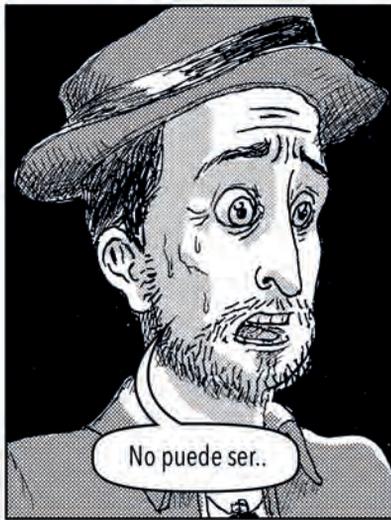
**el mar
nunca
olvida.**

ESCRITA Y DIBUJADA POR CARLOS GARCÍA

Sin rodeos, dígame,
¿Qué tiene el agua?

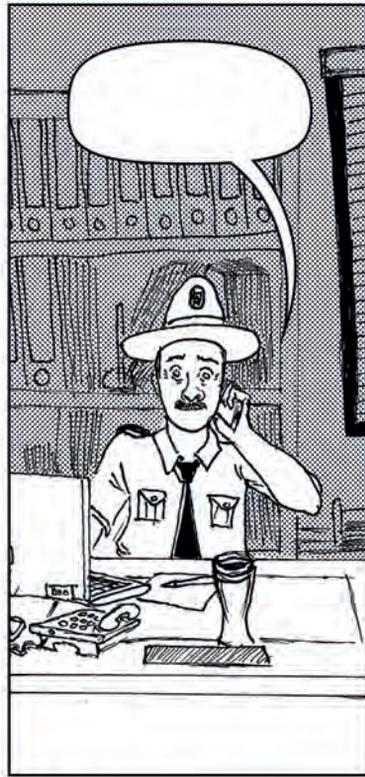


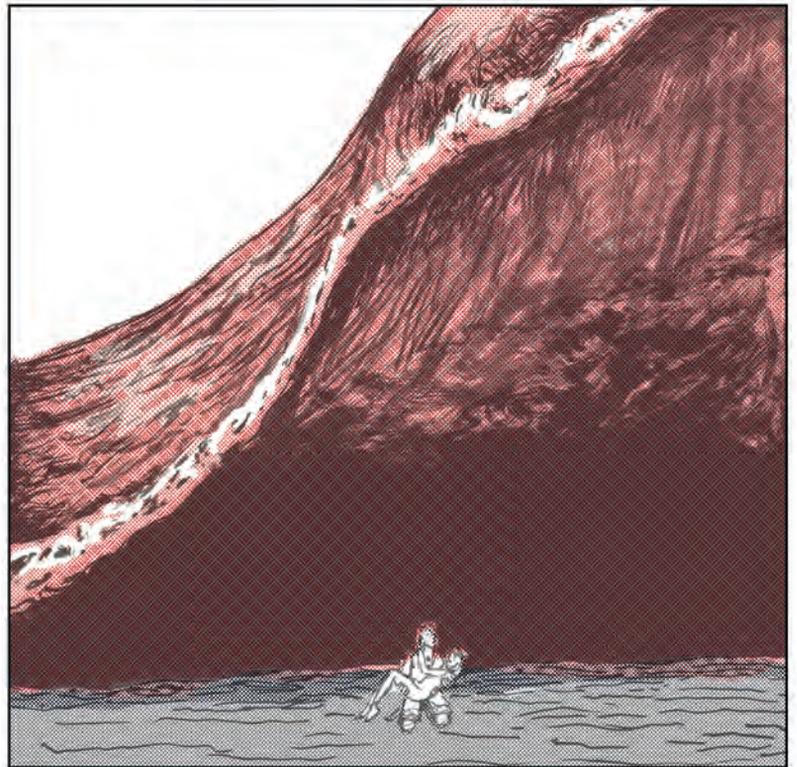
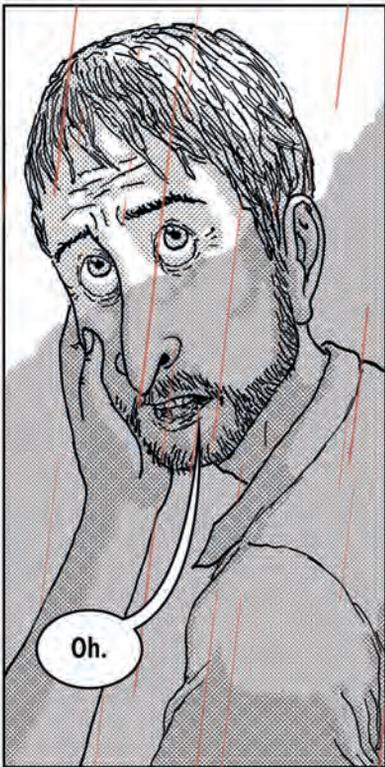
Sangre.



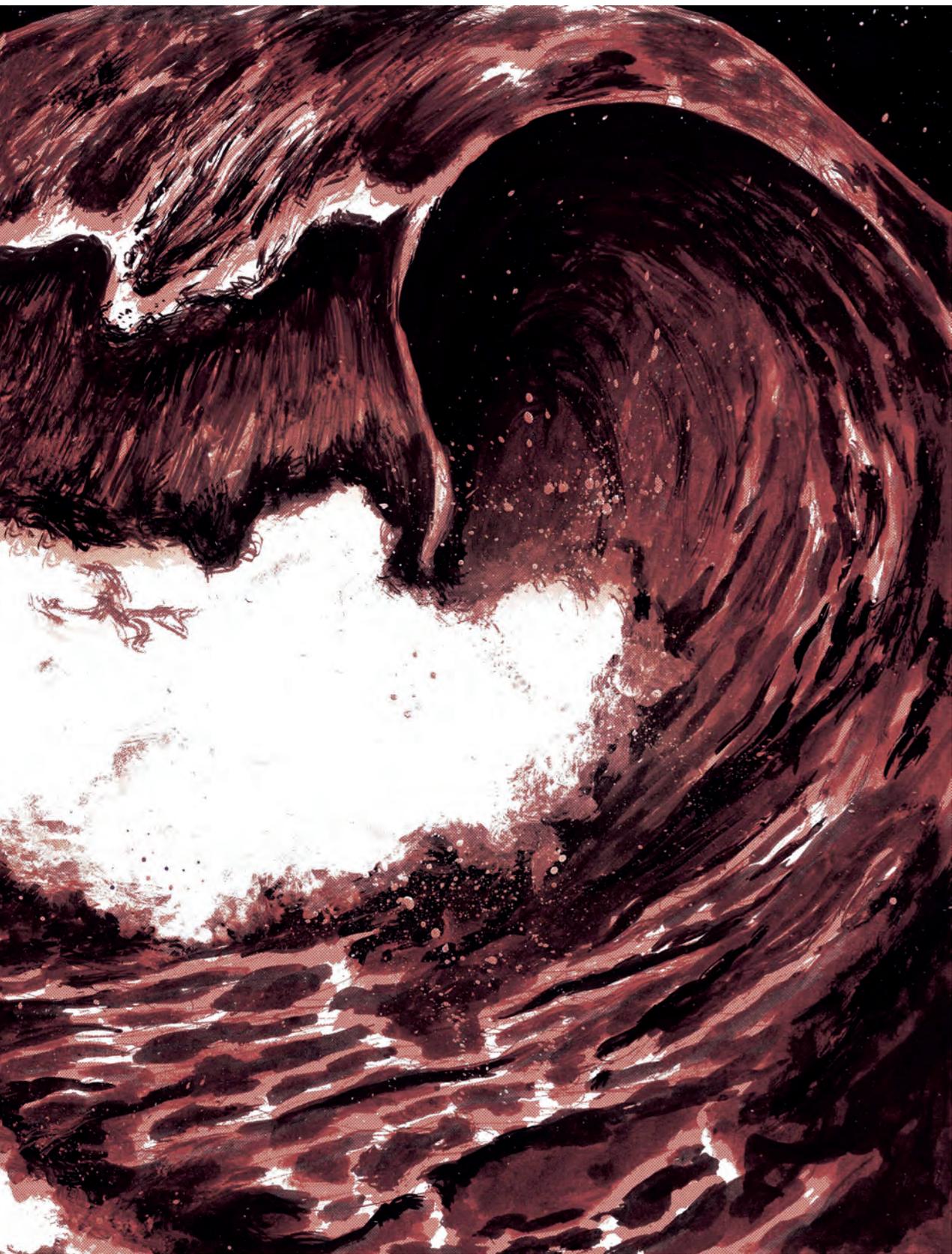














LA VIDA DE MARY READ

Capitán Charles Johnson

Mary Read nació en Inglaterra. Su madre se casó joven con un hombre del mar que, al poco tiempo de la unión, emprendió un viaje y la dejó embarazada de una criatura que resultó varón. Nunca se supo si naufragó o murió en el viaje; sea como sea, no volvió. Aún así, la madre, joven y vital, tuvo un contratiempo —algo que sucede con frecuencia en la juventud, cuando las personas no se cuidan demasiado—: pronto se halló embarazada de nuevo, sin marido que hiciera las veces de padre; de quién era, nadie lo sabía salvo ella, porque tenía bastante buena reputación entre sus vecinos. Al ver que le crecía el vientre, y para esconder su vergüenza, se despidió formalmente de los parientes de su marido diciendo que se iba a vivir con algunos amigos al campo. Así lo hizo y se llevó a su hijo pequeño, que para entonces no cumplía aún el año de edad. Poco después de su partida, el hijo murió; sin embargo, la Providencia se complació, a cambio, en darle una niña, a la que dio a luz sana y salva, y ella resultó ser nuestra Mary Read.

Allí vivió la madre tres o cuatro años, hasta que el dinero se le acabó. Entonces consideró volver a Londres y, dado que la suegra gozaba de algunas comodidades, pensó en convencerla de que proveyera a su pequeña hija, si es que lograba hacerla pasar por el otro. Cambiar a una niña por un niño aparentaba ser una tarea muy difícil y más aún engañar a una anciana experimentada. Aunque parecía imposible, se aventuró a vestir a Mary como niño, la llevó a la ciudad y se la presentó a su suegra como el hijo de su hijo. La anciana quería criarlo ella misma, pero

su madre fingió que separarse de él le rompería el corazón, así que el acuerdo al que llegaron entre las dos fue que el niño viviría con su madre, y que la supuesta abuela le entregaría una corona a la semana para ayudar en su manutención.

La madre logró lo que buscaba, y comenzó a criar a su hija como niño. Cuando Mary creció y tuvo más entendimiento, su madre pensó que sería adecuado confiarle el secreto de su nacimiento para que también ocultara su verdadero sexo. Sucedió que la supuesta abuela murió y los medios de subsistencia que venían de ese flanco cesaron. Ambas vieron sus circunstancias decaer y empobrecerse. La madre se vio en la necesidad de poner a su hija a trabajar, así que la mandó con una dama francesa en la función de paje, ya que había cumplido trece años. Ahí no vivió mucho tiempo, porque creció fuerte y segura de sí misma, y al poseer una mente inquieta, pronto se unió a la tripulación de un buque de guerra. Más tarde renunció y se dirigió a Flandes, fue portador de armas en un regimiento de a pie como cadete, y en todas estas actividades se comportó con muchísima valentía, aunque no podía conseguir un puesto comisionado, ya que las comisiones se vendían y se compraban, y ella no era de familia acaudalada. Entonces renunció al servicio y se enroló en un regimiento de caballería; se comportó con mucho decoro en varias batallas en las que se ganó la estima de todos sus oficiales. Pero se enamoró de su camarada, un flamenco muy bien parecido, y a partir de entonces empezó a descuidar un poco sus deberes (parece que no se puede atender a Marte y Venus al mismo tiempo). Sus armas y sus enseres que siempre estaban en el mejor orden, ahora estaban descuidados. Cuando a su camarada le ordenaban

salir en una misión, ella se incluía sin recibir la orden y con frecuencia se ponía en peligro sin motivo, solo para poder estar cerca de él. El resto de la tropa sospechaba poco de la secreta razón que lo impulsaba a comportarse así; consideraban más bien que estaba loco; su camarada tampoco podía explicarse esta extraña transformación. Sin embargo, el amor es ingenioso y, como dormían en la misma tienda, ella encontró la manera de revelarle la verdad sobre su sexo sin que pareciera que lo hacía por designio.

Él estaba muy sorprendido por lo que descubrió, y no poco complacido, dando por sentado que tendría una mujer solo para él, lo cual es inusual en un campamento, de modo que



Grabado anónimo de Mary Read, 1710 ©



Ambroise Louis Garneray, *Captura de Kent por Surcouf*, 1850 ©

no pensó en otra cosa que gratificar sus pasiones con muy poca ceremonia. Pero se encontró extrañamente equivocado, pues ella se mostró muy reservada y modesta, y resistió todas sus tentaciones, y al mismo tiempo fue tan complaciente e insinuante en su porte que lo hizo cambiar completamente de propósito. Entonces, lejos de pensar en hacerla su amante, ahora la cortejaba como esposa. Este era el mayor deseo de su corazón. En pocas palabras, intercambiaron promesas, y cuando la campaña terminó y el regimiento marchó a los cuarteles de invierno, compraron ropa de mujer para ella con el dinero que pudieron juntar entre los dos, y se casaron en público.

La historia de dos soldados de la tropa casados entre sí hizo mucho ruido, de modo que varios oficiales sintieron curiosidad por asistir a la ceremonia; acordaron entre ellos que cada uno haría un pequeño regalo a la novia, para los gastos del hogar, en consideración de que ella había sido compañera soldado. La

aventura de su amor y de su matrimonio les había granjeado tanta simpatía que obtuvieron fácilmente su licenciamiento e inmediatamente abrieron un mesón con el nombre de Las Tres Herraduras cerca del castillo de Breda, donde hicieron buen negocio pues los visitaban muchos oficiales para comer ahí.

Pero esta felicidad no duró mucho, pues el esposo murió pronto y, dado que la paz de Rijswijk concluyó, no hubo llamado de oficiales a Breda, como era usual, de modo que la viuda se quedó sin clientela, se vio forzada a abandonar el cuidado de la casa y volvió a vestir su ropa de hombre. De vuelta en Holanda se enroló en un regimiento de a pie, acuartelado en una de las ciudades fronterizas. Ahí no permaneció mucho tiempo; no había ninguna posibilidad de recibir beneficios en tiempos de paz, por lo que resolvió buscar su fortuna de otra manera. Se retiró del regimiento y se embarcó en un buque con destino a las Indias Occidentales.

Sucedió que este barco fue tomado por piratas ingleses y Mary Read era la única persona inglesa a bordo. Los piratas la retuvieron y, habiendo saqueado el barco, lo dejaron marchar a su destino. Después de un tiempo, se publicó la proclamación del rey en todas las Indias Occidentales por medio de la que se perdonaba a los piratas que se entregaran voluntariamente antes de una fecha establecida. La tripulación donde se encontraba Mary Read se acogió a esta proclama y, habiéndose rendido, vivió tranquilamente en la costa. El dinero, sin embargo, empezó a escasear, y oyendo que el capitán Woods Rogers, gobernador de la isla de Providencia, estaba preparando a algunos corsarios para navegar contra los españoles, ella y algunos más se embarcaron hacia la isla para sumarse a este grupo, ya que habían decidido hacer fortuna de una manera u otra.

Apenas zarparon estos corsarios, las tripulaciones de algunos de ellos, que habían sido indultados, se alzaron contra sus comandantes y volvieron a sus antiguas prácticas. Entre ellos se encontraba Mary Read. Es cierto que con frecuencia Mary declaró que siempre aborreció la vida de pirata, y que solo se dedicó a ella obligada por las circunstancias, tanto esta vez como antes, y que tenía la intención de abandonarla en cuanto se le presentara una buena oportunidad. Sin embargo, durante el juicio en su contra, algunos hombres que navegaron con ella fueron forzados a declarar y dijeron bajo juramento que en momentos de acción no había nadie más decidida o dispuesta a los abordajes o al peligro como ella y la pirata Anne Bonny.

En particular, en la ocasión en que fueron atacadas y apresadas, cuando los barcos fueron abordados y la batalla se hizo cuerpo a

cuerpo, nadie permaneció en cubierta excepto Mary Read, Anne Bonny y una persona más. Entonces Mary Read gritó a los que estaban bajo cubierta para que subieran y pelearan como hombres. Al ver que no se movían, disparó sus armas hacia la bodega, matando a uno de sus compañeros e hiriendo a otros.

Estos testimonios formaban parte de las pruebas en su contra, las cuales Mary negó. Fueran verdad o no, ella no carecía de valentía, ni era menos notable por su modestia, de acuerdo con sus nociones de la virtud: ninguna persona a bordo sospechó de su sexo hasta que Anne Bonny, que no era tan reservada en cuanto a su castidad, le tomó un particular afecto. Dicho de otro modo, Anne la tomó por un joven apuesto y, por algunas razones mejor conocidas por ella, reveló su secreto a Mary Read, que, sabiendo el predicamento en el que se hallaba, se vio obligada a llegar a un buen entendimiento con Anne. Así que, para gran decepción de su enamorada, le hizo saber que también era mujer; pero esta intimidad perturbó tanto al capitán Rackam, amante de Anne Bonny, que lo puso furiosamente celoso. Le dijo a Anne que le cortaría el cuello a su nuevo amante, por lo que, para calmarlo, ella también lo hizo participe del secreto.

El capitán Rackam, como se le había ordenado, mantuvo el secreto frente a toda la tripulación del barco; sin embargo, a pesar de toda su astucia y reserva, el amor volvió a encontrar a Mary y le impidió olvidar su sexo. Los marinos de su embarcación atacaron un gran número de navíos pertenecientes a Jamaica y otras regiones de las Indias Occidentales, con destino a o desde Inglaterra. Cuando encontraban algún buen artista u otra persona que pudiera ser de utilidad para su tripulación, si no estaba dispuesto a unírseles, su

Mary se plantó entre él y la muerte. Si él no la hubiera apreciado antes, esta acción lo habría ligado a ella para siempre.

costumbre era retenerlo por la fuerza. Entre ellos había un joven atractivo, o al menos así lo era a los ojos de Mary Read, quien quedó tan fascinada con su persona y sus modales que no podía descansar ni de noche ni de día; pero como no hay nada más ingenioso que el amor, no fue difícil para ella, que ya había practicado antes estos ardides, encontrar la manera de hacerle saber quién era. Primero se le acercó hasta volverse amigos: le hablaba de la vida de los piratas, algo que él rechazaba completamente. Comían juntos y eran compañeros cercanos. Cuando estuvo segura de su amistad, entonces forzó el descubrimiento al develar su pecho, que era muy pálido.

El joven, que era de carne y hueso, sintió tanta curiosidad y deseo que no cesó de importunarla, hasta que Mary le confesó quién era. Así comenzó la historia de amor: él sentía una estima por ella (mientras estaba en su pretendido personaje) que se convirtió en afecto y deseo. Su pasión no era menos violenta que la de él, y tal vez ella la expresó con uno de los actos más generosos que jamás inspiró el amor. Sucedió que este joven se había peleado con uno de los piratas, y cuando su barco estaba anclado cerca de las islas, decidieron desembarcar y pelear. Mary Read estaba profundamente inquieta y ansiosa por el destino de su amante. Por un lado, no quería que rechazara el desafío, porque no podía soportar la idea de que lo tacharan de cobarde, pero también temía que el rival fuera demasiado fuerte para su amado. Cuando el amor entra en el pecho de alguien con alguna chispa de generosidad, mueve al corazón a realizar los actos más nobles. Ante este dilema, Mary

demonstró que temía más por la vida del enamorado que por la suya propia y resolvió pelear ella misma, y habiéndole desafiado en tierra, señaló la hora dos antes de la que había acordado con su amante. Mary luchó contra el rival con espada y pistola y lo mató en el lugar.

Es verdad que ella había luchado antes, tras haber sido insultada por algún compañero, pero ahora lo hizo por su amante. Mary se plantó entre él y la muerte. Si él no la hubiera apreciado antes, esta acción lo habría ligado a ella para siempre. Sin embargo, no había ocasión para ataduras u obligaciones. Saber que él se sentía dispuesto hacia ella era suficiente. Se prometieron el uno a la otra, lo que Mary Read dijo que consideraba un matrimonio tan real como si lo hubiera oficiado un ministro en la iglesia; y a esto se debía su gran barriga, a la que se refirió en su juicio para salvar la vida.

Declaró que nunca había cometido adulterio ni fornicio con hombre alguno y elogió al juez del tribunal, ante el cual fue juzgada, por discernir la naturaleza de sus crímenes. Su esposo, como ella se refería a él, había sido absuelto junto con otras personas. Cuando se le cuestionó a Mary por su identidad, ella no quiso responder. Solo dijo que era un hombre honesto y que no tenía inclinación a las prácticas de los corsarios, y que ambos habían resuelto dejar a los piratas a la primera oportunidad, y aplicarse a alguna forma de vida honesta.

No cabe duda de que muchos sintieron compasión por ella, pero el tribunal no pudo evitar declararla culpable. Entre otras cosas porque una de las personas que declararon en su contra dijo que, tras ser capturado por Rackam y retenido algún tiempo a bordo del barco, entabló por accidente conversación con Mary Read, a quien, tomándola por un hombre joven, le preguntó qué placer había en involucrarse

en tales empresas, en las que su vida estaba continuamente en peligro, por el fuego o la espada y a sabiendas de que tendría una muerte ignominiosa si era capturada viva. Ella respondió que en cuanto a la horca, no creía que fuera gran cosa, porque, si no fuera por eso, todos los cobardes se convertirían en piratas e infestarían de tal manera los mares que los hombres valientes tendrían que morir de hambre. Que si se pusiera a la elección de los piratas, no tendrían un castigo menor que la muerte, ya que el miedo a morir mantuvo a muchos viles truhanes en línea; también mencionó la acusada, en altamar entonces, que muchos de los que ahora están engañando a las viudas y a los huérfanos, y oprimiendo a sus vecinos po-

bres, que no tienen dinero para obtener justicia, robarían entonces en el mar, y el océano se llenaría de tunantes, como lo está la tierra firme, y que ningún comerciante se aventuraría a salir, de modo que, en poco tiempo, no valdría la pena emprender el comercio. Cuando se supo que Mary Read albergaba estas ideas, su destino parecía poco promisorio. Sin embargo, al descubrirse que estaba embarazada, se aplazó su ejecución, y es posible que hubiera encontrado el perdón, pero poco después de su juicio cayó presa de una fiebre violenta que la mató en prisión. **U**

Fragmento del libro *Una historia general de los piratas* (1724).



Eugène Delacroix, *Piratas africanos secuestrando a una joven*, 1852. Musée du Louvre ©



EL MAR Y EL LENGUAJE DE LAS SUPERSTICIONES

Lola Ancira

*Hay tres tipos de hombres: los vivos, los muertos y los navegantes.
Frase atribuida a Sócrates*

Desde tiempos inmemoriales, uno de los grandes enigmas para los seres humanos ha radicado en la inmensidad de las aguas profundas de mares y océanos; lo desconocido, lo que ahí acecha y se oculta. En un planeta en el que casi tres cuartas partes de la superficie están cubiertas de agua, el mar ha resultado fundamental para los imaginarios culturales, además de servir de sustento y vía expansiva de las civilizaciones.

Las especies humanas primitivas aprovecharon los márgenes de los ríos y las costas de los mares para obtener alimentos. La llegada del *Homo sapiens* a Australia demostró no solo su capacidad para construir una nave sino sus habilidades para concretar una expedición marítima. En la actual bahía del Tiburón, una ensenada al norte de Perth (Australia), se descubrieron restos de atunes de cuarenta y dos mil años de antigüedad, lo que corrobora el perfil de marineros y pescadores de los antepasados de esta región.

La necesidad de crear y mejorar embarcaciones según las opciones de navegación y los distintos fines de las mismas —pesca, comercio, exploración o transportación— dio pie a la construcción con distintos materiales de canoas, botes y barcos. Existen vestigios milenarios que indican que los antiguos egipcios —quienes desarrollaron navíos con velas y remos, ya que su principal ruta de comunicación era el río Nilo— fueron

los primeros en aventurarse en el Mediterráneo. Los sumerios navegaban el golfo Pérsico, luego de transportarse por los ríos Tigris y Éufrates, y Grecia fue una gran potencia marítima hasta que el Imperio romano comenzó a controlar los océanos.

El término *talasocracia* surgió para definir a los territorios que se desarrollaban gracias al poder que ejercían sobre amplias zonas marítimas, como la civilización minoica, que dominó la navegación en el mar Egeo durante el siglo XXX a. C. Durante el siglo II a. C., los fenicios se erigieron como los mejores marineros de la Antigüedad por diversas razones: al estar rodeados de montañas, tuvieron que aventurarse mar adentro, por lo que fueron los primeros en navegar más allá del estrecho de Gibraltar y en abrir el comercio en el Mediterráneo.

Las travesías en altamar podían durar varios días, semanas o meses, periodo en que la vida se tornaba más hostil y los peligros acechaban tanto fuera como dentro del barco. En el exterior, los marineros eran víctimas de corrientes, oleajes, diferencias térmicas, diluvios y naufragios, epidemias, incendios y batallas.

Dentro del navío, su salud física estaba en riesgo porque algunos alimentos curados o salados se pudrían y consumirlos provocaba daños gastrointestinales; además, la nula higiene y el agua contaminada favorecían la propagación de enfermedades como el escorbuto —que resultaba mortal y fue nombrado la “peste del mar”—,¹ el sarampión, la cólera, el tifus, la fiebre amarilla, la viruela y afecciones de la piel. Incluso la salud mental de los marineros podía flaquear debido a la disciplina rígida, el espacio físico limitado y las tensiones ocasionadas por los combates navales. La charla y los juegos de azar, aunque prohibidos, eran algunas de las pocas distracciones. La insubordinación y los delitos se castigaban duramente: los infractores podían perder su salario y sus bienes, recibir azotes, ser encarcelados o desterrados al llegar a puerto e incluso ser ejecutados. Para evitar el malestar anímico y sus consecuencias, cada que una nave tocaba tierra, su tripu-

¹ N. de los E.: El escorbuto es una enfermedad causada por deficiencia de vitamina C. Según la RAE, “los edemas característicos de esta enfermedad en los marineros podrían deberse al consumo excesivo de leche cuajada durante sus largos viajes”.



Mosaico de Ulises, siglo III. Museo Nacional del Bardo, Túnez ©

lación podía descender y descansar antes de zarpar de nuevo.²

Para los marineros, la vida en altamar se convirtió en lo cotidiano, habitaron un entorno ajeno y desconocido³ que requirió nuevos usos y costumbres. Las condiciones precarias de vida y la amenaza constante a su seguridad y tranquilidad generaron muchas supersticiones, de las que hay registros históricos: diversos rituales y ceremonias, convertidos en tradición, que los navegantes establecieron para

do desde su construcción colocando monedas de plata en diversas secciones, como la quilla o el mástil principal. Del mismo modo, la figura decorativa del mascarón de proa, por lo general la escultura de un animal mitológico, una deidad marina o una mujer tallada en madera, era considerada un objeto de protección para la nave y sus tripulantes. Se creía que era de mala suerte subir a la nave por babor —el lado izquierdo de la embarcación, mirando de popa a proa— o con el pie izquierdo.⁴

La botella con la que se bautizó al crucero italiano Costa Concordia, en 2012, no se rompió; el navío chocó, encalló y se hundió.

intentar protegerse y embarcar a salvo. Este afán por predecir acontecimientos funestos o dichosos originó creencias y prácticas tan variadas como disímiles que aún se acostumbra para asegurar el buen desarrollo y éxito de una excursión marítima.

Las supersticiones más populares van desde prohibir silbar a bordo, porque se creía que el sonido llamaba a la tempestad y desafiaba al viento; evitar zarpar en determinadas fechas o días —como el jueves, día de Thor, dios de la fuerza y el trueno—; y no arrojar piedras al mar, pues se consideraba una ofensa que podría enfurecerlo y provocar mal tiempo. También se creía que un barco podía ser protegido

“Un buque que no ha probado el vino, probará la sangre”, dice un proverbio inglés. Esta creencia se remonta a los griegos, quienes derramaban sangre de sacrificios en las proas de los navíos para obtener el amparo de los dioses. Con el tiempo, la sangre se sustituyó con vino, y finalmente, ya en el siglo XVIII, con una botella de champán que se rompe en el casco del barco —el Titanic, que naufragó en 1912, no fue bautizado de esta forma—. El nombre que recibe una embarcación no puede cambiarse, y en caso de que la botella no se rompa al golpear el casco, esto se interpreta como un mal augurio: la botella con la que se bautizó al crucero italiano Costa Concordia, en 2012, no se rompió; el navío chocó, encalló y se hundió parcialmente en el mar Mediterráneo. El accidente fue calificado como siniestro total.

En cuanto a los animales, en Reino Unido se creía que las almas de los marineros falleci-

² En 1484 se publicó el *Libro del Consulado del Mar*, que reúne las leyes de derecho marítimo y que rigió durante siglos el comercio en el Mediterráneo. Este documento sirvió como base para la actual legislación marítima internacional.

³ En la obra *Commentarium in Apocalypsin*, de Beato de Liébana, aparece uno de los primeros mapas con ilustraciones de monstruos marinos fantásticos. En el siglo XVI, Olaus Magnus, cartógrafo sueco, realizó una carta náutica de Escandinavia en la que representó a diversas criaturas marinas. Estos esperpentos indicaban zonas inexploradas, territorios amenazantes.

⁴ Los romanos relacionaban la izquierda con el mal y el lado derecho con las virtudes del ser humano. Dada su etimología, la palabra *izquierda*, del latín *sinister* (siniestro, perverso, maligno), con el tiempo generó desconfianza entre los indoeuropeos.

dos en altamar volvían convertidas en gaviotas blancas y anunciaban la proximidad de tormentas al posarse en la cubierta del barco. Estas aves, consideradas mensajeras, debían ser respetadas para evitar desgracias. En la película *El faro* (2019), Thomas Wake (Willem Dafoe) advierte al recién llegado Ephraim Winslow (Robert Pattinson), tras verlo enfrentarse a una gaviota que lo incordiaba, que matar a estas aves atrae la mala suerte, pues se cree que son marineros reencarnados. Poco después, Winslow mata a una gaviota tuerta que ha estado rondando; ese mismo día, el viento se vuelve mucho más intenso y, por la noche, antes de que aparezca un cuerpo a la orilla del mar, una tormenta castiga la pequeña isla en la que se encuentran.

En Europa, la palabra conejo llegó a prohibirse durante los trayectos marinos porque este animal, transportado como alimento, fue causante de desgracias. Si un conejo escapaba de su jaula, era muy posible que mordisqueara las cuerdas de cáñamo que mantenían sujeta la carga en la bodega, lo que podía culminar con el hundimiento de la nave. Además, los tablones de los barcos de madera se unían con goma de cáñamo, que igualmente podía ser mordisqueada por estos animales, causando inundaciones.

Los gatos, por otro lado, llevan milenios viajando en las embarcaciones: existen testimonios de esto en las pinturas de las tumbas del antiguo Egipto, en las que se aprecian gatos en botes navegando por el Nilo. Los fenicios tam-



Jan Brueghel, el Viejo, *Cristo en la tempestad del mar de Galilea*, 1596. Museo Nacional Thyssen Bornemisza

bién llevaban felinos a bordo con la intención de controlar a los roedores. Los marineros incluso pensaban que estos animales pronosticaban el mal tiempo con el movimiento de sus colas: predecían desde ligeras lluvias hasta terribles tormentas. Si un gato subía a bordo por sí mismo antes de zarpar, esto era considerado de buena suerte. En cambio, si un felino, tras pasar mucho tiempo en altamar, se bajaba del barco en un muelle, esto auguraba el desastre. Un hecho más terrible era atestiguar a dos gatos peleando en tierra firme, pues se creía que un demonio y un ángel se disputaban las almas de los navegantes.

Estaba prohibido vestir prendas o llevar valijas de color negro, por su vínculo con lo funesto, así como transportar a un cura. Los cadáveres, ataúdes y flores también estaban vedados por su vínculo con la muerte. Se consideraba de mal augurio llevar a una mujer a

bordo, pues se les culpaba tanto de ocasionar enfermedades como de cualquier otra calamidad que ocurriera durante el viaje. Además eran vistas como motivo de frustración y tensión entre los hombres, lo que generaba graves problemas y las ponía en riesgo. Durante el Siglo de las Luces, en Francia, una ordenanza real prohibía a las mujeres navegar en los barcos de la Corona, pues provocaban inconvenientes por su supuesta incapacidad para las actividades marítimas. Esta prohibición fue burlada por varias,⁵ entre ellas Jeanne Baret, botánica conocida como la primera mujer —disfrazada de hombre— que formó parte de la expedición de Louis Antoine de Bougainville, en 1766.

⁵ El libro más popular de Henry Musnik, escritor y periodista francés, es *Les femmes pirates* (1934), en el que indaga sobre las vidas de las mujeres que incursionaron en la piratería a lo largo de la historia.



Jacques Julien Houton de Labillardière, *Viaje en busca de La Pérouse*, 1800. University of Pittsburgh Library System ©

Durante el viaje por el mar, identificar un cadáver en el agua era otro augurio de mala suerte, así como encontrar a un naufrago, a quien los tripulantes no debían rescatar para no intervenir con el designio de los dioses. De igual manera, si un marinero fallecía en la nave, su cuerpo era amortajado y tirado al agua junto con una bola de cañón para evitar que su cadáver flotara y su fantasma se quedara deambulando en el barco.

época o un periodo determinados. Unas son esperanzadoras; otras, puramente trágicas”.

La supervivencia de la especie humana se debe, en parte, a las supersticiones, pues volvió más cautelosas a las personas; su beneficio psicológico es la sensación de controlar cualquier circunstancia, lo que causa un sentimiento de tranquilidad, por lo que sirve como mecanismo de defensa. Estos aprendizajes socioculturales han tenido una función esencial

La supervivencia de la especie humana se debe, en parte, a las supersticiones, pues volvió más cautelosas a las personas.

A partir del siglo XVIII, luego de que el tatuaje llegara a Occidente tras las expediciones marítimas a la Polinesia, los marineros comenzaron a usar su propia piel como amuleto; atribuyeron una carga simbólica importante a ciertos elementos impregnados con tinta en la piel como las anclas —para volver a salvo de cualquier travesía—, golondrinas —simbolizaban la promesa de volver al hogar— y estrellas náuticas —para atraer la fortuna.

La vida en altamar ha configurado la cosmovisión de distintas épocas. Cyril Hofstein, historiador y periodista de *Le Figaro Magazine*, se dio a la tarea de reunir diversas historias de misterio e intriga en su libro *Atlas de infortunios en el mar* (2020). En entrevista para *La Vanguardia*,⁶ comentó sobre su libro: “la mayoría de las historias que he decidido contar a menudo se relacionan con algo más que la desgracia que ha acaecido. Revelan la grandeza y la oscuridad del hombre, dan testimonio de una

en la psique, pues ayudan a regular la tensión que surge al pretender lograr un objetivo: crean la ilusión de control y dan una sensación de predicción ante situaciones que se perciben como caóticas. Se pueden distinguir dos tipos de supersticiones: las positivas, que permiten experimentar una mayor seguridad y confianza al enfrentar una situación, lo que influye en que las personas se desempeñen mejor, logrando que dicha creencia irracional se convierta en algo benéfico; y las negativas, relacionadas con resultados adversos o perjudiciales de ciertos eventos y que refuerzan conductas que rechazan la llamada “mala suerte” y sucesos que se perciban como amenazadores.

El mar continúa siendo ese antiguo lenguaje que no se alcanza a descifrar, parafraseando a Borges. En un mundo cada vez más racional y civilizado, la gente de mar⁷ aún cree en las supersticiones más verosímiles y las ha modificado en función de los peligros que pueden implicar. **U**

⁶ Antònia Justícia, “Historias de infortunios marinos”, *La Vanguardia*, 24 de julio de 2021.

⁷ Me refiero a toda persona relacionada con actividades marítimas.



COSTA AZUL

Juan Pablo Villalobos

Si le creyera a mi álbum familiar, la primera vez que fui al mar era muy pequeño, tendría dos años de edad. Por supuesto, no recuerdo absolutamente nada, aunque las fotos insistan neciamente en confirmarme que sí, que en 1975 papá y mamá nos llevaron a Puerto Vallarta a mi hermano mayor y a mí. Tengo el álbum aquí, a mi lado, mientras escribo en Barcelona, una ciudad con mar, la ciudad en la que vivo desde hace veinte años.

La gente vieja de aquí suele repetir que Barcelona antes le daba la espalda al mar, hasta las obras de los Juegos Olímpicos de 1992. Mi papá también le daba la espalda al mar: era de Lagos de Moreno, a cuatrocientos kilómetros del mar, y solo nos llevó de vacaciones dos veces al mar, la de Puerto Vallarta, que, para colmo, como ya dije, ni siquiera puedo recordar, y la de Manzanillo, doce años más tarde, en 1987. De esa vez me acuerdo muy bien: hubo norte y no paró de diluviar.

Más vale decirlo pronto, no pretendo engañar a nadie. Esta no es la historia de alguien que creció lejos del mar, que atesoraba una añoranza secreta por la arena y la sal y terminó cumpliendo ese anhelo al mudarse a vivir a una ciudad con mar. Nada más lejos de la realidad. De hecho, vivo en un barrio lejos del mar. Podría vivir en un barrio no solo cerca del mar, sino marino. También podría vivir en un pueblito costero. Pero vivo más bien cerca de la montaña y mi relación cotidiana con

el mar se limita a contemplarlo a la distancia, allá abajo, cuando paseo a mi perro.

Tampoco quiero dar la impresión de que el mar no significa nada para mí, de que yo también le he dado la espalda siguiendo *el mandato paterno*, como suele llamarlo mi psicoanalista. Cada día hay un momento en que me detengo, tironeado por mi perro Pirata (que es bastante nervioso), observo el Mediterráneo a la distancia y me digo para mis adentros, suspirando:

—Qué bonito, el mar.

Pirata ladra —además de nervioso, detesta la literatura sentimental—. Tenemos que continuar.

Abro el álbum de fotos de mis primeros años de vida. Ahí estoy yo, con dos años, en el mar. Aparecen también mi madre, mi abuela y mi hermano mayor —supongo que mi padre tenía la cámara en las manos y por eso no sale retratado—. Me detengo a observar una de las imágenes: mi hermano mayor y yo disfrutando de la arena; no tenemos pelota, pala, cubeta, juguetes, nada, e incluso así parecemos divertidos, contentos. Mirando el resto de las fotos es fácil concluir que fueron unas vacaciones felices. ¿Por qué tardamos tantos años en volver al mar?



Eleonore Koch, *Estudio para palmera soñando*, 1993. Cortesía de Travesía Cuatro y Almeida & Dale

Nunca aprendí a nadar bien. Mis hermanos sí, pero yo no. La verdad, no entiendo muy bien por qué. No tomé clases, mi papá me enseñó lo que sé en la alberca del rancho de mi tío Mario, mi padrino. Lo mismo mi hermano mayor, aunque supongo que él, más tarde, en la adolescencia o incluso ya adulto, se preocupó

gos, donde el amigo del cuñado del vecino del primo de tu sobrino es tu amigo, es familia íntima. ¡Y resultó que a mi papá le encantaban los camarones a la diabla! Así que empezamos a ir al Costa Azul los domingos. Ese era nuestro mar: huachinango a la veracruzana, tostadas de ceviche, coctel de pulpo, de camarones, de ostiones.

Lagos de Moreno es un lugar ultracatólico, reaccionario, pero mi papá estaba más cerca de la ética puritana del protestantismo anglosajón.

por aprender de verdad. Yo sé lo mínimo indispensable para no morir ahogado, y de estilo, ni hablar. Mis hermanos pequeños sí tomaron clases de natación, recuerdo haberlos acompañado, y no sé por qué yo estaba afuera, seco, vestido, mientras ellos chapoteaban. ¿Habrán sido por dinero? ¿Habrán dado por supuesto mis papás que yo ya sabía nadar? ¿Habrán pensado que eso era cosa de niños pequeños, como aprender a caminar?

Fuera lo que sea, nadar no era una habilidad apreciada ni en mi familia ni en mi pueblo. Nunca íbamos de vacaciones al mar, no teníamos alberca, nos metíamos a la alberca del rancho de mi tío tres o cuatro veces al año, solo empezamos a ir al club deportivo más tarde, cuando yo ya era adolescente. Nadar era como tocar el piano o como hablar francés.

Dicen que si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña, así que como nosotros no íbamos al mar, el mar vino a Lagos de Moreno. Es decir, abrieron un restaurante de mariscos, se llamaba Costa Azul. Para nuestra suerte, los propietarios eran la familia de la esposa de uno de nuestros primos. Eso, en La-

Al Costa Azul íbamos a comer solo los domingos, ahí empezaba el descanso semanal de mi papá, que trabajaba de lunes a sábado y los domingos por la mañana. La tarde del domingo: el tiempo destinado al placer. Comíamos mariscos, papá y mamá dormían la siesta, veíamos una película en la videocasetera, visitábamos a mis abuelos y tomábamos un helado o un elote en el centro.

La familia de la esposa de mi primo era del sur, digamos de la costa de Campeche —es mentira, una licencia clásica de la autoficción—. Y ella, la esposa de mi primo, era exuberante: guapa, extrovertida, fumaba, se maquillaba de manera estridente, vestía minifalda y blusas de escote generoso. Mi abuela, mi mamá y mis tías la “adoraban”. Le he puesto comillas a las cursivas para que nunca se sepa si la frase es o no es irónica —como que una cosa anula a la otra, pero algo permanece resonando, una sospecha retórica.

Durante muchos años, el Costa Azul estuvo de moda no solo en Lagos, sino en toda la región: venía gente de Aguascalientes, venía gente de León, hasta de Salamanca; pasaban la mañana en los toboganes del parque acuático y luego iban a comer mariscos. De manera

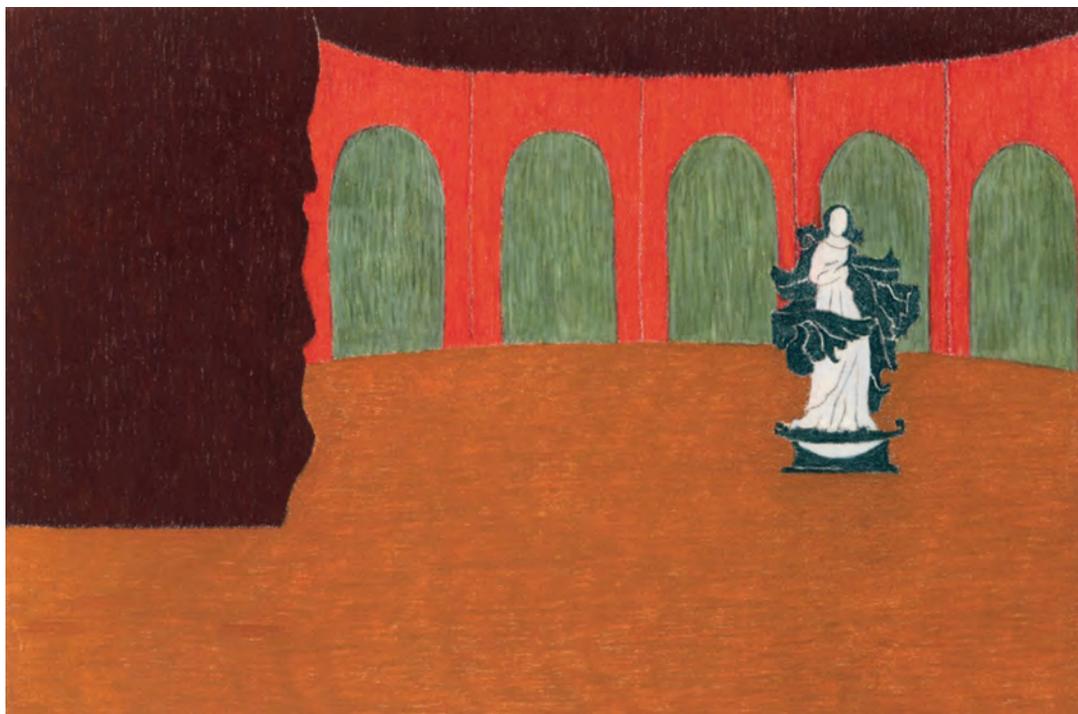
totalmente absurda e inesperada, Lagos se había convertido en el mar de la región.

Por cierto, ahora acabo de acordarme de lo que yo comía en el Costa Azul: ancas de rana. Me encantaban. Pero las ranas son de charco, de presa, de río o de ranicultura —escribí la palabra de broma y resulta que la encontré en el diccionario: otro chiste que fracasa por culpa del realismo—. El caso es que las ranas no son de mar. Va a resultar que sí le doy la espalda al mar, obedeciendo el mandato paterno. Necesito consultar a mi psicoanalista. El lunes me toca terapia (hoy es viernes); seguiré escribiendo el martes.

Martes

Mi psicoanalista me pidió que escribiera, con todo lujo de detalles, lo sucedido en 1987, en

las vacaciones de Manzanillo. Tal y como ya creo haber dado a entender, incluso de manera exagerada, a mi papá no le gustaba ir de vacaciones; no solo al mar, a ningún lugar. A mi papá lo que le gustaba era la rutina: trabajar, trabajar, trabajar, trabajar. Lagos de Moreno es un lugar ultracatólico, reaccionario, pero mi papá estaba más cerca de la ética puritana del protestantismo anglosajón. Esfuerzo, dedicación, perseverancia, honestidad. Bajo esta óptica, las vacaciones eran un desperdicio de tiempo. Si se trataba de descansar, él ya descansaba en casa. Si se trataba de diversión, él ya se entretenía en las horas muertas del trabajo y por las noches, leyendo y viendo la televisión. Además, no tenía espíritu de aventura ni curiosidad. Eso ya lo escribí en otro lado, en una novela en la que le adjudiqué esa carac-



Eleonore Koch, *Sin título*, 1972. Cortesía de Travesía Cuatro y Almeida & Dale

terística psicológica a un personaje, al papá del protagonista y narrador (jeje): “¿Para qué quieren ir? —nos repetía mi papá—, todo el mundo es igual, todas las ciudades son iguales, unas más grandes, otras más pequeñas, más feas o más bonitas, pero iguales”.

Podría decirse que mi papá tenía un carácter ascético, o al menos cierta tendencia al ascetismo puritano, ese que sospecha per-

Mi papá decidió cancelar la reservación y nos fuimos a buscar otro hospedaje, con tan buena suerte que encontramos una oferta baratísima en un hotel grande con todos los servicios. Pequeño detalle: no lo habían terminado de construir todavía.

Una vez que mi papá realizó el pago y mientras trasladábamos las maletas del coche a la habitación, se hizo de noche. Rarísimo: eran

Supongo que de este ejercicio de escritura mi psicoanalista piensa que sacaré algún provecho más allá de la humillación.

manentemente de los placeres de la vida: “la ascesis es un control vigilante, voluntario y hostil a los instintos que implica una reglamentación sistemática de la vida, subordinada a la finalidad religiosa”, diría Max Weber. Mi papá era agnóstico y no asociaba los placeres al pecado, los asociaba a la corrupción: tener dinero para ir de vacaciones, en aquellos años ochenta de inflación y devaluación, era indecente, solo podía ser fruto de actividades deshonestas.

Contra todo pronóstico, en 1987 mi mamá convenció a mi papá de llevarnos al mar. Habían comprado un paquete, todo incluido, para pasar cinco días en un hotel nuevo en Manzanillo, pero cuando llegamos, luego de pasar siete horas apretujados en el coche —para aquel entonces ya habían nacido mis tres hermanos menores—, resultó que las habitaciones y la alberca eran minúsculas. Ante la indignación de mis papás, el gerente del hotel se defendió de las acusaciones de fraude mostrándonos el folleto con el que la agencia de viajes nos había vendido las vacaciones: no había engaño, ahí estaban las fotos. Ese día aprendimos mucho de perspectiva.

las tres de la tarde. Pasamos por la recepción con una cara tan aterrorizada que la recepcionista trató de tranquilizarnos:

—No se preocupen, es que hay norte.

—Ah, dijo mi papá, ¿y cuánto va a durar?

—Cinco días.

A pesar de lo que me pidió mi psicoanalista, no quiero recrearme en el fracaso de esas vacaciones, en esos días eternos jugando a las cartas, viendo la televisión, en esas comidas en el restaurante vacío, en nuestros paseos por los pasillos del hotel entre albañiles, electricistas, pintores y cerrajeros, mientras afuera retumbaba, tronaba, y el viento y la lluvia golpeaban con furia los cristales de las ventanas recién instaladas. A veces nos asomábamos para contemplar el mar y estaba lloviendo tan fuerte que ni siquiera se veía. Pero el mar nos imponía su presencia de otra manera, rugiendo, furioso, las olas enormes reventando en la playa como un padre malhumorado. Para mí, estaba clarísimo: el mar no nos quería.

Mi recuerdo más nítido de aquellos días fue que en una cena nos pusieron copas con agua y una rodajita de limón y yo, después de pelar

camarones, sumergí los dedos ahí para limpiármelos y hacer desaparecer el olor; me pareció el colmo de la elegancia, pero en seguida vino el mesero enojadísimo y me regañó, porque el agua era para beber.

Supongo que de este ejercicio de escritura mi psicoanalista piensa que sacaré algún provecho más allá de la humillación. Restarle poder al mandato de mi padre, alguien incapaz de proveer a su familia de unos días de placer, llegando incluso a sabotear las vacaciones, porque ¿acaso es verosímil que mi papá no supiera de la tormenta que se pronosticaba para esos días?

Hubo una tercera vez en que fuimos de vacaciones familiares a la playa, a Melaque, cuando yo ya me había ido de Lagos a estudiar a Guadalajara. En aquella ocasión no hubo nor-te, tormenta: hubo tanto sol, tantísimo, que mi papá por darle la espalda al mar acabó con quemaduras de tercer grado.

Y a pesar de todo —es un *a pesar de todo* enorme, gigantesco—, la decisión más importante de mi vida la tomé mientras contemplaba y escuchaba al mar. Fue en Rosarito, en 1998, en lo alto de un acantilado. El mar estaba lejos, allá abajo, y unos minutos antes había visto pasar una manada de delfines. Ahí acabé de convencerme de abandonar mi vida de aquel entonces —mi trabajo, mi profesión, mi departamento, mis amigos, Guadalajara— e irme a Xalapa a estudiar literatura. El mar me empujó. Fue su inmensidad, para ser exactos, la consciencia de lo infinito y de lo eterno. Por eso la decisión fue tajante, blanco y negro, borrar mi pasado, volver a empezar. Es lo que nos

pasa a los que crecimos lejos del mar: no tenemos experiencia con lo ilimitado.

Si supiera nadar bien, nadar de verdad, me imagino que tendría una relación distinta con el mar, más cercana, quizá incluso viviría en un barrio marino o en un pueblito costero. Por eso también, aunque vivo en una ciudad con mar, vivo más bien cerca de la montaña, desde donde puedo contemplar el mar, allá abajo, a la distancia, mientras paseo a mi perro, y exclamar, protegido por la ironía, seguro de que así no me voy a ahogar:

—Qué bonito, el mar.

Me pregunto qué sentirá la gente que sí lo sabe apreciar. ¡Qué melancolía! U



Eleonore Koch, *Sin título*, 1984-1985.
Cortesía de Travesía Cuatro y Almeida & Dale



Alejandra España, *Antes solo mar*, 2023. Cortesía de la artista



LA HISTORIA DE UN MAR CONTADA POR SUS TIERRAS EMERGIDAS

Lev Jardón Barbolla

*El pescador lleva a bordo
una palma y un amor.
El amor lo hala del fondo,
la palma del corazón.*
Silvio Rodríguez

¿Cuándo llamamos océano a una masa de agua y cuándo le decimos mar? ¿Ser una cosa o la otra es una propiedad del agua en sí misma o el nombre nos habla de su relación con las tierras emergidas donde habitamos? Formalmente, los océanos son grandes masas de agua salada. Los cinco que existen (Pacífico, Atlántico, Índico, Ártico y Antártico) están delimitados por los continentes a los que rodean. Los mares son más pequeños, sus aguas son parcial o totalmente saladas —como las del mar Caspio— y sus fronteras están definidas por las tierras que los circundan (salvo por el mar de los Sargazos, al que enmarcan corrientes marinas). La mayoría de los mares se ubican en los márgenes de los océanos y continúan en ellos; por ejemplo, los de Bering y de Tasmania se encuentran en los extremos del Pacífico. Por otra parte, algunas cuencas marinas son tan cerradas que apenas mantienen una vía de comunicación con el sistema oceánico global, como ocurre en el estrecho del Bósforo —que une al mar Negro con el Mediterráneo— o en el de Gibraltar —que conecta a este último con el Atlántico—. En cuanto al mar Caribe, el continente americano y el conjunto de las Antillas Mayores y Menores delimitan su contorno.

UN MAR SOBRE UNA PLACA

Bien dice el *Canto general* de Pablo Neruda que antes de la peluca y la cascaca fueron los ríos arteriales, pero antes de los ríos fueron las placas tectónicas. La del Caribe es pequeña en comparación con otras; su su-

perficie, de poco más de tres millones de kilómetros cuadrados, corresponde casi por completo al mar del mismo nombre. Sin embargo, la historia de tres de sus islas —Cuba, La Española y Puerto Rico— comenzó muy al sur de su ubicación actual. En el Cretácico tardío, entre noventa y setenta millones de años atrás, cuando Norteamérica y Europa apenas estaban separadas en su parte norte y el océano Atlántico era una estrecha faja de agua, la placa del Caribe —un bloque de la corteza terrestre— comenzó a moverse hacia el sur de lo que hoy son Puebla y Veracruz.

Todas las placas tectónicas se están moviendo y sus movimientos son relativos; solemos describir cómo lo hacen a partir de un punto de referencia. En el caso de la cuenca del Caribe, tomamos como punto de referencia al bloque Maya o de Yucatán, un pedazo de la placa Norteamericana. En un proceso que duró millones de años, la placa del Caribe giró alrededor de este bloque en sentido contrario al de las manecillas del reloj hasta chocar con la Norteamericana. Esto originó el plegamiento de la tierra y la actividad volcánica que empezaron hace setenta millones de años y acabaron hace unos cuarenta. El movimiento hizo que se recorriera la corteza terrestre que hoy forma las islas de Cuba, Jamaica, La Española y Puerto Rico —la gaviota que parece volar sobre el Caribe— casi hasta su posición actual en relación con Yucatán.

Como la placa Norteamericana es muy grande y la parte que está debajo de las Bahamas es muy dura, la dirección del movimiento de la placa del Caribe cambió, hace unos veintitrés millones de años (durante el Mioceno medio), rotando hacia el este-noreste en relación con la Norteamericana. En geología, el borde norte de la placa caribeña se denomina de

transformación, ya que, en vez de chocar entre sí, las placas se deslizan una junto a otra (como en un clásico “tallón” entre dos coches). La placa del Caribe se mueve relativamente hacia el este y la de Norteamérica al oeste. Si se dibujara en un mapa, la frontera entre ellas se ubicaría al sur de Cuba para pasar después por el norte de la Española y Puerto Rico.

A partir de ese momento remoto del Mioceno, la placa del Caribe comenzó a chocar por el este con la Sudamericana, formando un nuevo arco magmático, donde el agua que contiene la roca recién fundida hace más ligero el magma que sube como lava y forma volcanes: la cadena de islas —relativamente jóvenes— de las Antillas Menores, desde Granada hasta las Vírgenes, es un arco volcánico insular con mucha actividad. En este sitio la placa Sudamericana se mueve más rápido hacia el oeste y choca con la del Caribe, que se desliza más lentamente.

La frontera sur de la placa del Caribe, donde colinda con la Sudamericana y la de Nazca, es compleja e incluye zonas de transformación (es decir, de deslizamiento entre ellas), de subducción (donde dos placas chocan y una se hunde debajo de la otra)¹ y otras donde la corteza terrestre se abre. Ahí la actividad volcánica elevó el territorio de lo que el colonialismo bautizaría como Antillas neerlandesas. Al occidente, la placa del Caribe choca con la de Cocos en un borde de subducción parecido al de las costas del sur de México. Hace unos treinta millones de años, debido a esta colisión, fue emergiendo la tierra que forma Centroaméri-

¹ El choque entre la placa Norteamericana y la de Cocos es un ejemplo familiar para los mexicanos. La de Cocos se hunde debajo de la Norteamericana, generando temblores y originando la Faja Volcánica Transmexicana en la que vivimos, que se extiende desde el pico de Orizaba hasta el volcán de Colima.



Samuel Thornton, *Borrador nuevo y correcto de la parte comercial de Las Antillas*, 1702-1707. The New York Public Library ©

ca y se creó el arco volcánico continental de la región, donde también hay mucha actividad sísmica. Finalmente, durante los últimos diez millones de años, fue elevándose poco a poco el istmo de Panamá como un puente que une dos continentes y divide dos océanos. Este fragmento de corteza terrestre terminó de emerger hace unos 3.5 millones de años. Así, la cuenca del Caribe está rodeada de dos puentes que convergen.

Esta geología da pie a una aparente contradicción: para hablar de la historia de un mar es necesario hablar de la historia de las tierras emergidas que lo rodean. Tras un proceso muy largo, el mar Caribe quedó delimitado casi como lo conocemos, pero los hechos que ocurrieron fuera de sus aguas resultaron cruciales para el ecosistema dentro de él. El istmo de Panamá separó el Atlántico del Pacífico y alteró las corrientes marinas con consecuencias dignas de un preludeo épico al *Canto general*. La corriente de agua caliente que sube desde el ecuador hacia las costas de África y luego cruza el Caribe se dirigió hacia los es-

trechos de Yucatán y la Florida, formando la corriente del Golfo. Esta corriente lleva humedad y calor a través del Atlántico hasta el occidente de Europa. Al delimitar la frontera del Caribe, el istmo de Panamá modificó el clima del hemisferio norte. Los caminos de la tierra se entretrejen en el devenir de los mares y viceversa.

PINOS, PALMAS Y MIGRACIONES POR EL MAR

El *gran intercambio americano* inició cuando Centroamérica surgió de las aguas. Grupos como los prociónidos —al que pertenecen los mapaches, coatíes y cacomixtles— se dispersaron de Norteamérica a Sudamérica; otros, como los xenartros —los perezosos y los armadillos—, ciertos felinos —por ejemplo, los jaguares— y algunas plantas mirtáceas —como las guayabas— hicieron el camino opuesto. El intercambio de biota empezó unos millones de años antes de que el istmo de Panamá se cerrara, cuando la parte sur de Centroamérica aún era una cadena de islas tan cercanas



Francisco Manuel Blanco, *Theobroma cacao*, ca. 1880 ©

como para permitir la dispersión sobre el mar. Las Antillas también han hecho posible que algunas especies terrestres se muevan entre el norte y el sur del continente americano. Un mar es un cuerpo de agua, pero sus orillas —con o sin playas— pueden servir como piedras de paso para las criaturas de la tierra.

Por ejemplo, no solemos asociar al género *Pinus* con el Caribe, pero en Centroamérica, Cuba, La Española, las Bahamas y las islas Turcas y Caicos habitan los que pertenecen a la subsección *Australes*. La especie *Pinus caribaea* forma sabanas de estos árboles en las costas de Nicaragua, Honduras y Belice, así como en Pinar del Río, Cuba, y otros sitios. Los pinos arribaron desde Norteamérica y se dispersaron por las islas del Caribe hasta llegar a La Española, donde Peter Olof Swartz nombró al pino más oriental de la región como *Pinus occidentalis*, de forma contraintuitiva pero

colonial, pues el científico veía el mundo desde Suecia. El hecho es que, además de palmas reales, en las Antillas viven algunos de los pinos más tropicales del planeta.

El cierre del istmo de Panamá delimitó una zona rica en vida marina. En el Caribe se encuentra el segundo arrecife de coral más grande del mundo; abarca las costas caribeñas de Quintana Roo, Belice, Guatemala y Honduras. El arrecife Mesoamericano es importante por la diversidad que lo habita; por ejemplo, el pez *Hypoplectrus maya*, conocido como la vaca azul de Belice o la chinita maya, vive en un área de apenas cincuenta kilómetros.

Hoy, el Caribe sufre con intensidad el colapso climático global ocasionado por el capitalismo. Cuando se calienta el mar, la temperatura deja de ser adecuada para las algas, que son simbioses de los corales —estas bellas criaturas son animales sésiles del grupo de los cnidarios, y sus colonias con exoesqueleto calcáreo dan estructura física a los grandes arrecifes—. El blanqueamiento del coral está ocurriendo porque los arrecifes pierden sus colores característicos cuando mueren las algas que generan sus pigmentos. Las algas son los productores primarios de los arrecifes: sin el alimento que producen a partir de la luz, el resto de la red trófica parece poco a poco; los corales son las primeras víctimas. Algunos informes científicos advierten que la contaminación del mar Caribe con residuos nitrogenados de la agricultura industrial, aguas del drenaje doméstico y metales pesados de los desechos fabriles contribuye al blanqueamiento y la muerte de los arrecifes. El fenómeno ocurre más rápidamente en el Pacífico norte y en el golfo de México; sin embargo, en el Caribe es muy grave porque es el hogar del diez por ciento de los arrecifes del mundo y al-

Las Antillas también han hecho posible que algunas especies terrestres se muevan entre el norte y el sur del continente americano.

berga al menos mil cuatrocientas especies de peces y mamíferos marinos, además de la langosta casi endémica *Metanephrops binghami*.

La vida en la tierra también es moldeada por los patrones de circulación de las corrientes marinas y sus variaciones. Durante las glaciaciones, el enfriamiento del agua, la disminución en la incidencia de huracanes y otros factores hicieron que las condiciones climáticas en Centroamérica fuesen menos húmedas y que el riesgo de incendios fuese un poco mayor. Esto propició que las sabanas de pinos ocuparan un área más extensa, hasta cubrir buena parte de lo que hoy es Quintana Roo. Durante los periodos interglaciares (como el que transcurre desde hace diez mil años), el Caribe es un corredor por el que pasan tormentas tropicales que trasladan lluvias a la región y ayudan a la dispersión de plantas y animales que han evolucionado en las islas. Es notable el caso de las lagartijas del género *Anolis* que colonizaron las Antillas y se dividieron en varias especies al interior de cada isla. La diversidad de estos animales es muy interesante: sus hábitos ecológicos han evolucionado más de una vez en distintas islas. En el Caribe hay *Anolis* que viven en las copas de los árboles, otras habitan en los pastizales y algunas prefieren la base de los troncos.

ALIMENTOS Y ESPERANZAS POR EL CARIBE

La actividad humana introdujo cambios vertiginosos, quizá es por eso que el pescador de la canción de Silvio Rodríguez es halado desde dos lugares tan diferentes. El mar y sus costas también se convirtieron en un escenario del intercambio y la migración de plantas que llevaron consigo los grupos humanos. Hace cuatro o cinco mil años, por el istmo de Pana-

má transitaron chirimoyas, maíces y frijoles, al bajar desde Mesoamérica hacia los Andes, mientras que los jitomates y las papas migraron al norte. Por su parte, el *Theobroma cacao*, tan apreciado por las culturas mesoamericanas, es originario de Sudamérica. Una de las teorías sobre su arribo a México dice que viajó por tierra a través del istmo y después subió por Centroamérica. La hipótesis alternativa implica a un océano: es posible que el cacao haya recorrido la costa del Pacífico, desde lo que hoy es Ecuador hasta lo que conocemos como Chiapas.

Antes de ser la cuna de las historias de piratas, antes del saqueo colonial y del comercio triangular,² las islas del Caribe fueron el hogar de los taínos. Este pueblo padeció el genocidio que el capitalismo cometió en las Antillas Mayores, pero su memoria se hace presente a través de dos palabras que se repiten en nuestras mesas: el nombre de nuestro principal cultivo —el maíz— proviene del taíno; y *ají* es un vocablo que deriva del mismo idioma y designa el chile en las regiones donde el náhuatl *chili* no prevaleció para referirse al *Capsicum annum*.

Sin embargo, la ausencia de chile habanero en la capital cubana es una extrañeza gastronómica. Resulta tentador pensar que se trata de un engaño —como sucedió con el guajolote, bautizado como *turkey* en un cruce

² N. de los E.: Es el término histórico para referirse a una de las principales rutas comerciales que hacían los barcos entre los siglos XV y XIX. Zarpaban de Europa al África occidental, donde dejaban sus mercancías y se llenaban de esclavos. Después partían rumbo a América, donde bajaban a los esclavos que sobrevivían el viaje por el Atlántico para cargarse de mercancías que transportaban a Europa.



Winslow Homer, *La corriente del golfo*, 1899. The Metropolitan Museum of Art ©

trasatlántico—³, pero algo hay de verdad en el nombre del chile habanero. La especie de esta planta es originaria de Sudamérica, en específico, de la cuenca del Orinoco. Llegó a Mesoamérica a través del arco de las Antillas, que sirvieron como puente no solo en la escala evolutiva de tiempo, sino en la histórica: los pueblos de donde tomó su nombre el mar, los caribes, llevaron chiles habaneros a las Antillas. El periplo del picante continuó desde Cuba hacia Yucatán, aunque no sabemos si esto sucedió antes o después del arribo de los españoles. El adjetivo que califica al chile sería correcto si no fuera por un detalle: cuando llegó a las Antillas no existía La Habana. En otra equivocación colonial, un botánico danés —mal informado pero seguro de sí mismo— pensó que

³ Cuando los europeos conocieron las plantas y los animales de América, denominada “Indias Occidentales” en los siglos XV y XVI, el pensamiento colonial asoció el exotismo de estas nuevas especies con aquellas que solían llegar a Europa desde las “Indias Orientales” a través del Imperio otomano. Así, en muchos lugares de Europa el maíz fue llamado “trigo turco” y el guajolote (algo así como “monstruo grande” en náhuatl) fue conocido como “gallina de Indias” en francés; más tarde, su nombre se redujo a “dinde” y en inglés se le llamó “turkey”, pero ni venía de las Indias ni de Turquía ni era una gallina.

la planta provenía de China, y no de América; de ahí su nombre científico: *Capsicum chinense*. Como corolario, el viaje del chile habanero a la península de Yucatán sumó colores y sabores a la dimensión política e identitaria de las cocinas de las comunidades mayas. La cuenca del Caribe es también un puente cultural.

Más de un sueño ha navegado por las aguas de este mar. En 1956 un yate atravesó el golfo de México y navegó por el norte del Caribe hasta desembarcar en un manglar del oriente de Cuba, llevando al núcleo de combatientes que organizó la Revolución cubana. Décadas más tarde, en 2021, un motovelero transportó al escuadrón zapatista 421 desde Quintana Roo hacia el puerto cubano de Cienfuegos, donde recaló en una escala de la Travesía por la Vida. El futuro del Caribe, como el de otros mares, aún depende de lo que ocurra en la tierra: lo que hagamos en la lucha por la humanidad y contra el capitalismo decidirá el desenlace de esta historia. **U**

Uttagawa Kuniyoshi, *El monje marino*, ca. 1845. The Walters Art Museum © ▶



ARTE

SUPERFLEX O EL APOCALIPSIS QUE YA LLEGÓ

Aldo Sánchez Ramírez

El colectivo danés SUPERFLEX —compuesto por Jakob Fenger, Bjørnstjerne Christiansen y Rasmus Rosengren Nielsen— ha producido desde 1993 un cuerpo de trabajo centrado en las repercusiones de los cambios en el medio ambiente provocados por los humanos. Con *We Are All In The Same Boat* —letras escultóricas de luz LED color azul océano que remiten a los espectaculares urbanos—, los artistas nos recuerdan que la responsabilidad es compartida. El sentido de autoría del colectivo se expande según cada proyecto; han trabajado con ingenieros, jardineros, espectadores, pero también haciendo sesiones de hipnosis, pinturas y, sobre todo, realizando acciones en el espacio público.

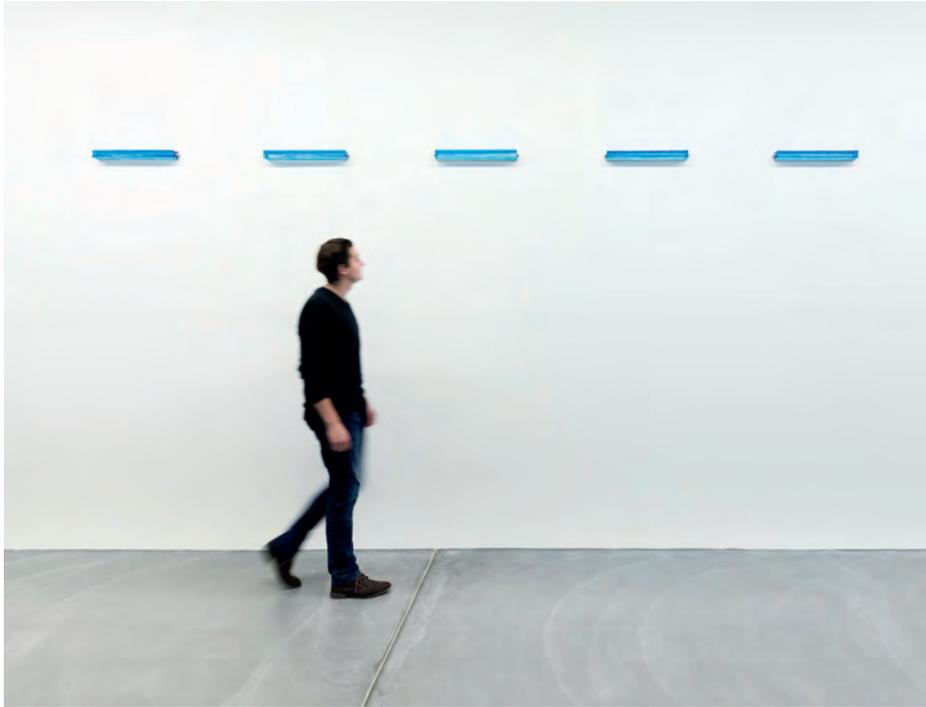
Para SUPERFLEX es primordial escuchar a las plantas y a los animales para crear una convivencia que evite lo registrado en el video *McDonald's inundado*: la réplica de una sucursal lentamente anegada por el agua. El derretimiento de los polos se hace patente en la escultura *Après vous, le déluge*, con guiones intermitentes de color azul marino instalados a varios metros del piso y que señalan el nivel que el agua alcanzará en los próximos años. Así, los peces serían los futuros ocupantes de nuestros hogares actuales. Sobre esa idea cavila *As Close as We Get*, conformada por una serie de materiales de construcción amigables con la fauna marina. Esta pieza contribuyó a la investigación que el colectivo lleva a cabo para construir un arrecife de cincuenta y cinco kilómetros cuadrados en los mares de Dinamarca. *Pink Elements* es una escultura sobre la superficie terrestre y un multifamiliar para los peces sumergido en el océano. *Migración vertical* proyecta un sifonóforo (pariente de la medusa) animado digitalmente sobre un rascacielos para invertir nuestra perspectiva humana. En *Kwassa Kwassa* se documenta en video la construcción de una lancha de fibra de vidrio en Mayotte, isla ubicada en el canal de Mozambique que se unió a Francia en 2014, empleada por los pescadores en sus labores cotidianas, pero también para transportar refugiados en su camino a territorio europeo. Las relaciones armónicas interespecie son axiales en el trabajo de este grupo de artistas que afirma que la mejor idea puede venir de un pez.



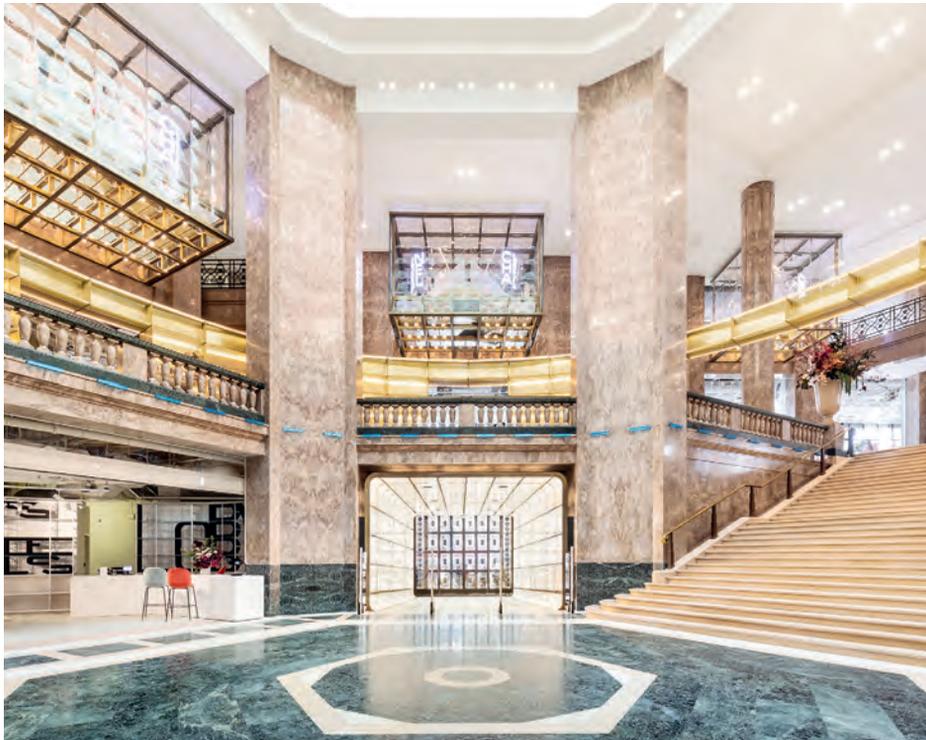
We Are All in The Same Boat (Todos estamos en el mismo barco), 2018. Fotografía de SUPERFLEX



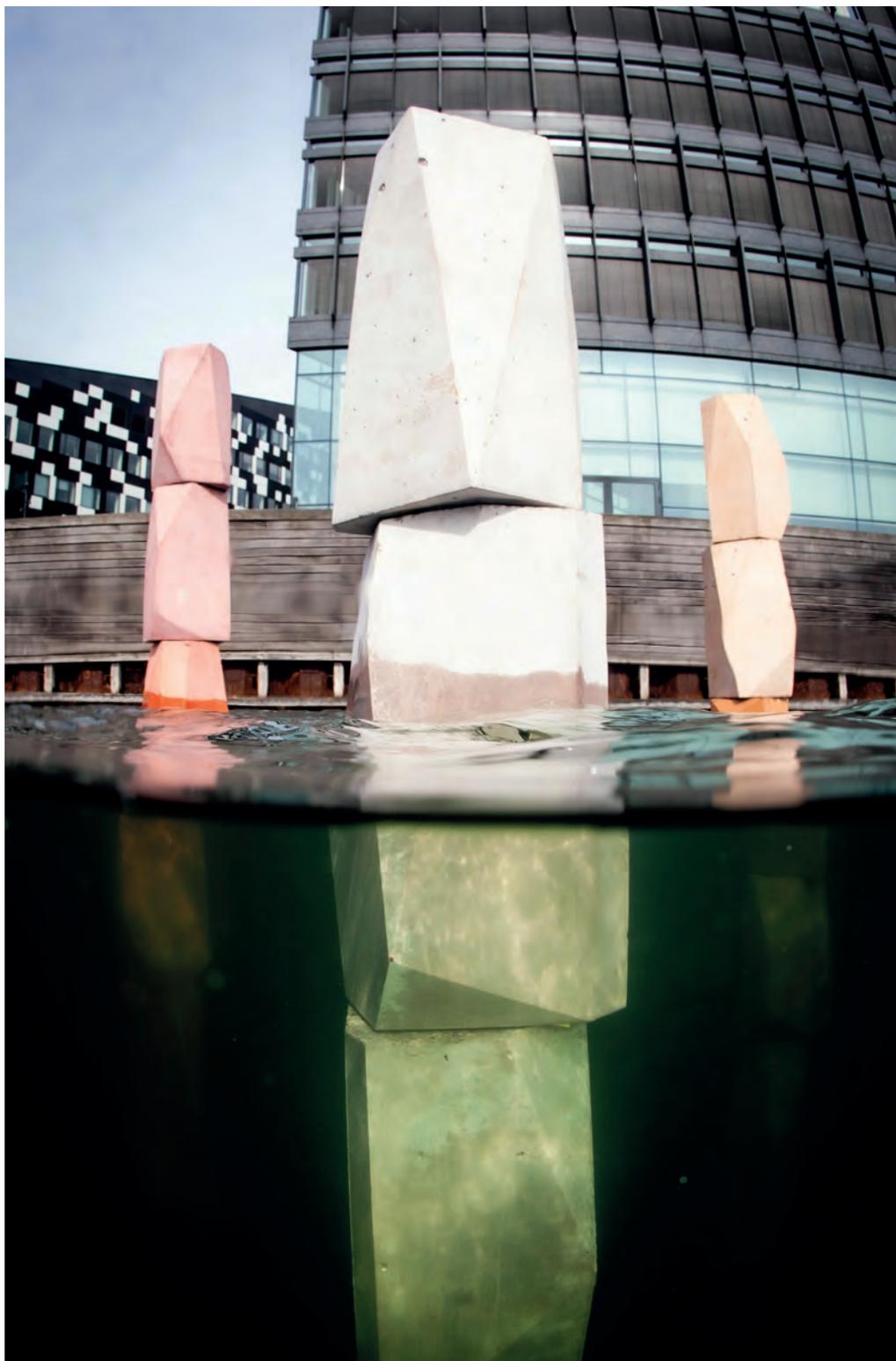
Fotogramas de *McDonald's inundado*, 2009. Fotografía de SUPERFLEX



Après vous, le déluge (Después de usted, el diluvio), 2019. Fotografía de Andreas Zimmermann, cortesía de la galería von Bartha



Après vous, le déluge (Después de usted, el diluvio), instalación en Galeries Lafayette, París, 2019. Fotografía de Marco Cappelletti



As Close as We Get (Lo más cerca que estemos), 2022; realizado en colaboración con DTU Sustain y By & Havn.
Fotografía de Lars Hestbæk



As Close as We Get (Lo más cerca que estemos), 2021. Fotografía de Robert Damisch



As Close as We Get (Lo más cerca que estemos), 2022. Fotografía de Malle Madsen



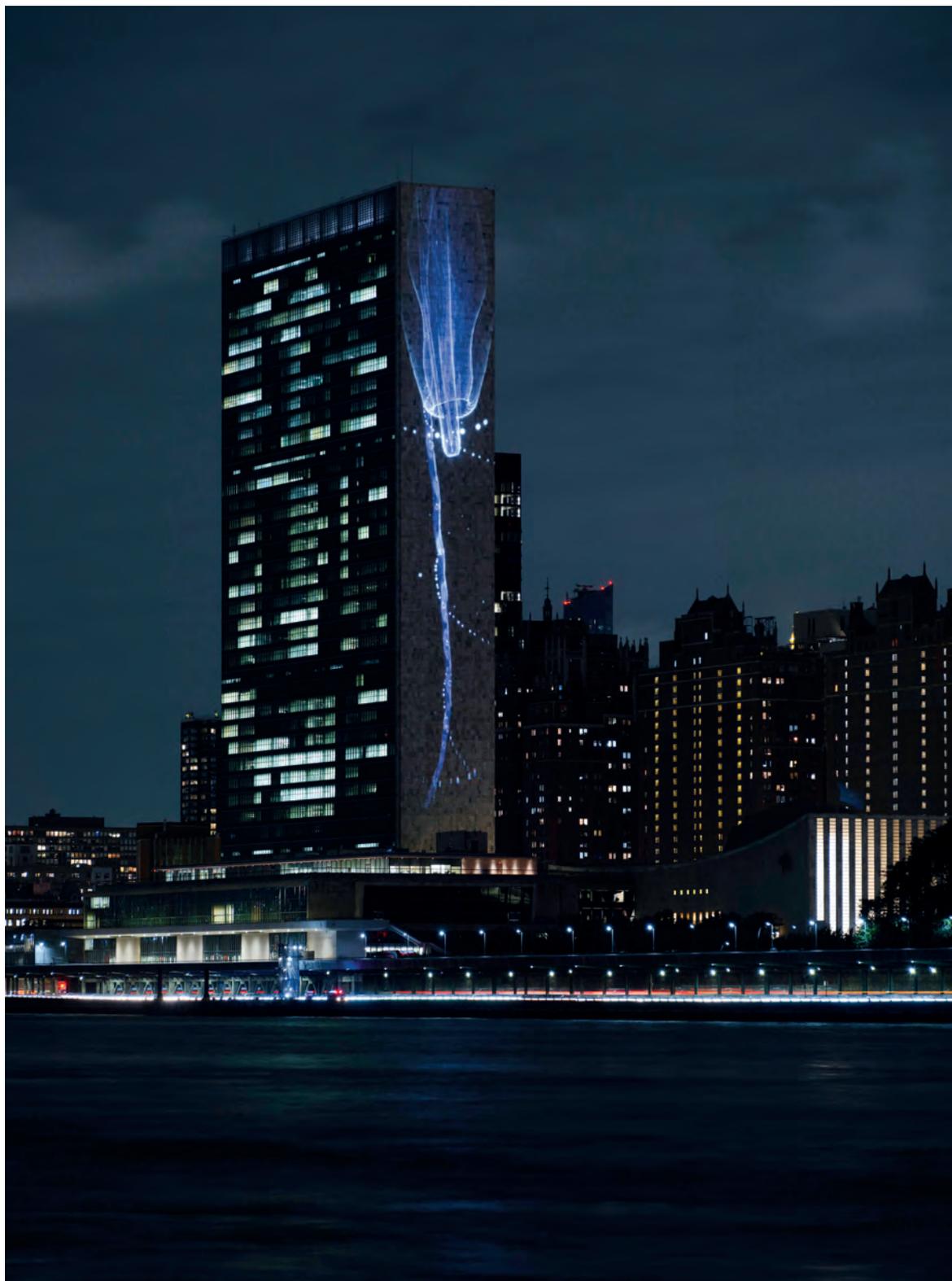
Hay otros peces en el agua, 2019. Fotografía de Enrique Macías, cortesía de la galería OMR



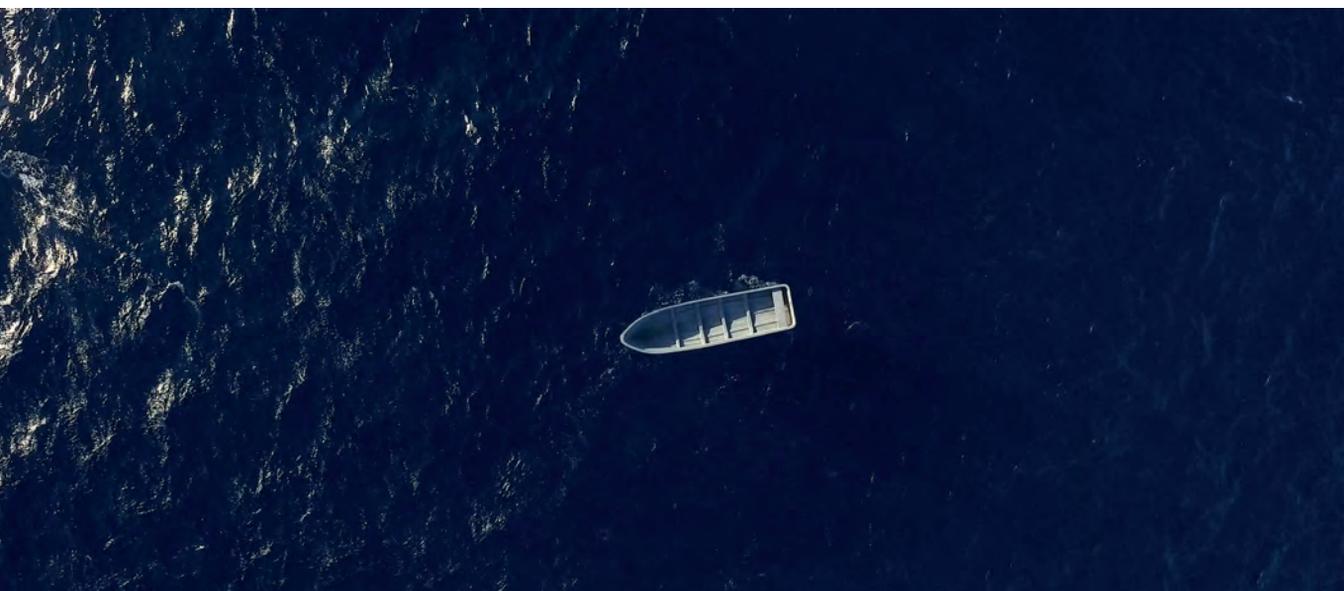
Elemento rosa, 2019. Fotografía de SUPERFLEX



As Close as We Get (Lo más cerca que estemos), 2022. Fotografía de SUPERFLEX



Migración vertical, instalación sobre la sede del edificio de la ONU en Nueva York, 2021. Fotografía de Lance Gerber



Fotogramas de *Kwassa Kwassa*, 2015. Fotografía de SUPERFLEX

Sebastian Münster, dibujo de monstruos marinos, 1570 © ►



PANÓPTICO

LAS COSTUMBRES DE LOS PÁJAROS

ENTREVISTA CON GABRIELA CABEZÓN CÁMARA

Mauro Libertella

Hace ya varios años que Gabriela Cabezón Cámara (Buenos Aires, 1968) viene escribiendo novelas que ahondan en una fusión muy particular de intereses que van desde el sentido profundo de la naturaleza —algo tan difícil de capturar— hasta los personajes históricos. Su libro más reciente, *Las niñas del naranjel*, se apoya en una persona real, la Monja Alférez, que nació en España en 1592 y se sumó, travestida de varón, a la Conquista de América. A partir de este tema, la narradora se sumerge en muchos otros: la vida en la selva (y la vida de la selva), la política de los cuidados, el erotismo, la identidad, el estar fuera de lugar, el viaje. Como sus otros libros, este también es exigente: la prosa es barroca y explosiva —una lengua por momentos inventada—; por otro lado, los paisajes extraños y los siglos remotos son elementos que van a contracorriente de mucha de la narrativa que se escribe hoy en castellano, más cercana a los hechos y a las obsesiones de nuestro tiempo.

¿Cuál es el proceso de investigación para un libro como *Las niñas del naranjel*?

Confluyeron de golpe un montón de cosas que estaba leyendo por motivos menos determinados que un libro puntual; lo hacía por otros intereses o por puro deseo. La idea del libro surge dentro de esa corriente. Cuando aparece una idea más clara de lo que voy a escribir afino la puntería de las lecturas para prestarle más atención a los temas que busco.

Gabriela Cabezón Cámara.
◀ Fotografía cortesía de Penguin Random House



Por ejemplo, me pongo a buscar libros sobre la selva o textos de los siglos XVI y XVII. O relatos de viajeros. De pronto me puedo enganchar con eso, pero la corriente viene de antes y el libro emerge orgánicamente como el fruto de la cópula de intereses y lecturas y pasiones.

¿Cuánto usas y qué descartas de lo que investigas previamente?

No lo tengo muy claro. En este caso usé bastante de la autobiografía de la Monja Alférez, pero todo lo demás es como si me entrara en la cabeza a través de un colador. Algo queda, pero no necesariamente los materiales específicos que leí para escribir el libro. Puede quedar José Watanabe o Mary Oliver.

En el caso de esta novela, ¿cuándo dijiste “acá hay un libro, esto es lo que quiero escribir”?

Hacia el final de la escritura de *Las aventuras de la China Iron* me di cuenta de que estaba muy enamorada de la selva. Sentí el llamado de la selva, digamos, y sabía que me quería quedar ahí, en ese mundo. Entrar más profundo. Apareció el personaje de la Monja Alférez, que llegó medio al final. También estaba leyendo a pensadores americanos originarios y pensando en términos de narrativas no coloniales, o lo menos coloniales posibles. Buscaba otros mundos en el sentido de distintas construcciones y representaciones. Otras cosmovisiones. Tenía todo eso en la cabeza y apareció este personaje, que me había interesado mucho en su momento, y me pareció que podía funcionar de embudo,

de cruce, como un lugar donde entramar estos hilos que estaba leyendo y pensando.

Hablabas de ese “llamado de la selva”, las ganas de quedarte narrando aquel espacio. ¿Cuál es la diferencia entre describir la selva y la ciudad?

Conozco mucho la ciudad y buena parte de la literatura que he leído está escrita desde y sobre la ciudad. Y si no, sobre el campo, entendido como la pampa húmeda argentina. Son lugares mucho más simples que la selva, con su infinita biodiversidad, su riqueza, su latir. La selva está viva en cada milímetro y eso supone muchas más perspectivas, muchas clases de seres y cosas cuyos nombres no conozco. Y está la complejidad de intentar recrear la sensación de estar ahí, bien metida en uno de los sitios ricos del tejido de la vida. Para mí fue un desafío grande, e hice lo mejor que pude. Tampoco encontré mucha tradición de literatura selvática.

Al situar tus últimos libros en siglos pasados, ¿cuánto te importa que sea verosímil aquello que inventas (una comida, una ropa, una manera de hablar)?

Es relativo. Me parece que para lo verosímil no se necesita demasiado y no hace falta tampoco mucho apego a la época ni a cómo se hablaba o se comía en realidad, porque no es una novela histórica. Entonces es una cuestión, sencillamente, de crear un verosímil que funcione, y para ello no hacen falta tantos elementos. En general, los lectores somos amables y nos creemos los verosímiles, siempre y cuando armen un sistema.

Puedo estar bastante tiempo sin saber de qué va lo próximo. Mientras tanto, busco.

Como lectora, ¿te interesan las novelas históricas?

Como lectora me interesa todo y nada en especial. No leo por género, pero sí disfruto novelas, cuentos y poemas que se adscriben a diversos géneros. Me parece que la cuestión con la novela histórica es que guarda una relación mucho más estrecha con la historia cuando busca respetar o reconstruir lenguas o acontecimientos con apego a documentos.

Tenés un estilo que juega con el barroco o lo exuberante. ¿Cómo trabajás la prosa al corregir? ¿Sos de quitar, de agregar?

Soy de quitar y de agregar. En *Las niñas del naranjal*, por ejemplo, en la carta que escribe Antonio, hay un barroco muy manifiesto mientras que en el lenguaje del narrador, no; en el de las niñas y en los diálogos, tampoco. Entonces en esta novela sí quité y agregué, porque necesitaba que los diferentes registros de lenguaje y las músicas de estos armaran un sistema musical. Si eso lo siento, sé que el texto está vivo (si no, no). Y ahí sigo laburando hasta que sienta de nuevo que está vivo.

Hablabas de campo, ciudad y selva. Hace unos años te mudaste a algo así como el campo, o por lo menos un campo suburbano, fuera de Buenos Aires. ¿Cómo fue esa experiencia?

Experimenté una adaptación de los sentidos. Empecé a percibir detalles como no lo hacía antes, y a ver cómo vivían otros;

cómo si ponés un charco aparecen sapos y ranas, caracoles, libélulas de colores; cómo los árboles y las plantas van haciendo su vida y tramándose. Las costumbres de los pájaros. También algo de la vibración del cuerpo. La frecuencia cardiaca cambia. Fue hermoso y todavía paso ahí bastante tiempo.

Y en esa mudanza, ¿qué pasó con tu biblioteca?

He vivido en casas cuyas paredes eran todas bibliotecas. Sentía que solo estaba protegida rodeada de libros. Ahora sigo teniendo una gran biblioteca pero regalé muchísimos libros a amigos e instituciones. Pero, como todos nosotros, en el fondo soy de guardar libros y de comprar más de los que puedo leer.

Cuando te desprendiste de esos libros, ¿qué definió con qué quedarte y qué regalar?

Me hice una pregunta: ¿lo voy a volver a leer? Sentí que había un montón de libros que sí leería de nuevo, lo que seguramente no es cierto, porque todo el tiempo leo libros nuevos.

¿Ves un movimiento más o menos simultáneo entre tu mudanza al campo, tus últimas novelas, que son relatos de "naturaleza", y tu preocupación por el cambio climático y la destrucción de la Tierra?

Creo que fue el despertar de una sensibilidad en la que se fueron tramando esas cosas que mencionas. Es un trabajo de desalienación: hacerse cargo del cuerpo, no solo ser una cabeza. Se habla mucho de la

literatura como algo que atraviesa sobre todo la cabeza, y se nos confina ahí, como si no tuviéramos cuerpo. Pero hay cuerpo y vos estás ahí. Pisar la tierra y sentirme parte de ella me hace bien a mí. Es eso: me hace bien darme cuenta de que soy parte de algo mucho más grande que no solo consiste en la humanidad (de lo que hay sobrada evidencia, por otra parte, ya que tenemos muy poco tiempo sobre la Tierra).

¿Qué te parece que se puede hacer? Vos usás tu palabra cuando tenés oportunidad para denunciar, ¿pero no tenés de pronto la sensación de que son cosas imposibles de detener?

A veces me da la sensación de estar viendo una carrera hacia el abismo, como si no pudiéramos hacer algo. Pero no estoy segura de que no podamos hacer nada. Y, perdido por perdido, si pensara eso, dado

que nos sucederán generaciones de jóvenes, niños y niñas, me parece que tenemos que hacer todo lo que podamos. Hay ejemplos de resistencia y algunos son exitosos. Hay ejemplos de restauraciones y algunas son exitosas. Entiendo que el instituto de la ONU que se ocupa del cambio climático dice que hay una ventana de oportunidad. Ninguna perspectiva parece muy halagüeña, pero creo que es lo mínimo que les debemos a los jóvenes y los niños: intentar todo lo que podamos; la vida de la Tierra es muy fuerte.

¿Siempre tenés ideas de libros futuros que querés escribir o podés estar bastante tiempo sin saber de qué va lo próximo?

Puedo estar bastante tiempo sin saber de qué va lo próximo. Mientras tanto, busco. Por ejemplo, ahora estoy buscando. **U**



Anónimo, azulejos de pájaros, ca. 1640. Rijksmuseum ©

LOS PALESTINOS QUE CRUZAN HACIA RÁFAH NO ENCUENTRAN EL “SUEÑO EGIPCIO”

Noha Atef

Un pesado cielo de invierno, lleno de nubes grises, era el reflejo del ánimo sombrío en el lado palestino del paso de Ráfah. El imponente muro de cemento, con la palabra “Egipto” rotulada en él, se alzaba sobre un fondo de columnas de humo provocadas por los bombardeos israelíes en la Franja. Esparcidas alrededor había maletas viejas, parchadas y remendadas por manos cansadas, como testimonios de los arduos viajes emprendidos a pie. Entre los varados, un murmullo de conversaciones saturaba el aire, puntuado por las palabras: “mártir”, “herido”, “escombros”. Cada persona sujetaba un pasaporte egipcio o de algún otro país, evidencia de su nacionalidad dual o de su estatus extranjero. Egipto, como bien saben ellos, ha cerrado sus fronteras varias veces a los refugiados palestinos, una política motivada por la creencia del presidente El-Sisi de que, de permitir el paso, se “diluirla la causa palestina” y se cumpliría el deseo israelí de evacuar la Franja.

Los gazatíes que han tenido la fortuna de salir de la enorme cárcel que ha construido Israel conocen el camino hacia Ráfah porque Egipto es la única ruta de salida de Gaza. A pesar de la existencia de cinco cruces por tierra en la Franja de Gaza, Israel solo abre dos de ellos por motivos comerciales de manera intermitente: Bait Hanun (conocido como Erez) y Kerem Abu Salem (conocido como Kerem Shalom). Para los palestinos de Cisjordania, su ruta de salida implica cruzar el puente

◀ Fotografía de Vectonauta, Freepik



Rey Hussein hacia Jordania y seguir hacia el aeropuerto Reina Alia en Amán. Para los palestinos que viven en los territorios ocupados en 1948, actualmente conocidos como Israel, su opción es salir por el aeropuerto Lod o Ben Gurión. Sin embargo, si se trata de los palestinos ubicados en Gaza, deben ir hacia el paso de Ráfah y entrar a Egipto. De ahí buscarán llegar al aeropuerto de El Cairo para tomar un avión a donde sea que se dirijan.

El Dr. Khalil (un seudónimo) y su esposa entraron a Egipto recientemente. Viajaron a Arabia Saudita para cumplir con la *umrah*, la peregrinación hacia La Meca, el 5 de octubre de 2023 y regresaron a Egipto el 30 de noviembre con la intención de volver a Palestina. El médico, de unos cuarenta años, barbado y vestido con elegancia, me comentó los desafíos que han enfrentado: "Visité Egipto muchas veces antes, pero esta vez las cosas se mueven bastante más lento y son más complicadas. Se entiende, dado lo vertiginoso de la situación y todo lo que está sucediendo". Su voz evidencia la emoción que lo embarga al contar los detalles de la odisea que ha vivido su familia: "Dejar a nuestros hijos fue difícil. Mientras estábamos de viaje, nos enteramos de que los obligaron a abandonar nuestro hogar en Tal al-Hawa. Luego las fuerzas israelíes bombardearon el edificio donde estaba nuestra casa, lo que los obligó a mudarse de nuevo, de Jan Yunis hacia Ráfah. El refugio en el que estaban fue bombardeado y trágicamente murió mi hija Fátima; los demás resultaron heridos. Todos siguen en Gaza".

Debido al bloqueo económico impuesto para presionar a Hamás, miles de palestinos cruzaron esta frontera en 2005 para abastecerse de insumos de primera necesidad en las ciudades egipcias de Ráfah y El Arish. Sucedió lo mis-

mo en 2008, cuando las necesidades de alimento, combustible y otros suministros se incrementaron debido al asedio israelí. Esto llevó a que Egipto construyera una barrera de cemento entre Ráfah y la Franja de Gaza.

Después de la revolución egipcia de 2011, la entrada de palestinos a dicho país fue un poco más sencilla, más aún a partir de 2012, cuando Mohamed Morsi —miembro de la Hermandad Musulmana— asumió la presidencia. Incluso era posible para los egipcios entrar y salir de Gaza, algo que resultó muy bueno para ellos porque sienten un profundo compromiso con la causa palestina y una hostilidad manifiesta contra Israel, no obstante la posición oficial del gobierno, que sostiene una relación normal con el Estado israelí desde la firma de los acuerdos de Camp David en 1978 y el tratado de paz de 1979.

Ya que el paso de Ráfah no está abierto todo el tiempo, Hamás ha cavado túneles entre Gaza y la región del Sinaí para el tráfico de bienes. El número exacto de túneles sigue sin conocerse, pero en 2020 se estimaba que eran miles. El vocero militar egipcio Tamer al Refai anunció la destrucción de tres mil túneles que, a su juicio, amenazaban la seguridad nacional y se empleaban para el contrabando de armas, municiones y drogas; informó que alcanzaban hasta tres kilómetros de largo y que había otros que llegaban a más de treinta metros de profundidad.¹

A finales de 2023, el periódico *The Wall Street Journal* citó a funcionarios del gobierno estadounidense que sostenían que Israel había instalado bombas hidráulicas para inundar los túneles palestinos con agua de mar. Dada la

¹ Khaled Abu Toameh, "Egypt Says it Destroyed More than 3,000 Gaza Tunnels", *The Jerusalem Post*, 4 de mayo de 2020. Disponible en bit.ly/3HsLsE5.

Los palestinos sufren al ser extranjeros, no importa cuánto tiempo lleven residiendo en el país.

porosidad del suelo en esa zona, esta medida supone para algunos expertos una posible amenaza ecológica. David R. Boyd, relator especial de las Naciones Unidas, declaró que la destrucción de la única fuente de agua potable en Gaza sería catastrófica tanto para el medio ambiente como para los derechos humanos. Al mismo tiempo, el ministro de defensa israelí Yoav Gallant dijo que Tel Aviv planeaba construir un muro subterráneo antitúneles entre la Franja de Gaza y Egipto, reforzado con tecnología que permita limitar el contrabando de armas entre este territorio y el Sinaí.

Al pensar en todo lo anterior es posible suponer que abandonar Gaza para llegar a Egipto es un sueño para muchos. Egipto tiene una población de más de cien millones de personas, y más de 473 mil refugiados y solicitantes de asilo registrados viviendo en su territorio, según cifras de octubre de 2023 de la ONU.

El Dr. Khalil, el palestino varado al que conocí, tiene familia en el sur de Egipto. Ellos le ofrecieron albergue temporal después de volver de Arabia Saudita. Ahora, sin embargo, reside en El Cairo, porque es donde se encuentran las oficinas gubernamentales y la embajada palestina. No obstante los altos costos de vida en Egipto, muchos ciudadanos apoyan a quienes están varados ofreciéndoles albergue y sustento. La principal preocupación del Dr. Khalil es el vencimiento inminente de sus visados y quieren tramitar una extensión: "Nunca fue nuestra intención quedarnos aquí. Nuestros hijos y nuestra familia están en Gaza y ansiamos volver. Sin embargo, tenemos que conseguir validar nuestro estatus legal en Egipto hasta que nos aprueben el regreso".

Por otro lado, los palestinos sufren al ser extranjeros, no importa cuánto tiempo lleven residiendo en el país. Egipto no les ofrece la residencia permanente, sino permisos de estancia temporal que duran entre uno y tres años; solo en casos muy específicos pueden extenderse hasta diez. Si tienen hijos en la escuela, pagan la colegiatura en moneda extranjera, aunque en tiempos de guerra se les suele exentar del pago. No tienen derecho a poseer tierras ni a cultivar el suelo, ni siquiera en el desierto, y solo pueden ser dueños de una casa y de un negocio si hay un ciudadano egipcio involucrado como pareja o socio. El gobierno emitió el Decreto 1231 en 2011, que modificó la ley de nacionalidad para permitir que todos los hijos de mujeres egipcias y padres palestinos obtengan la nacionalidad de su madre. Sin embargo, en la práctica, las autoridades no están cumpliendo esta ley.

Los extranjeros también pueden obtener la ciudadanía egipcia por otra vía: la inversión. Las condiciones que ha establecido el gobierno consisten en realizar un depósito de 250 mil dólares en la tesorería de la nación, comprar una propiedad con un precio mínimo de 300 mil dólares o hacer depósitos de más de 500 mil dólares en bancos locales y conservar esa cantidad a lo largo de tres años. Como se puede ver, Egipto no es un país en el que una persona palestina, agobiada por la guerra y la falta de empleo, pueda quedarse a vivir con facilidad. Cuando mucho, se trata de una parada en el camino hacia otro país, que con suerte suele ser Jordania, Turquía o algún otro de población e idioma árabes.

Aunque no hay una cifra oficial, se estima que la cantidad de palestinos que viven en Egipto es de ochenta mil personas. Comenzaron a llegar después del destierro y la des-

posesión durante la guerra árabe-israelí de 1948, el año en que Israel fue declarado Estado. Ese flujo de personas se mantuvo hasta 1958, en particular desde la Franja de Gaza, que permanecía bajo control egipcio. Durante el gobierno de Gamal Abdel Nasser, un partidario del nacionalismo árabe, los palestinos vivieron relativamente cómodos en Egipto. El presidente creó oportunidades de trabajo y educación para ellos en el sector público, les dio la posibilidad de obtener la residencia y legalizó su situación en el país.

Pero con la llegada de Anwar el-Sadat al poder, en 1970, y su inclinación hacia Occidente y con la intención de firmar los acuerdos de Camp David (en detrimento del nacionalismo árabe), las ventajas para los palestinos comenzaron a escasear. En septiembre de 1975 Sadat firmó un acuerdo que resolvía las primeras crisis entre la Organización para la Liberación de Palestina y el gobierno egipcio. Esto, sumado a su visita a Israel en 1977 y al asesinato del ministro egipcio de cultura Youssef Al-Sibai en Chipre en 1978, llevó al país a modificar sus leyes. Los extranjeros ya no tendrían posibilidad de emplearse y, aunque los palestinos estaban exceptuados de ello, se les comenzó a considerar como extranjeros y se les prohibió laborar.

A comienzos de 1984 se aprobó la ley de Desarrollo de Recursos del Estado, en la que se consideraba extranjeros a los palestinos. Además, el Ministerio del Interior impuso una cuota de residencia a todos los que permanecieran durante un año o más en el país. Estas condiciones aún persisten, además de que las autoridades tienen derecho a investigar a cualquier varón palestino mayor de dieciocho años que entre o transite por Egipto. Sin una visa de algún otro país, para los adultos



Ráfah, Palestina, enero de 2009.
Fotografía de Rafahkid ©

de entre dieciocho y cuarenta años es casi imposible conseguir un sello de entrada al territorio egipcio.

Así que para los palestinos no es cómoda la vida en esta nación vecina; está llena de burocracia, gastos y trámites que impiden a los sobrevivientes de la guerra refugiarse. El primer paso para salir de la Franja de Gaza es por la frontera de Ráfah. Una vez en El Cairo ya no viven bajo el estruendo de las explosiones ni escuchan los aviones de combate israelí sobrevolando sus cabezas, pero tampoco es un sitio en el que puedan establecerse y construir una patria.

"Egipto es un segundo hogar, pero nada se compara con el verdadero". El Dr. Khalil está conmovido por el apoyo diario que recibe de los egipcios; sin embargo, sigue decidido a regresar a casa: "A pesar de haber perdido mi casa, a mi hija, y de que mis hijos estén heridos, el peso de lo que ellos experimentan fortalece mi determinación de volver". **U**

En febrero Israel realizó un operativo en Ráfah para rescatar a dos de sus ciudadanos, provocando la muerte de al menos 67 personas. Ante el temor fundado de que el ejército israelí invada la ciudad, donde se refugian 1.5 millones de palestinos, la ONU declaró que esta acción de guerra podría resultar en "una matanza".

LA DEVOCIÓN AL VENENO

Elisa Díaz Castelo

En Edén, no en el paraíso sino en el pueblo australiano ubicado en Twofold Bay, se puso de moda una práctica medicinal que parece inventada por un Ahab reumático. La gente esperaba a que una ballena encallara y pereciera sobre la arena blanca de ese puerto natural y, una vez que el cadáver estuviera en franco proceso de descomposición, se abría un agujero en su costado y se metía ahí al paciente. La persona debía permanecer dentro de esa hedionda sopa de vísceras un total de treinta horas si quería aliviar su reumatismo durante un año. El origen de este tratamiento se le atribuye a un borracho, un "hombre de hábitos alegres pero penosamente afligido por el reumatismo", que columbró los restos de una ballena mientras caminaba con sus amigos de jerga por las arenas de Edén. Los amigos relataron que el cadáver despertó en el hombre un extraño frenesí y, seducido por ese tentador pedazo de carne, se metió dentro del cuerpo carcomido y permaneció ahí durante varias horas. Entonces operó el milagro. El hombre emergió, cual Jonás, renovado de entre los huesos purulentos del monstruo marino; no solo aliviado de su reumatismo sino, además, sobrio. A partir de este momento iniciático, la curación por ballena adquirió fama internacional. Incluso abrió sus puertas un hotel destinado a albergar extranjeros que viajaban hasta Australia para mejorar la condición de sus articulaciones. En una nota de periódico publicada por el *Evening Standard*

Jan Saenredam, *Ballena encallada*
en *Beverwijk*, 1602. Rijksmuseum ©



el 7 de marzo de 1896,¹ se explica cómo los balleneros horadaban en el flanco del animal un agujero del tamaño de un ataúd y ayudaban al paciente a colocarse dentro, con la cabeza por fuera de la apertura y la piel de la ballena cerrada tanto como era posible en torno al cuerpo del enfermo para que los pestilentes gases de amoníaco que exudaba la carne rancia no lo asfixiaran.

Apenas unos días antes de que saliera la nota en el periódico, pero muy lejos de ese cuestionable Edén, el físico Henri Becquerel se encerró a oscuras en su estudio en París y abrió el cajón de su escritorio. Con movimientos lentos y medidos, extrajo un paquete delgado, forrado en cartulina negra, sobre el cual descansaba un puñado de sal. Para alguien no versado en las oscuras artes de la ciencia, todo esto podría parecer parte de un ritual maléfico o un conjuro. En realidad, era solo un experimento. Y el material colocado sobre la cartulina no era exactamente sal de mesa. Becquerel mismo había forrado días antes unas láminas de papel fotográfico con cartulina negra para luego rociar sobre el paquete sellado sales de uranio. Después, como una Pandora de corbata y bigotes, desenvolvió con esmero ese regalo oscuro para descubrir que el papel fotográfico se había teñido a la altura de las sales. No había duda. El uranio emanaba una luz invisible que había atravesado las capas de cartulina. Ese puñado de sal era un sol frío. Estrella muda, desmigajada. Era la radioactividad.

El fenómeno permaneció sin nombre hasta que, dos años después (en 1898), Pierre y Marie Curie descubrieron el radio y el polonio, dos elementos radiactivos que se encuentran de forma natural en minerales de uranio. Fue Ma-

rie quien bautizó como radioactividad lo que Henri Becquerel había notado en su experimento: los rayos ionizantes que expulsan los núcleos de ciertos átomos inestables.

Sin embargo, desde antes de que tuviera nombre, antes de que se entendiera del todo su naturaleza, la radiación comenzó a utilizarse como remedio médico. En 1897 un experimento comprobó que ciertas lesiones dermatológicas ocasionadas por el lupus mejoraban tras ser expuestas a rayos X. En 1903 se demostró que algunas aguas termales que por siglos habían sido consideradas curativas despedían pequeñas dosis de elementos inestables como el radón, un gas radioactivo que se produce cuando el radio se degrada. Entonces se disparó el número de experimentos que aseguraban haber descubierto nuevas aplicaciones médicas en tratamientos con radiación, en especial en lo respectivo a padecimientos de la piel y células cancerígenas. Los estudios, incluso algunos publicados en revistas prestigiosas, empezaron a exagerar los beneficios de las terapias y a pasar por alto los muchos casos en los que la condición de los pacientes empeoró.

El entusiasmo es un padecimiento altamente contagioso y, muy pronto, los así llamados radiomaniacos estaban por todas partes. En las aguas termales de Bath, donde se comprobó la existencia del radón, se construyó una tapa en forma de cono sobre uno de los manantiales y el gas que emanaba del agua se transportaba por medio de una pipa al llamado "inhalatorio de radio", donde los pacientes lo respiraban directamente. Poco tiempo después, en los alrededores de Bath, un panadero comenzó a lucrar vendiendo una hogaza de pan supuestamente radioactiva.

En cuestión de pocos años fue patentada una plétora de tratamientos y objetos que ase-

¹ "Rheumatism sufferers sought relief inside a whale", BBC, 30 de marzo de 2014. Disponible en bbc.in/49cfEQc.

Su cuerpo era tan radiactivo que tuvo que ser enterrado en un ataúd de plomo y cuando lo desenterraron seguía siendo tóxico.

guraban contener dosis bajas pero milagrosas de elementos inestables. Algunos de ellos se encuentran catalogados en un documento de casi doscientas páginas que puede encontrarse de forma gratuita en línea.² De pronto, la radiación se convirtió en la cura para la sordera, la impotencia, los dolores reumáticos, la discapacidad intelectual, las arrugas y el cáncer. Una pasta de dientes con torio, un elemento inestable, prometía ser un profiláctico para la gingivitis que “pule suavemente el esmalte dental [...] y previene las caries”. También se vendieron gotas de ojos radioactivas que decían “remover cualquier catarata sin lastimar el ojo” y ceniceros radiados que absorbían cualquier propiedad negativa del cigarro. Dosis bajas de radiación podían encontrarse en juguetes para niños, en cremas antiedad, en hogazas de pan y en la ropa interior de las clases acomodadas. El *Radioendocrinator* era una placa que contenía metales radioactivos y debía colocarse dentro de los calzones, a la altura del escroto, para mejorar la energía sexual de los varones. En esa misma línea se vendía un aceite radiado que el paciente utilizaba para masajear sus genitales con la finalidad de estimularlos y darles firmeza. El mensaje publicitario aseguraba que “poco después de empezar a usar este producto notarás que tus genitales toman una apariencia rosada y saludable. Muchos hombres han reportado que sus tejidos se inflaman, volviéndose rollizos, al usar Ma-

gik Massage. Desde la primera aplicación notarás su efecto cálido y estimulante”. Lo que no sabían quienes se dejaban engañar por este aceite es que estaban leyendo la descripción de una quemadura.

La más infame de estas curas fue el Radithor, una sustancia que contenía por lo menos un microcurio de isótopos de uranio. William J. A. Bailey, un estafador que se hacía pasar por médico, patentó el supuesto elixir en 1918 y en el curso de las siguientes dos décadas se volvió rico gracias a él. Su mejor promotor fue Eben Byers, un socialité estadounidense que comenzó a usarlo devotamente en 1927 para aliviar una lesión crónica en un brazo. En lugar de acatar la cantidad recomendada de un frasco al día, Byers comenzó a tomar varias dosis diarias. Tres años después de comenzar su tratamiento, y tras ingerir alrededor de mil cuatrocientas dosis de Radithor, Byers había perdido peso y tenía dolores crónicos de cabeza. Empezó a perder los dientes, tuvieron que remover parte de su mandíbula y murió al poco tiempo, víctima de múltiples tumores generados por la terapia. Su cuerpo era tan radiactivo que tuvo que ser enterrado en un ataúd de plomo y, cuando lo desenterraron en 1965 para estudiarlo, seguía siendo tóxico.

Si bien todas estas supercherías comenzaron a ser cuestionadas en 1915, la muerte de alguien famoso como Byers cambió la opinión pública respecto a esos tratamientos, que poco después empezaron a ser ilegales. Por fortuna, muchos de ellos resultaron estafas no parciales sino totales, pues no contenían materiales radioactivos, y aquellos que en efecto cumplían sus promesas se vendían a precios casi prohibitivos. Esta combinación salvó incontables vidas.

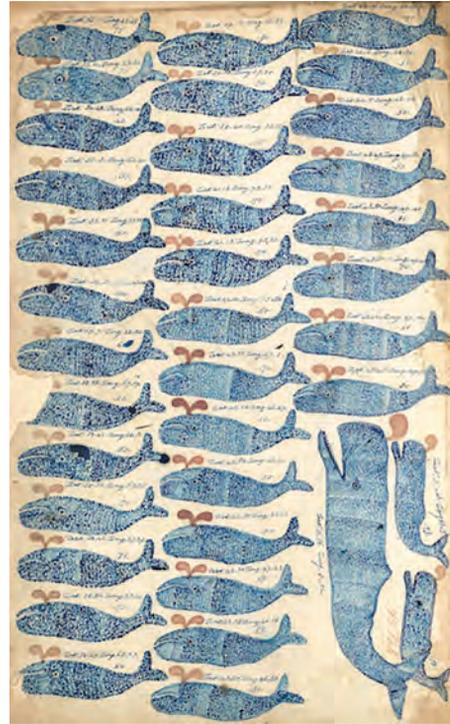
² M. A. Buchholz, CHP, y M. Cerver, *Radium Historical Items Catalog* (reporte final preparado para la Comisión Reguladora Nuclear de Estados Unidos), Oak Ridge Institute for Science and Education, Oak Ridge, Tennessee, agosto de 2008. Disponible en www.nrc.gov/docs/ML1008/ML100840118.pdf.

Sin embargo, mientras los estafadores comerciaban con sus nocivos milagros fosforescentes, también se llevaban a cabo investigaciones cuidadosas en torno al potencial benéfico de la radiación. En 1934 Henri Coutard desarrolló el método en el cual se basan los tratamientos actuales con radiación. Hoy en día, está de sobra comprobado su potencial curativo. “En la dosis está el veneno”, afirmó Paracelso enfrentado a esa aparente paradoja. O, en palabras de mi bisabuela Juana, “poco veneno no mata”.

La realidad rara vez se acopla a nuestras insistentes dicotomías. En lo que respecta a la radiación, vale la pena recordar el concepto griego de *fármakon* y el término chino *du* (毒). Ambas palabras albergan significados opuestos; describen, a la vez, la potencia curativa y letal de una sustancia. La cura y el veneno, nos plantean ambos conceptos, son una misma cosa.

A pesar de que hace más de un siglo se constató que ciertos tratamientos con radioactividad no solo son peligrosos sino letales, me sorprendió encontrar una página en internet que aún promociona tratamientos con radón.³ Ubicada en Alemania y abierta desde 1912, una clínica en Bad Kreuznach promete un remedio al reumatismo que no puede encontrarse en ningún otro sitio de Europa. Su estructura arquitectónica es peculiar: se trata de un túnel combado y largo cuyas paredes redondeadas se mantienen en su sitio gracias a un costillar metálico de vigas rojas. En la foto, los pacientes miran a la cámara con media sonrisa, sedentes y satisfechos. Descansan sobre unos cómodos camastros que me remiten de inmediato a aquellos en los que el protagonis-

³ “Alleviating pain: inhalation sessions in the radon tunnel”, sitio web turístico de Bad Kreuznach. Disponible en bit.ly/49xNcbi.



Thomas R. Bloomfield, dibujos de ballenas en la bitácora del barco Indian Chief, 1842-1844. ©

ta de *La montaña mágica* convalecía durante largas horas bajo el glacial viento alpino. Las piedras que circundan el túnel, mantenidas en su sitio por ese esqueleto de metal, son de pórfido, una roca ígnea que secreta gas de radón. La forma abombada de la cueva y el costillar de vigas me recuerdan el interior de una ballena. Además, tanto las ballenas de Edén como las rocas ígneas de Bad Kreuznach aseguran curar el mismo mal: el reumatismo. Dentro del vientre de la montaña, estos Jonases rubicundos respiran sin prisa su dosis diaria de toxinas. Quizá todos tenemos nuestras propias versiones de ballenas en descomposición y hemos recibido alguno de estos tratamientos. Devotos del magnetismo o de terapias cuánticas, ávidos de milagros, con una fe que crece a pesar de nosotros cuerpo adentro, nos insertamos seguros y hasta sonrientes en las supurantes vísceras de la bestia en busca de la cura y el veneno. **U**

EL RELOJ HA COMENZADO A CORRER EN CONTRA DE MILEI

Hugo Alconada Mon

Líder surgido de una crisis u otro síntoma de la misma crisis. Visionario o suertudo. Decidido u obtuso. En un país habituado a las confrontaciones, Javier Milei llevó la polarización al paroxismo y ganó la presidencia. Ahora, con 53 años, afronta su primera experiencia en la función pública y el mayor desafío de su vida: liderar la Argentina. ¿Podrá hacerlo?

Presentemos a Milei en sociedad: soltero, sin hijos, economista de profesión, libertario de vocación, fanático del fútbol y de los Rolling Stones, hijo de padres golpeadores con los que no se habló durante años. Era un ciudadano más, poco conocido en la academia —donde acumuló denuncias de plagio— y sin trayectoria política. De tanto en tanto llamaba la atención por tres motivos: su cabellera despeinada, un temperamento explosivo y la devoción por un perro al que llama su hijo. Sin embargo, el Loco —como le dicen desde sus tiempos en el colegio— llegó a la cúspide del poder.

¿Qué ocurrió? Como decimos por estas tierras, “pasaron cosas”. Se alinearon los planetas o se sucedieron las siete plagas de Egipto, según lo interpreten partidarios o detractores: una crisis económica que azota al país desde hace diez años y que ha combinado el estancamiento con una inflación del 238% durante los últimos doce meses, pobreza y desempleos crecientes, la pandemia global, la crisis de los partidos políticos tradicionales, el auge de las redes sociales y el hartazgo de

Javier Milei, candidato presidencial, 2021.
◀ Fotografía de Milton2020. ©

millones de personas hacia un Estado que funciona en el papel, pero fantasma en los hechos.

En ese contexto, Milei fue una semilla en campo fértil. Creció, creció y creció. Primero como *celebrity* de televisión —en *shows* en los que hablaba sobre economía, pero donde también llegó a bailar y perorar sobre sexo tántrico y tríos—; luego como candidato *outsider* a legislador; y, ya en 2023, representando la oportunidad de echar a una dirigencia política que habla demasiado y concreta poquísimo. Sus diatribas contra la “casta” de “parásitos” y “ladrones” resonaron en el electorado. Como dice el antropólogo Pablo Semán, uno de los académicos que más ha investigado el fenómeno libertario en la Argentina durante los años recientes, Milei fue “el grito que estaba en el corazón de muchos”. Así se convirtió en la voz de millones de votantes. “Él ha sufrido la minimización, el ninguneo, el *bullying*”, recordó Semán en una entrevista que concedió a *La Nación*, “y ofreció la posibilidad de identificarse con él a todo aquel que ha sufrido algo similar, justo cuando retrocedía el antiguo régimen”.

Y vaya que muchos se identificaron con él. El 19 de noviembre, Milei derrotó en el balotaje al candidato oficialista, Sergio Massa, con el 56% de los votos y tres semanas después —el 10 de diciembre— asumió la Presidencia. Entonces comenzó el verdadero baile. Todavía no ha superado el plazo de las nueve semanas y media de Kim Basinger y Mickey Rourke, pero ya acumula logros y traspies a granel, mientras lo sobrevuela una pregunta: ¿logrará completar sus cuatro años de mandato o sumirá a la Argentina en una crisis similar a la de fines de 2001?¹ La pregunta es incómoda.

¹ N. de los E.: Se refiere a la profunda crisis económica que devaluó la moneda argentina en 400% y provocó protestas

En un país donde la política se debatía entre el peronismo —con Cristina Fernández de Kirchner a la cabeza— y la coalición Juntos por el Cambio —que incluye a la Propuesta Republicana de Mauricio Macri y a la Unión Cívica Radical del extinto Raúl Alfonsín—, Milei se lanzó a lo que llamó una “batalla cultural”. Se abocó a defender las libertades individuales y la meritocracia, a criticar el estatismo y lo que caracterizó como una ofensiva “comunista” que abarca desde las cuestiones de género o la lucha contra el cambio climático hasta al presidente colombiano Gustavo Petro y los programas de cualquier Estado de bienestar.

Así llegó el Loco a la Casa Rosada. Usó su discurso inaugural, de espaldas al Congreso, para mostrar una radiografía impiadosa de la situación económica, financiera, laboral, tributaria, previsional y social del país. La sintetizó con tres palabras que calaron hondo en los ciudadanos: “No hay plata”. Es decir, que la Argentina está quebrada, no tenemos quién nos preste en el extranjero —ni el FMI ni Wall Street— y ya raspamos el fondo de la olla local; no hay nada que nos permita demorar las reformas que hemos pospuesto demasiado tiempo.

A veces los discursos dicen mucho más de lo que aparentan. En su exposición inaugural, Milei citó a Jesús Huerta de Soto, un economista español que afirma que “Dios es libertario”, que Jesús jamás pagó impuestos —y tendríamos que imitarlo— y que “el Estado es la encarnación del Maligno”, por lo que debemos desmantelarlo para basar nuestra convivencia civil en la cooperación voluntaria y “el orden espontáneo de Dios”.

multitudinarias y cuarenta muertos. En poco más de un año, entre renuncias e interinatos, el país cambió cuatro veces de presidente.

Llegó al poder demonizando a la "casta política", aunque la necesita para aprobar las reformas que considera urgentes.

Con semejante visión teórica, Milei impulsó un alud de reformas de tinte refundacional mediante un decreto "de necesidad y urgencia" y un megaproyecto de ley que, como era de esperarse, cosecharon un aluvión de apoyos y críticas. Existe una dificultad adicional: sin experiencia política y como líder de la nueva coalición La Libertad Avanza, el libertario asumió la presidencia sin un equipo para gobernar ni legisladores para aprobar sus propuestas en el Congreso. ¿Qué se puede esperar? Tanto la gestión ejecutiva como el debate legislativo acumulan dosis inquietantes de torpeza, inacción e ingenuidad: un cóctel que puede tornarse peligroso, si no mortal, para sus propios objetivos.

El megaproyecto de ley que envió al Congreso tenía 664 artículos, pero el presidente apenas cuenta con 37 de 257 diputados. Su iniciativa se redujo a 365 artículos al cabo de un mes de discusión parlamentaria y solo retuvo tres de sus elementos centrales —desregulaciones, privatizaciones y delegación de facultades—, antes de que el pleno de la Cámara de Diputados la devolviera a la casilla de inicio. Dicho de otro modo, los legisladores demolieron el megaproyecto sin que fuera necesario emitir un certificado de defunción. Mientras esto ocurría, los legisladores de Milei —muchos de ellos novatos en el Congreso y en la política— se tomaban *selfies*.

Milei enfrenta, ahora, una encrucijada. Llegó al poder demonizando a la "casta política", aunque la necesita para aprobar las reformas que considera urgentes. Pero si negocia con los políticos de siempre, puede que sus votantes lo vean como "más de lo mismo". Además, en

términos de temperamento, el libertario muestra una notable tendencia a la rigidez, al todo o nada, a analizar cualquier asunto en términos dicotómicos. Como dice Emilio Monzó, uno de los líderes del Congreso que intentó consensuar con los libertarios y cosechó agravios de Milei en Twitter, el presidente "tiene reacciones de adolescencia tardía".

Parece una exageración, pero no lo es. El libertario tiene como referentes a Donald Trump, Jair Bolsonaro, Nayib Bukele y Elon Musk. A principios de enero, viajó a Suiza para participar en el Foro Económico Mundial, donde menospreció a la élite que debía seducir. Dijo en su discurso que "Occidente está en peligro" y que el evento mismo de Davos estaba "contaminado por el socialismo", además de negar el rol de la humanidad en el cambio climático, levantando resistencias y suspicacias entre aquellos a los que, en teoría, quería pedirles inversiones.

El Loco está convencido de sus ideas, que rozan el mesianismo. Sostiene que Dios le asignó una misión y que conoció a su amado perro Conan hace dos milenios en el Coliseo romano, según le confesó a una docena de personas. Él era un gladiador y su perro un león, aunque no llegaron a pelear porque el Uno —como el ahora presidente alude a Dios— les comunicó que unirían fuerzas cuando llegara el momento indicado. El momento llegó en la Argentina de estos días.

En público, Milei evita ahondar en la senda mística. "A mí me han pasado cosas muy fuertes que exceden toda explicación científica", fue lo máximo que respondió cuando le preguntaron en televisión por qué creía en Dios si su existencia es improbable. Él está convencido de que el Uno le habla, aunque a veces recurra a las dotes tarotistas de su hermana



Lanzamiento de campaña de La Libertad Avanza, 7 de agosto de 2021. La Libertad Avanza ©

Karina —otrota vendedora de pasteles por Instagram y hoy secretaria general de la Presidencia— para evaluar en quién puede confiar, o a la veterinaria Celia Melamed para conversar con sus perros, algo que no confirmó ni desmintió en una entrevista con el diario *El País*. “Lo que yo haga puertas adentro de mi casa es problema mío”, zanjó.

Conan, cabe aclarar, murió hace años, pero Milei habló en presente de ese perro muerto durante mucho tiempo como si hubiera estado vivo, y lo definió como su hijo. Hay más: lo clonó en Estados Unidos y un día apareció con cuatro cachorros, a los que llama “nietos” y a quienes les puso nombres de economistas. Los mastines ingleses Milton (Friedman), Murray (Rothbard) y Robert y Lucas (Robert Lucas).

Por ahora, Milei cuenta con una ventaja relativa. Su triunfo sumió al peronismo en una crisis de liderazgo y llevó a Juntos por el Cambio a su virtual implosión. Sin embargo, es cuestión de tiempo para que surjan nuevos referentes y los argentinos dejen de criticar al gobierno que salió del poder y comiencen a

exigir resultados en la lucha contra la inflación, la pobreza, la desigualdad, la inseguridad y tantas otras falencias. Mientras tanto, la inflación supera el 20% mensual. “Preveamos que los próximos meses serán muy complejos al respecto”, alerta el informe más reciente de Equilibra, una de las consultoras más respetadas del país.

Por lo pronto, decenas de miles se volcaron a las calles en rechazo a las reformas que promueve el gobierno libertario. Las centrales obreras concretaron su primer paro general tras cuatro años de silencio vergonzoso ante los gobiernos de Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner. Las encuestas todavía le sonríen al Loco, quien no descarta convocar un plebiscito para que los argentinos expresen si apoyan o rechazan sus propuestas. El protagonista de los próximos años es peculiar: Milei tiene poco que perder, juega siempre a pleno y, a menudo, sin fichas. Hoy está ante la oportunidad de su vida. Todo esto puede ser muy eficaz para tomar decisiones o muy peligroso. El reloj ha comenzado a correr. **U**

UN UMBRAL DE LA DANZA EN MÉXICO

Renata García Rivera



Suena la Sinfonía número 8 de Schubert. El público espera a que se abra el telón, pintado por José Clemente Orozco, en el Palacio de Bellas Artes. El año es 1943. La Orquesta Sinfónica Nacional inunda el recinto y, desde la oscuridad, surge la estrella de la danza mexicana vestida de blanco: Gloria Campobello. Es la transformación del cuerpo en ave, el desplazamiento de lo inasible, una mujer sostenida por la raíz mínima de las puntas de sus zapatillas.

Protagoniza la historia de una niña que despierta de la infancia a la juventud. En su camino, encuentra al Amor, la Vanidad, el Egoísmo, la Hipocresía, el Odio y, finalmente, el Dolor. La pieza coreográfica, titulada *Umbral* y creada por ella en colaboración con Orozco, fue aplaudida por la crítica y descrita como “un golpe violento de modernidad”. La ocasión era el estreno del Ballet de la Ciudad de México, creado por Nellie y Gloria Campobello con el apoyo de Miguel Alemán, Martín Luis Guzmán y Orozco. En los años siguientes, la intérprete principal de todas las temporadas del ballet fue Gloria, reconocida como la *prima ballerina* en México.

Cuando tenía catorce años, la artista descubrió su camino a través del derrumbe minucioso y exacto del espíritu de Anna Pávlova en el escenario. Entonces decidió que conduciría su vida por los trazos del cuerpo. Su hermana se unió al propósito y juntas comenzaron su carrera en la danza. Fueron alumnas de Carmen Galé y de las hermanas Costa; mejoraron su técnica con los

Retrato de Gloria Campobello por Gilberto Martínez Solares, 1932. Cortesía Museo del Estanquillo

bailarines polacos Carol Adamchevsky y Stanislava Potapovich, y tomaron clase en la escuela de Lettie Carroll, quien las hizo debutar frente a un público en 1927. Gloria se distinguió desde el principio por su brillo insólito. Ella y su hermana formaron una pareja dancística donde Nellie interpretaba al varón. Juntas recorrieron distintos estados y comunidades del territorio mexicano con un espectáculo que los testigos describían como fascinante y prometedor.

La Revolución mexicana había desestabilizado la cultura de la nación. En los años veinte y treinta, la búsqueda de una identidad nacional bulló en el arte y en la reformulación de los valores estéticos. El gobierno de José Vasconcelos impulsó las Misiones Culturales, cuyo fin era cohesionar a la sociedad a través del arte, la cultura y la educación. Las hermanas Campobello participaron en ellas, y a través de las Misiones entraron en contacto con expresiones dancísticas que se convirtieron en parte fundamental de su carrera.

En 1931 el bailarín de origen ruso Hipólito Zybin propuso la primera iniciativa de una escuela oficial de danza: la Escuela de Plástica Dinámica, cuya sede era un salón del edificio de la Secretaría de Educación Pública, donde las hermanas Campobello enseñaban bailes mexicanos. Ese mismo año juntas crearon el *Ballet de masas 30-30*, una pieza coreográfica donde participaron cientos de bailarinas. Nellie, vestida de rojo y descalza, con una antorcha en la mano, levantaba a las otras mujeres de su sueño, cubiertas cada una por su propia falda. Sus manos sostenían auténticos rifles. Se trataba de una representación poética de la revolución. La obra tuvo múltiples funciones a las que acudió un público sin precedentes. Se presentó en el Estadio Nacional, en el Palacio

de Bellas Artes y en regiones lejanas a la Ciudad de México. Pero el proyecto de la Escuela de Plástica Dinámica no funcionó. Sin embargo, en 1932 las hermanas Campobello lo retomaron con el apoyo de artistas como Diego Rivera, Julio Castellanos, Roberto Montenegro, Carlos Chávez y, por supuesto, Orozco, quien desde joven estuvo interesado en la danza. Con el tiempo, él y Gloria desarrollarían una relación amorosa. En un momento en el que solo se podía obtener formación a través de las escuelas extranjeras, surgió la Escuela Nacional de Danza, que formó a casi todos los bailarines pioneros en México. Poco tiempo después de su fundación, cambiaron su sede al Palacio de Bellas Artes.

Las alumnas de Gloria recuerdan el cuarto piso: salones gigantescos, reflejos en lugar de muros, pasillos largos, mármoles de Carrara, un espectáculo olfativo de madera, escaleras estrechas, formas de caracol en lugares inesperados, el agua de la regadera blanca sobre el sudor, las vetas del suelo, tantos espejos rodeados de luz, pianos en todas partes, focos que parecían animales luminiscentes, zapatillas extraviadas y la cortina de cristales que mostraba el Popocatepetl y el Iztaccihuatl. Recuerdan a Gloria con su traje de tehuana y sus medias. Guiaba a sus alumnas mediante el orden y la pasión. Más tarde describirían su mirada "transparente, como siguiendo un camino lejano que solo ella conocía". Su mano izquierda sostenía casi siempre un cigarrillo.

En 1940 las hermanas Campobello publicaron *Ritmos indígenas de México*, un libro desarrollado a partir del estudio de todos los ritmos del territorio. Les interesaba investigar las danzas indígenas que no tenían influencia española, pues consideraban que no eran conocidas y valoradas lo suficiente, y crítica-

ban a los extranjeros que concebían dichas danzas desde el exotismo, sin percatarse de su profundidad. Deseaban penetrar en el origen de su arte para lograr un acercamiento sensible y hondo: “¿Dónde acaba la verdad y empieza la leyenda? [...] Este fin es bien distinto de lo que muchas personas enamoradas de la leyenda folclórica podrían esperar. Nos concre-

En su tercera temporada, el Ballet recibió como invitados a la bailarina británica Alicia Markova y al coreógrafo y bailarín Anton Dolin —a principios de los años cuarenta, Gloria le había traducido del inglés al español *Diversissement*, un libro donde él mismo relata sus impresiones cuando conoció al bailarín ruso Nijinsky—. Esa vez Gloria bailó junto con ellos.

En aquel tiempo no hubo forma de capturar los movimientos de la danza de Gloria, la textura de sus gestos, el trazo de sus manos.

tamos a recoger los movimientos corporales plásticos, en su valor técnico y en su perfil local”, expresaron las hermanas en el prólogo. En 1942 fundaron su propia compañía, el Ballet de la Ciudad de México. La orientación de la danza era nacionalista, pero los valores estéticos del ámbito cultural cambiaron y comenzó una búsqueda por consolidar una danza clásica “internacional”. Las más memorables coreografías de Gloria en una primera etapa fueron *Cinco pasos de danza*, inspirada en la danza de los concheros; *La danza de los Malinches*, que retomaba algunos pasos de un baile ritual del pueblo huave; y *La virgen y las fieras*, inspirada en la danza ritual otomí de la Huasteca hidalguense. De la segunda época destacan *Evocación*, homenaje a la máxima figura del ballet romántico, Marie Taglioni; *Las sílfides*, a partir de la obra del coreógrafo ruso Michel Fokine, con música de Chopin y escenografía de Julio Castellanos; *Alameda 1900*, con escenografía de Castellanos; *Pausa*, con música de Beethoven y escenografía de Orozco y, la preferida de muchos, *Umbral*. Además, firmó con Nellie las coreografías de *Ballet 30-30*, *Barricada*, *Clarín*, *Biniguendas de plata* y *Tierra*, entre muchas más.

Al regresar a Nueva York, Dolin habló a la prensa sobre la magnífica bailarina que era Gloria, quien poseía “una excelente figura, un sentido dramático muy profundo y una gran sensibilidad artística”.

La *niña de oro*, como algunos solían llamarle, nació el 21 de octubre de 1911 y creció junto a su media hermana en el paisaje montañoso de Hidalgo del Parral. Vivían en la 2da Calle del Rayo, sus nombres eran Soledad (Gloria) y Francisca (Nellie). Solo contaban con el apellido de su madre, Rafaela Luna. Fue idea de Francisca cambiar sus nombres a Gloria y Nellie; después adoptaron el apellido de su padrastro, Campbell, y lo castellanizaron. Gloria siguió a su hermana a la Ciudad de México e hicieron su proyecto de vida juntas. Nellie dirigía los pasos de ambas y se encargaba de dar dimensión pública a sus carreras; Gloria sostenía el ritmo a través de la danza y su vocación por la docencia. La astucia y la inteligencia de las hermanas las llevaron no solo a sobrevivir en el medio artístico, sino a trascender en un mundo casi exclusivo de hombres.

A Gloria no le gustaban las entrevistas y aunque existen pocos registros de sus palabras, alguna vez habló de la relación con su

hermana: "Mi historia está ligada íntimamente con la de Nellie, somos hermanas en la sangre y en el arte". La presencia de Gloria también fue fundamental para la historia de Nellie, su desarrollo como artista y su trascendencia en la cultura mexicana.

Al final de su vida, Gloria cayó en una depresión profunda causada por el fallecimiento de Orozco. Se conocieron en los años treinta, en una reunión organizada por la periodista Alma Reed. Comenzaron a hacer trabajo creativo juntos y se volvieron amantes. Gloria tenía un baúl lleno de cartas de Orozco, pero solo conocemos las últimas tres, que él le envió después de su ruptura, justo antes de morir, donde expresa su gran amor y admiración por ella y le pide que vuelva con él. Conocemos también un apunte suyo trazado en papel que recreaba un dibujo que hizo Gloria en el aire.

Nellie, para ayudarla a salir de su dolor, organizó una función de ballet y el 17 de diciembre de 1949 Gloria apareció en escena una sola vez para interpretar *Umbral*. A petición de su hermana continuó dando clases, pero no volvió a ser la misma. La última pieza que bailó en público, en 1958, fue otra vez la que había creado con Orozco. Diez años después falleció de cáncer.

La historia de Gloria Campobello ha permanecido detrás del telón. La figura de Nellie, aunque olvidada también durante un tiempo, fue avasalladora por distintas razones: su vida pública, el manejo de su propio personaje y la naturaleza del registro de su expresión artística: la escritura permanece. En aquel tiempo no hubo forma de capturar los movimientos de la danza de Gloria, la textura de sus gestos, el trazo de sus manos, los ángulos de la dimensión plástica de su cuerpo, la inclinación de sus brazos, la trayectoria de sus piernas, la

intención entre sus pies y el cielo. Solo conocemos su desempeño como bailarina a través de testimonios y registros fotográficos donde aparecen destellos de su figura contrastada por la luz.

Por fortuna, podemos imaginarla y vislumbrar sobre las hermanas aquello que solo se encuentra a través de la poesía. A propósito, Nellie escribió: "Vamos al campo/ hermana/ brincaremos/ los arroyos/ nos burlaremos/ de las peñas/ saltando por encima/ de ellas/ Llegaremos al cerro/ al más alto y orgulloso/ allí nos detendremos/ triunfantes/ plenas de luz/ riéndonos de todo/ como dos soberbias/ y mirándoles en la/ cara pediremos/ perdón a las estrellas". **U**



Gloria como china poblana y Nellie de charro, 1930. Cortesía Museo del Estanquillo

¡BARATOBARATO BARATOBARATO!

Carlos Acuña

Tiene tres semanas en el negocio pero ya se dio color: nació para estar sentado allí, en su silla alta, un trono de fierro que lo eleva por encima de la multitud que va o viene con sus mantas y yutes a cuestras aún vacíos a esta hora. Desde arriba es capaz de distinguir más fácil cuando una o dos miradas se clavan en las montañas de ropa que se apilan a sus espaldas, cuándo es el mejor momento para soltar el grito y dejar que sus palabras se entrelacen con la cadencia más chilanga que le salga del pecho:

¡Acá está la chuleta
en oferta
en cuarenta,
mi genteeeee!

Se llama Emilio pero le dicen Méndez y lo suyo es el estilacho: tirar rostro, tirar verbo. Porta gafa oscura, un hoodie estampado con pequeñas hojas de marihuana y una gorra *trucker* que en unas horas lo protegerá del sol bárbaro del oriente de la capital. Detrás de él se apilan blusas y vestidos, amiga, ya le echaste ojo, *jeans*, camisetas, échale mano, que no te compromete a nada, bermudas, tops, *joggers*, chécale, trae etiqueta, chalecos, chaquetas, chamarras, no está roto, no está usado, pura calidad.

LA PURA ESPECIAL

\$150

SIN CAMBIOS

Mercado El Salado, febrero de 2024.
◀ Fotografía de Alejandro Martínez Gatica



Son las ocho de la mañana en El Salado: una fila de varios kilómetros de lonas rojas debajo de las cuales se exhiben a ras de piso juguetes, impresoras, ollas, lavadoras, autopartes, armas y municiones —es común que la Secretaría de Seguridad Ciudadana o la Guardia Nacional efectúen operativos para decomisar productos prohibidos como celulares robados, medicamentos, licores, tanques de gas, fusiles de asalto o pistolas—. La cháchara enormísima que otros han desechado aquí se transmite en hallazgos inauditos. Desde historietas de los años ochenta hasta gatos hidráulicos, autoestéreos, medallas militares, *furbies* fosforescentes empolvados, *walkie talkies*, llévele, barato, cuánto da.

Pero si algo se desborda en El Salado son las pacas: bultos enormes (del tamaño de una o dos personas) donde se apretujan la ropa y los accesorios usados o nuevos pero descartados como saldos por las grandes marcas, o abandonados porque cambió la temporada, o enviados a toneladas como donación al tercer mundo después de alguna catástrofe natural y que ahora esperan ser adquiridos por una décima parte de su precio al público.

CUAL CRISIS
\$10.⁰⁰
Bienvenidos
a su BOUTIQUE
Cuidado con el
"Paquero"

—Es la pura novedad esto de ser paquero —me dice Méndez, quien apenas hace un mes trabajaba en una tortillería y le parecía la onda más aburrida del mundo—. Yo nunca había sabido de un trabajo así, ¿ves, carnal?, así tan mágico. El ambiente de un tianguis es algo dig-

no de ver, de aprender: las palabras que se usan acá, empaparse de toda esta jerga, todo lo singular de este sitio. A mí como lo que me gusta es el *hip-hop*, improvisar, trato de que mi vida sea una rima infinita, ¿ves?, y pues este jale me viene de perlas.

A veces Méndez toma una camisa y, como si fuera un capote rojo, comienza a torear a los marchantes, mientras les invita a revisar su mercancía. "Es como un *show*, hermano, un *show*", me dice con la sonrisa cábula impresa en su fachada.

—Uno comienza ganando unos quinientos pesos al día como chalán y de ahí, mira, hacia el cielo. No está nada mal: hoy es miércoles, ¿no? Pues hoy es aquí en el Salado pero el fin de semana estamos en el tianguis de las Torres y después en Mixiuhca. Y si tú le echas flor, loco, sí te andas sacando un buen billete.

Cuando el tianguis comienza a levantarse y los perros corren de un lado a otro persiguiendo el polvo, Méndez fantasea con su incipiente carrera. Hasta ahora no ha querido lanzar oficialmente ninguna de sus canciones. Está esperando un mejor momento, y eso puede tardar pues él sabe que "su tiro es con las estrellas". Sí sería chuleta que un día en todos los puestos de pacas sonaran sus rimas, ríe, que los paqueros las gritaran bien alto como hace él ahora mismo:

¡Pásele a la paca
más berraca,
si le rasca
oro saca,
pase, flaca,
páseleeeee!

Más de la mitad de los mexicanos trabaja en el sector informal. De acuerdo con el Inegi, en

¡Qué bárbaro, qué barato! ¡Órale, métale mano que la paca no muerde, güerita! ¡Y si la muerde no se preocupe que va vacunada!

2022 la economía informal aportó 24.4% del producto interno bruto del país. Este sector se desarrolla al margen del Estado y su recaudación tributaria, pero solo en apariencia: en realidad sí existen leyes para normar el comercio callejero que contemplan varios tipos de trámites, aunque en los hechos todo funciona bajo acuerdos con los políticos en turno. Así que nunca falta el policía, la líder comerciante o el funcionario listo para cobrar una cuota que rara vez termina en las arcas públicas.

Como sea, de los más de 5 700 millones que produjo la economía informal en el segundo trimestre de 2023, más o menos cuatro de cada diez pesos se generaron en el comercio al por menor. Según la Secretaría de Desarrollo Económico, solo en la capital mexicana operan unos 1 447 tianguis donde se emplean más de cien mil personas.

El Salado es uno de los trescientos sesenta tianguis que se instalan en distintos días y diferentes colonias de la alcaldía Iztapalapa. El doctor en ciencias sociales José Luis Gayosso Ramírez, de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, afirmó en un artículo de 2011 que en El Salado se reunían hasta doce mil comerciantes agrupados en seis organizaciones.¹ Hoy deben ser muchísimos más.

Hay que instalar los puestos varias horas antes de que salga el sol. Los sujetos más fornidos entierran a puro golpe de marro varias estacas en el pavimento; ahí amarran las cuerdas

y los mecates para tensar las lonas que luego levantan asegurándolas a la camioneta de mudanzas donde transportan sus productos, a un árbol o a cualquier poste de luz que esté a la mano. Ya armado el toldo deben preparar “la tabla”: una tarima improvisada sobre doce o quince botes o cubetas donde depositarán, uno a uno, esos míticos fardos todavía envueltos y anudados: las pacas saciadas de sí mismas. Cuando la tabla está lista, un paquero, casi siempre varón, se trepa en ella, se coloca al centro y, rodeado de ropa, hace deregonero y vigilante de la mercancía.

Quienes compran suelen ser mujeres: jóvenes y señoras que acuden para ahorrarse unos pesos o que a su vez revenden la mercancía. Hay compradoras que reservan su propia paca a cambio de cierto monto de dinero: eligen al azar alguno de los bultos con el compromiso de llevarse al menos unas quince, veinte, treinta piezas. Así tienen el privilegio de seleccionar las prendas en mejor estado, las de marca (que revenderán a buen precio) o las más curiosas. El resto se apresura a esculcar aquel montón de tela apenas se desanuda el paquete, a revisar con minucia las costuras y las etiquetas.

—¡Se abre y se arrebatá! ¡Se abre y se arrebatá! —gritan los paqueros desde el centro de la tabla—. ¡Baratobaratobaratobaratá! ¡Muévale, pero arrejújele, mujer! ¡Pura calidá, pura calidá de este ladoooo, pásele! ¡Aquí encuentra vestido, medias y marido, reina! ¡Acá está la bola, acá está lo bueno! ¡Desde un pantalón ancho hasta un buen sancho! ¡Vea, vea, vea, vea, vea, vea! ¡Se remata, se malbarata, se arrebatá, no lo dude! ¡Desde un rebozo hasta un esposo, jefa! ¡Qué bárbaro, qué barato! ¡Qué bárbaro, qué barato! ¡Órale, métale mano que la paca no muerde, güerita! ¡Y si la muerde no se preocupe que va vacunada!

¹ J. L. Ramírez, “Control corporativo y autocontrol relativo en los tianguistas de Iztapalapa de la Ciudad de México: el caso de los comerciantes de El Salado”, *Academia*, s. f., pp. 1-27.

Hace unos años Hazael Cedeño vio las célebres fotografías del desierto de Atacama, en Chile, inundado por 39 mil toneladas de ropa enviadas como desecho desde todos los continentes: asomarse al vertedero textil más grande del mundo y ver cómo las prendas, aún con etiquetas, se apilaban hasta el horizonte le provocó una angustiada sensación de absurdo.

—Existe y se fabrica demasiada ropa —dice—. No hay suficiente gente para vestir todo lo que la industria fabrica.

Las cifras han generado escándalo: de acuerdo con información del Congreso de la Moda de Copenhague, esta industria desperdicia 92 millones de toneladas de textiles al año, sin mencionar la contaminación que provoca su manufactura.

Fue hace unos años que Hazael comenzó a frecuentar los tianguis de paca con disciplina y constancia. La pandemia lo había dejado sin trabajo. Se formó como sociólogo en la UNAM, pero trabajaba en una consultora de *software* haciendo estudios de mercado. Hizo de su desempleo una oportunidad: la fiebre de nenis, bazares y mercaditas feministas que vendían productos por internet lo había contagiado y quiso probar suerte.

—Lo que más me sorprendió es que funcionó en lo económico —explica—. Lo veo también como una manera de incentivar a la gente a apostar por otra cosa, una especie de antilujo. Lo chido de ir a la paca es que puedes cultivar un estilo basado en tu intuición y en el azar. Quien más rifa allí no es quien posee más dinero sino los que tienen el talento de buscar y conseguir lo necesario para armar su identidad.

Pendleton Wool Shirt

100% seda virgen, parches de piel en los codos.

Condición: 10/10

Talla: L

Precio: \$590

DISPONIBLE

En el ecosistema de Instagram, Hazael se hace llamar @vatoquellora. Durante la pandemia promovía unas diez prendas por semana. Tuvo que investigar algo sobre las marcas, los materiales, los estilos y la procedencia de la ropa que compraba para entender, poco a poco, cómo funciona este negocio.

—Al final, en Instagram se trata de jugar mucho con los agregados simbólicos —expli-



Mercado El Salado, febrero de 2024.
Fotografía de Alejandro Martínez Gatica

ca—. ¿Qué significa eso de llevar ropa de la paca a Instagram? Se trata de desprenderla de cierto imaginario y otorgarle un valor completamente simbólico. Lo único que hago es quitarle eso que a muchos no les parece cool: el trabajo de desplazarse de madrugada, ir a un tianguis calificado como peligroso, hurgar en lo que muchos consideran basura, lavar después cada pieza, tomarle fotos nice, incluso modelarla y después llevártela a alguna estación de metro para entregártela limpia y hermosa.

El mundo de la paca tiene su propio glamur. Con el tiempo @vatoquellora ha tejido amistades y relaciones de confianza en ese universo de paqueros y bazares de Instagram. Pronto descubrió que, además de los clientes habituales que solo buscan vestirse bien sin gastar demasiado la cartera, existe un sector reducido de ávidos cazadores de rarezas: gente que busca cachuchas de ciertas marcas, *t-shirts* con estampados clásicos, trapos *vintage* en buen estado.

Si un día tiene la suerte de encontrar, por ejemplo, una playera noventera de la marca *Fruit of the Loom* con etiqueta negra o una *Liquid Blue* de estampado estrambótico, él sabe de ciertos coleccionistas fritos que pagarán un precio exagerado por dichas joyas. Ejemplares antiguos de la marca inglesa *Carhartt*, que solía manufacturar ropa para trabajo rudo, se cotizan alto en el mercado internacional e incluso son más caros si tienen marcas de uso.

—Yo estoy escribiendo mi tesis sobre esto, pero desde el punto de vista de la música: en la electrónica, en el *hip-hop*, en varios géneros ligados en sus orígenes a las clases populares, hacen este uso de la música y la reciclan: la samplean o la mezclan para crear nuevos sonidos y cuestionan muy fuerte, a veces sin querer, todo el asunto de la propiedad intelectual.

Este es el mismo principio: es el remix, aplicado a la moda.

La palabra *cháchara* deriva del italiano, *chiacchiera*, un término que define la charla banal y sin propósito. Pienso en ello ahora que pregunto por el precio de un pantalón a un líder paquero que tiene a su resguardo unas seis tablas repletas de ropa nueva. Está sentado junto a su camioneta, recibiendo y contando el dinero de la venta.

—Aquí solo se habla pa' vender —responde burlón cuando le digo que soy reportero y quisiera platicar sobre su oficio.

Lo dice para que me vaya pero su respuesta es certera. Las palabras crean plusvalía. Lo saben los tianguistas, los bazares en Instagram y las agencias de publicidad. Antes que ropa se nos vende cuento, labia, guáguara, chisme, verbo: *cháchara*.

Un barullo atraviesa el tianguis: gritos y chiflidos saltan de un puesto a otro detrás de una silueta que intenta escabullirse entre los bultos. Los paqueros corren detrás de él, lo acusan de ladrón. Alguien lo taclea, le llueven patadas, otro salta sobre su cabeza.

—No toleramos a la pinche rata —explica el líder paquero—. Aquí hay suficiente jale como para andar de trácala.

No dice más pero presume sin recato los billetes que, clasificados por denominación, se asoman entre sus dedos como un abanico. Son las ocho de la mañana y falta bastante paca por abrir. Parece un buen día para el negocio. **U**

Jacques Fabien Gautier d'Agoty, ilustración de una sirena, 1758. Wellcome Collection 



CRÍTICA

LA FIGURA DEL MUNDO

JUAN VILLORO

LA HISTORIA DE UN PADRE QUE FUE MAGO Y REVOLUCIONARIO

Emilio Lezama



Random House,
México, 2023

No hay nada más difícil que hablar de un padre, pues se trata, al mismo tiempo, de la figura del mundo y la razón por la cual este se desfigura. Juan Villoro deconstruye el mundo de su papá para intentar construir al ser humano que fue. Así, *La figura del mundo* deshila las historias para tejer con ese material algo que dé sentido a la existencia: un esbozo de realidad construido con muchos cachitos de recuerdos. En la película *El gran pez*, el protagonista está harto de las historias inventadas de su progenitor; su búsqueda consiste en entender quién es realmente ese hombre. Al final de la película el protagonista comprende que la realidad no es unidimensional y que la vida está hecha de contradicciones; fantasía y cotidianidad forman parte de *la realidad*. “Al contar la historia de mi padre es imposible separar hechos de ficciones, al hombre del mito”, sentencia el protagonista.

Así es la vida del Luis Villoro que su hijo retrata en este libro. Fotografías que crean juntas la sensación de una continuidad, de una historia. No todas le resultan coherentes al autor. Al final del libro cita el testimonio del subcomandante Marcos sobre su padre. El líder zapatista cuenta que el filósofo se apareció ante los rebeldes un día, en “la cama de nubes” frente a la que viven en las montañas, queriendo ser uno de ellos. “¿Qué tan verídico es este sugerente retrato?”, se pregunta Juan Villoro; “ciertos detalles pueden considerarse imprecisos, pero la memoria siempre modifica algo”. Juan descubre que su papá no es uno solo y que su vida está llena de contradicciones, de mitos y fantasía, pero también de realidades y cotidianidad. El autor está dispuesto a aceptarlo. No fuerza una imagen única sino que se contenta con narrar varias. Conviven el símbolo y el ser humano; a veces, en la realidad, es más uno que otro y en ocasiones es el espacio entre ambos.

Escribir un libro así no debió ser fácil. Desentrañar al padre y su mito es una forma de matar al personaje volviéndolo persona; hay que estar dispuesto a aceptar la vulnerabilidad, el dolor, el fracaso. No se puede tener miedo de mirar al espejo, pues dibujar al otro es también darse al autorretrato. Con este libro, Juan Villoro sueña a un papá, imagina a un héroe y observa a un filósofo. El resultado es hermoso. *La figura*

del mundo no es un texto sobre un ser humano, es un libro sobre ser humano. Su autor toca las más profundas fibras de la especie con sensibilidad e inteligencia. Al final, más que una biografía, uno tiene la sensación de haber leído un majestuoso y a la vez cálido tratado de filosofía. Como los que su papá escribía tan bien.

En la biografía de Luis Villoro está reflejado el siglo XX mexicano: el exilio español, el nacionalismo posrevolucionario y su necesidad de crear una patria, el marxismo y su idealismo latinoamericano, el cisma del 68, las reformas democratizadoras, el surgimiento del zapatismo, la alternancia partidista y la llegada de un movimiento social de izquierda al poder. Juan Villoro no solo explora la vida de su padre sino la de un país; su búsqueda se convierte también en el empeño de una nación por ser patria. Luis Villoro no solo es papá de Juan, sino uno de los progenitores del México contemporáneo.

México es uno de los pocos países donde pensadores, artistas y escritores juegan un papel fundamental en el acontecer histórico y público, pero sus intelectuales suelen menospreciar su propio rol porque concentran su atención en dos o tres países de Europa occidental que son las otras excepciones del mundo en este sentido. Quizás la herencia del *engagement intellectuel* francés esté más viva en México que en casi cualquier otro lugar del continente. Luis Villoro fue parte de las



Balthazar Klossowski de Rola (Balthus), *La partida de naipes*, 1948.
Museo Nacional Thyssen-Bornemisza

juventudes lombardistas que crearon el PP(S), mentor de la generación del 68, pensador zapatista, consejero de AMLO; fue maestro, filósofo, escritor y padre.

En *La figura del mundo*, Juan Villoro explora ese *engagement* mexicano desde su concepción en la infancia. Lo leo y recuerdo el impacto que tuvo a mis once años de edad la caravana zapatista que llegaba a la Ciudad de México. La infancia es destino, dice Villoro y añade: “la vida se define esencialmente por lo que sucede antes de los doce años”. A Luis se le atravesó la guerra civil, a Juan el 68, y quizás por ello ambos se encontraron en el zapatismo, una continuación de aquello que los había definido en su infancia.

Luis Villoro también fue un hombre de acción. Su vida no es la del filósofo aburrido —a la Kant— que vive siempre en la nube, sino la del hombre que jugó un papel determinante en la democratización del país. Su vida parece haber sido divertida: fue zapatista, un amante bien amado y un padre distraído pero cuidadoso.

El momento más simbólico del libro ocurre al final. Se habla mucho de la dificultad de crecer bajo la sombra de una figura paterna destacada. Esta es una de las raras historias donde papá e hijo logran cosechar su propio árbol y el primero vive para verlo. Juan relata cómo su padre de 91 años rechaza una silla de ruedas y sube caminando las escaleras para atestiguar la presentación de su hijo en El Colegio Nacional. Luis emprende el viaje cuesta arriba, vuelve a la montaña, esta vez no para hallar su destino sino para encontrar a su hijo. Unos días después muere. Hay algo simbólico en ello. Chavela Vargas deseaba ir a España a despedirse de Federico (García Lorca) antes de regresar a morir en México. Luis Villoro sube la montaña de El Colegio Nacional y comparte con su hijo el máximo reconocimiento intelectual que otorga el país, antes de pasar al otro lado.



Bryan Charnley, *Donde sopla el viento suave*, 1990.
Wellcome Collection

Luis llegó a un México que buscaba con desesperación encontrar identidad y reconstruirse. Su pensamiento fue determinante para lograr un esbozo de coherencia para la nueva patria. Como buen filósofo, el resto de su vida lo pasó cuestionando esa coherencia y esa identidad. Lo hizo con la pluma, pero también en la trinchera social, desde 1968 hasta 2006. Juan Villoro cuenta la historia de quien construyó para luego deconstruir. Escribe: "el primer temblor del que tuve noticia ocurrió de noche. Yo estaba en la cama y no me asusté al sentir que la casa se movía. Pensé que era mi padre que caminaba por el pasillo". Quizás no se equivocaba, un gigante caminaba por esos pasillos.

Juan cuenta que su papá admiraba a Gandhi porque estaba convencido de que la filosofía no era una forma de pensar sino una manera de vivir. No todos los filósofos piensan así, pero Gandhi había sido congruente y al hacerlo cambió al mundo. Leí a Luis Villoro en la adolescencia porque había escrito sobre uno de esos filósofos congruentes con su pensamiento filosófico: Giordano Bruno. El libro de Villoro me gustaba porque, a diferencia de autores como Yates, Paz y muchos de los científicos contemporáneos que presentaban a Bruno como un filósofo obsesionado con la magia y el oscurantismo, Villoro había entendido el verdadero sentido de la magia en su obra. "Giordano Bruno definía al mago como 'el sabio que tiene la capacidad de actuar'. En la magia se expresa, como luego en la ciencia, la potencia del hombre por crear un mundo suyo", escribe Luis Villoro en *El pensamiento moderno*. En ese sentido quizás Juan Villoro se equivoca: Luis Villoro fue más mago que filósofo.

La figura del mundo es un libro que conmueve e inspira. Un libro que habla de la muerte utilizando la vida como excusa. A los que hemos perdido a un padre o una madre, nos toca fibras profundas de dolor y realidad. En estas páginas Juan Villoro no solo se encuentra con el filósofo consagrado o el papá errático; también descubre la caja de viagra en el cajón y a la amante de la juventud que parece haber olvidado el amor ardiente que le profesó su padre. Ante todo, este es un libro real, un libro genuino, escrito con inteligencia pero desde el espíritu. Se agradece mucho. Durante décadas el intelectualismo mexicano se ha cuidado de expresar vulnerabilidad. Los intelectuales eran tótems infranqueables que no podían caer en lo mundano, en lo banal, en lo humano; analizaban a la humanidad sin darse la oportunidad de ser parte de ella. En cambio, esta es una historia humana escrita no solo por uno de los mejores autores de Latinoamérica, sino por un hijo. **U**

PATRIMONIO

SANTIAGO ARAU

LA MIRADA INSÓLITA

Philippe Ollé-Laprune



Edición de autor,
México, 2023

Con una exposición fotográfica en el Museo Nacional de Arquitectura de Bellas Artes y la publicación del libro-catálogo que la acompaña, Santiago Arau nos ofrece una visión de la Ciudad de México que, como él mismo precisa, *relata* el vertiginoso conjunto que conforma el valle de México. Este imponente libro que presenta unas doscientas imágenes ancladas en la realidad del lugar viene acompañado de textos que le imprimen coherencia y precisión. Como un guiño cómplice, la publicación cierra con fotografías de archivo en blanco y negro que nos recuerdan que esta ciudad, obsesionada con la idea de preservar su memoria, ha suscitado un cuerpo fotográfico desde hace mucho tiempo.

Arau se propone retratar este territorio, capturando sus rasgos singulares para contar su historia. Procede con orden y divide su libro en secciones obvias y claras, como si intentara dominar un caos desmedido y hacerlo legible. Empieza con las condiciones geográficas, los volcanes y lagos que componen el paisaje, que constituyen parte de las imposiciones con las que la ciudad tuvo que contender. Luego divide el tiempo, desde la época prehispánica hasta el siglo XXI. Cada capítulo tiene su lógica y su estética; urbanismo y monumentos se alternan en estas páginas de forma organizada y racional, y la acumulación acaba produciendo lo que provoca la urbe: saturación, asombro, densidad. La materia viva de una gran metrópolis es difícil de fijar, por ello, una de las grandes cualidades de este libro es que la fuerza de sus imágenes hace eco del lugar.

El fotógrafo escapa a la enorme tentación de usar el retrato, dada la variedad de rostros y rasgos de los habitantes de la ciudad. Rechaza cualquier demagogia para trabajar con franqueza; así, hace tomas inéditas gracias al uso de drones. Las fotografías están enmarcadas por textos muy variados: algunas líneas de grandes escritores como Octavio Paz o José Emilio Pacheco, canciones populares cuyas letras resuenan con algunas imágenes enloquecidas, palabras en náhuatl que recuerdan el origen de las cosas, citas de pensadores y poetas, explicaciones antropológicas y sociológicas... El acierto es que estas frases acompañan sin asfixiar; tampoco frenan el recorrido al que nos invita este libro. Estas

anotaciones son didácticas en el mejor sentido del término: ayudan a comprender mejor la complejidad y la riqueza de este universo; son instrumentos para entender mejor las impresiones que provocan estas vistas.

Las fotografías y las palabras del autor-fotógrafo nos invitan a reflexionar sobre la posibilidad de narrar un lugar. Destaca esta idea en sus comentarios: la colección de imágenes que ha acumulado permite descifrar este espacio a través del relato de su historia, como lo haría un escritor en una novela. Pensemos en Georges Perec y su *Tentativa de agotar un lugar parisino*, ejercicio de construcción de textos a partir de ubicaciones determinadas en la capital francesa. Perec pretendía contar así la vida en su ciudad y elaborar un retrato fiel de ella. Arau procede cronológicamente y permite al lector ver su evolución, gracias a tomas vinculadas a una época concreta. Pero el trabajo fotográfico tiene, en general y en este caso particular, una profunda relación con la poesía. El poeta "trabaja el idioma", utiliza las palabras de manera que adquieran un nuevo significado. Arau sabe trabajar la imagen para que observemos un paisaje o un edificio, un monumento o una calle, ya conocidos, con la sensación de verlos por primera vez. El libro con-



Santiago Arau, *Cerro de las Minas en Iztapalapa*, 2023. Cortesía del artista

sigue este efecto evitando lugares comunes y reiteraciones para ofrecernos una vista desde un ángulo nuevo. No se trata aquí de saber si este proyecto es narrativo o poético, sino de reconocer una riqueza en su construcción que le otorga más valor que al simple hecho de contar una historia. Como expone el prefacio, podemos encontrar también muchos puntos en común con la crónica, donde el ojo es más cómplice que nunca de la pluma, aunque es en una pluralidad de géneros que prospera este libro.

En su profusión, la Ciudad de México invade la vista y satura la mente, por lo que ha sido objeto de numerosos registros fotográficos; muchos fotógrafos famosos encontraron aquí inspiración. Ahora, en el siglo XXI, la obra de Santiago Arau está llamada a permanecer porque combina el gusto por la tradición, aportes tecnológicos renovadores y un marcado gusto por las facetas más originales de esta urbe.

Un elemento central en la originalidad de este libro es la utilización de nuevos procesos técnicos. El uso de drones para encontrar perspectivas y ángulos proporciona perspectivas que el ojo humano no había podido contemplar. Ya sean parajes naturales —sobre todo volcanes y lagos—, monumentos, vistas aéreas de calles y plazas que casi trans-



Santiago Arau, *Basílica de Guadalupe*, 2023. Cortesía del artista

forman la imagen en mapa, como un curioso mosaico de colores inesperados que hacen sonreír al lector, cautivado y sorprendido por tomas que rompen con la banalidad. Algunos de los ejemplos más impactantes son tomas aéreas de la estatua del Caballito, del Ángel de la Independencia o del mercado de Tepito que rompen con tantos clichés. En ocasiones las fotografías son reelaboradas y obtienen la textura de un cuadro, añadiendo variedad y misterio al conjunto.

Como le gusta señalar al autor, la Ciudad de México es una curiosa mezcla entre un espacio museístico y una urbe en permanente agitación, y el equilibrio entre estas dos facetas es muy delicado. Ruinas prehispánicas conviven con construcciones coloniales, rodeadas de edificaciones recientes; su urbanismo particular lo engulle todo, asimilando este pasado con una vitalidad singular. Estas fotografías nos permiten captar el aspecto dominante de la arquitectura cuando es utilizada como arma de conquista: los colonizadores españoles destruyeron mucho para establecer su propia ciudad, dejando algunos vestigios, casi sofocados por las nuevas construcciones. Y la modernidad mexicana pasa por una urbanización devoradora que asimila este pasado, por pesado que sea, dándole su lugar. Las imágenes propuestas exhiben lo monumental del "arte de los vencedores", y cómo una forma de organizar el espacio constituye una estrategia para imponer una forma de vivir. Vivimos en una época en la que cuestionamos, muchas veces con razón, las épocas coloniales, las imposiciones de los conquistadores y su sistema de dominación. La posibilidad de observar este mecanismo destaca aquí: el choque visual subraya el aspecto violento de las imposiciones, pero además muestra cómo el tiempo ha suavizado estas relaciones.

El título del libro, *Patrimonio*, revela la importancia que el autor concede a estos legados del pasado, tanto naturales como culturales. Pero su gran preocupación abarca sobre todo la transmisión; lo principal no es la herencia sino cómo la usamos. Hay algo vibrante en sus fotografías, la impresión elocuente de que este patrimonio sobrevive porque está integrado en la vida de los habitantes. A diferencia de muchas metrópolis europeas, que dan la impresión de haberse convertido en museos sin vida, abrumadas por el peso del pasado, la Ciudad de México es un espacio estimulante gracias a la síntesis permanente de las huellas de la historia y de un presente que las respeta. La vitalidad del lugar reposa sobre vestigios que se entretajan con expresiones diversas de la actualidad. A través de su mirada renovada, este libro nos revela el carácter único de esta vertiginosa ciudad. **U**

STELLA DÍAZ VARÍN

CLAUDIA POSADAS (COMP.)

ESCRIBIR DESDE DENTRO

Tania Favela

Hace algunos días hice un taller en la Escuela Pablo Neruda, de la población Lo Prado. Uno de los niños me preguntó: "¿usted escribió desde dentro cuando era niña o le pusieron un pie forzado?" Casi caí muerta. Le contesté que siempre he escrito desde dentro.

Stella Díaz Varín



UNAM, México, 2023

En una entrevista realizada en 1998, le preguntan a la poeta chilena Stella Díaz Varín (1926-2006) si su obra había evolucionado. A lo que responde: "Evolución temática, no. El amor siempre ha estado presente como la razón de ser de mi obra, pero no es un tema. No existen los cambios temáticos, porque el amor está en todas las actitudes del hombre. El amor y el dolor son problemas de vida y no aceptan alteraciones. Y si no, es el odio. Pero tienen mucho en común". El amor, la violencia, el dolor o el odio son detonantes afectivos que buscan encarnarse en una lengua, de ahí que lo que interesa en una obra poética sea la temperatura de esa lengua y no solo los contenidos de los poemas.

La reciente antología preparada por la crítica y poeta mexicana Claudia Posadas para la colección Vindictas Poetas Latinoamericanas de Material de Lectura (UNAM) pone al descubierto la fuerza verbal de los poemas de Díaz Varín, casi desconocida en nuestro país. Aunque su obra poética es breve (cuatro libros y un tríptico), está filtrada por una lucidez contundente. Como toda antología, describe la trayectoria de la voz de la poeta, que va desde el surrealismo lírico de sus primeros poemarios hasta el desencanto irónico de sus últimos poemas. La inmersión en el lenguaje de *Razón de ser* (1949) se transforma en distancia crítica, no solo ante el lenguaje sino ante la realidad, en *Los dones previsibles* (1992). Quizá el cambio de aliento comienza a notarse en su poemario *Tiempo, medida imaginaria* (1959) y se agudiza en el tríptico *La Arenera* (1987), poema civil en el que denuncia de manera frontal la injusticia social, hasta llegar al último poema del libro, *Los dones previsibles* (que da título al poemario), en el que parece hacer un recuento de su vida (a la luz de su pasado), a la manera de Ajmátova. Díaz Varín escribe: "Me han quitado la sombra/ El canto de los pájaros/ La

bienamada sombra de las alas/ Tutela dulce/ A mi dolida resistencia./
Otras voces requiebran sus agujas/ en la reminiscencia de la piedra".
No cabe duda de que la difícil coyuntura histórica (los años criminales de la dictadura) y personal (la realización de su trabajo poético en medio de la marginación y el posterior silencio ante su obra, aunados a una vida llena de fuerza, pero también de dolor y de carencias) acentúan ese cambio de aliento que busca una dicción incisiva y concreta.

Más allá de los distintos matices entre cada uno de los libros de la poeta chilena, hay una coherencia que sostiene su obra poética. Quizás la columna vertebral de la escritura de Díaz Varín es su impulso dialógico, de ahí la presencia constante de formas apelativas, el tejido entre un tú (que va variando) y un yo (que modifica sus pronombres, pero se mantiene estable). El tú puede tomar una forma precisa: Anadir, Flor María Beltrán; ser el hijo, el hermano, el amigo, la amiga, la niña; puede mostrarse singular o plural: los otros, la otra o su propia conciencia; o bien, surgir tan abstracto como cuando dialoga con el Tiempo. Díaz Varín dice, declara, conversa, toma la palabra, alza la voz, con dulzura inquietante, como lo hace en su poema "Ven de la luz, hijo": "Que te ciegue la luz, hijo./ Que te atormente./ Ven de la luz, inúndate;/ ten la luz y desmiente la tiniebla./ Ven, hijo, arrodíllate./ Cree en los amaneceres./



Stella Díaz Varín. Archivo familiar de la autora



Arthur Dove, *Sin título*, ca. 1938. Smithsonian American Art Museum ©

En la luz son más bellos los ojos de Dios". La voz poética adquiere conciencia política crítica que señala el malestar y la rabia: "Tú llevas una bandera me han dicho./ Sí./ Tú llevas una bandera/ Yo sé/ Que la bandera es de un rojo profundo/ Toda bandera es un río de sangre".

La dimensión ética y política de su poética se entreteteje con sus atmósferas simbólicas, con alusiones bíblicas, vinculadas a algunas formas románticas, y con sus bellas y potentes imágenes surrealistas. Cercana en estilo a los integrantes del grupo Mandrágora, comparte con ellos la concepción de una mística de la revuelta y una insurrección estético-moral. La vida de la propia poeta responde ante esto con una honestidad irreprochable, tanto en sus búsquedas poéticas como en sus acciones vitales, que alimentaron la leyenda de mujer bella, dura y combativa. Pero lo que interesa aquí es su trabajo poético, que se ha visto eclipsado, entre otras cosas, por las muchas anécdotas que rodean a su persona y por la falta de un corpus crítico vasto que muestre la interesante urdimbre de su trabajo verbal.

Llama la atención la fluidez de su lenguaje y su capacidad de mutación. Sus imágenes son una muestra clara de la formulación de Breton: "Cuanto más lejanas estén las dos realidades que se ponen en contacto, más fuerte será la imagen, tendrá más potencia emotiva y realidad poética". Ejemplos de ello, espigados al azar en esta antología, son: "el rubí diluido de los mares inciertos", "y era corcel de abejas cautivadas y tristes", "cubriéndole el estiércol a los ojos del mundo", "me viene al tacto su sabor leproso", "palpo vertebrada lluvia", "bajo el alero ladran flores oscuras"; imágenes que muestran mecanismos asociativos complejos con los que Díaz Varín entreteteje su pensamiento. Sus imágenes

tienden siempre hacia el sentido, alejándose del capricho poético y construyen un imaginario en el que las palabras se reiteran con matices distintos: luz, noche, peces, huesos, ojos, piel, cabellera, piedra, mar, azul, verde, sangre, boca, tiempo, palabra, canto, sonido, hombre, entre otras, aparecen una y otra vez a lo largo de su obra como signos en rotación, oscureciendo o iluminando sentidos diversos, y fluctuando entre la transparencia y el hermetismo.

Quiero detenerme en la palabra "hombre", tomando sobre todo su imagen-idea del "hombre fósil". La propia Díaz Varín aclara en una entrevista que en su libro *Sinfonía del hombre fósil* (1953) utiliza ese término "en el sentido del hombre pétreo, del hombre arcaico, del hombre olvidado, del hombre único y miserable". A este hombre le dedica el último poema del libro, que da nombre al poemario. Ahí leemos tres veces el siguiente verso: "el habitante de mi sangre no está conmigo ahora", refiriéndose tal vez a hombres y mujeres que vivieron en otras épocas, a esos seres humanos arraigados a la tierra; quizá también hace alusión a la cultura mapuche o simplemente a un hombre y a una mujer, integrados. Esas mujeres, esos hombres tendrían que resurgir, como en esa bella imagen situada en el mismo poema: "tus huesos florecidos". "La voz de la sangre es la voz de la poesía", señala la poeta en otra de sus entrevistas, como queriendo apuntar a la raíz de sus palabras. La poeta se propone buscar la "palabra escondida", volver hacia atrás, hacia los cimientos de la humanidad. Lo fósil de Díaz Varín recuerda la poética que traza Miguel Casado al leer a Paul Celán: el poeta debe "liberarse del sentido inscrito en la lengua, convertirla en materia propia o, como postula Celán en alguna ocasión, trazar surcos a oscuras entre los sedimentos de un saber fosilizado, aunque, a la vez, activo". De ahí el interés de Díaz Varín de "crear al hombre verdadero", al "individuo", no el aprendiz de hombre, sino aquel o aquella que vuelve a ese saber fosilizado pero activo, que reconoce ese sedimento en su propia sangre y que sabe que los poemas, para que sean verdaderos, deben surgir desde adentro, después de bucear en lo que está más allá de la inscripción superficial de las palabras para recuperar su sentido oculto. Ahí está, posiblemente, la "palabra escondida" de la que habla la poeta en su poema "La palabra": "Sin dar con la palabra./ Se termina la búsqueda y el tiempo./ Vencida y condenada/ Por no hallar la palabra que escondiste". Aunque tal vez sí la encontró, pero no como palabra-signo, sino como aquello que está en la base de sus palabras: en su tono, en su sonido, en ese canto que sostiene toda su obra y la distingue: "Ay hermano,/ mi voz creó un sonido diferente...". **U**

REGRESO A LA TIERRA. MEMORIAS Y REFLEXIONES DE NUEVE ASTRONAUTAS AL VOLVER DEL ESPACIO

VARIOS AUTORES

LA TIERRA COMO PUERTO

Jazmín Rincón

De un auténtico viaje nunca se vuelve.
Gilles Deleuze



Gris Tormenta,
México, 2022

Cuando el sueño más común es ser *uno mismo*, no es de extrañar que cada vez sea más difícil encontrar libros que produzcan un poco de vértigo; libros con gravedad cuyos autores sean secundarios, se contradigan y respondan a deseos obsesivos que surgen siempre bajo una forma ilusoria, como cuando un niño decide que de grande va a ser astronauta.

Regreso a la Tierra es un compendio de memorias y reflexiones escritas por varios astronautas tras volver del espacio y reedita la editorial mexicana Gris Tormenta en 2022. Tomar distancia es siempre necesario. Alejarse, ya sea de los padres o del lugar natal, es una condición para volver. De ahí que Yuri Gagarin, el primer cosmonauta en viajar al espacio, exclame desde su nave como si estuviera en un sueño: "¡La lejana y querida Tierra!". En efecto, el amor se alimenta de la lejanía. El problema empieza cuando ese "tomar distancia" sirve para cancelar la incertidumbre, convirtiéndose así en una especie de huida hacia el mañana: "¡Al diablo con la Tierra!", dice riendo el magnate Elon Musk en la entrevista que le hace Ross Andersen y que encontramos a manera de epílogo. ¿Será porque en las bromas, como decía Freud, hasta la verdad se puede decir?

Cuando es posible ver la Tierra a distancia, esta corre el riesgo de convertirse en un objeto global de cálculo, en una bomba de relojería. De hecho, uno de los puntos que Freud supo observar en *El malestar en la cultura* fue la paradoja que de esto se desprende, pues mientras los avances de la civilización y el progreso amplían el poder y el conocimiento de una cultura sobre el mundo, crece a la vez un malestar silencioso en el seno de ella. Cuando el primer satélite fabricado por el hombre es lanzado al espacio en 1957, Hannah Arendt hace eco de esta reflexión en su prólogo a *La condición humana*. Lo que entonces era celebrado como el primer "paso de la victoria del hombre sobre la

prisión terrena" ella lo percibía como una rebelión funesta contra la existencia misma, un esfuerzo de la ciencia por cortar el último lazo que sitúa al hombre "entre los hijos de la naturaleza".

Es posible que hoy las palabras de Arendt sean más pertinentes que nunca. Olvidamos que soñamos, imaginamos y deseamos gracias a la gravedad, a la dureza de la existencia terrenal. Igual que los pájaros vuelan gracias a ella y a la resistencia del aire. Sin el peso, sin el obstáculo de la gravedad, el vuelo no sería nada. Por eso cada uno de nosotros obedecemos, más que a nuestros planes, a una causalidad inagotable, imposible de prever. Si hay inconsciente, decía Jean-Claude Milner, es porque estamos atravesados, tanto en el cuerpo como en nuestro hablar, por la causalidad infinita del universo. El inconsciente es, por decirlo de alguna forma, el sello del infinito en el individuo. No olvidemos que la palabra *cosmos* —con la que los rusos nombraron a los primeros hombres que viajaron al espacio (en ruso *kosmonavt*, *космонавт*, que a su vez deriva de las palabras grie-



Fotomontaje realizado con una fotografía anónima de Yuri Gagarin y un fondo de estrellas del telescopio espacial Hubble de la NASA ©

gas *kosmos*, *κοσμος*: universo y *nautes*, *ναύτης*: navegante)— se opone a la palabra *caos*. El neologismo *caosmos* de Joyce que tanto le gustaba a Lacan evoca así el entrechoque de lo finito y lo infinito, la fusión imposible entre vida y lenguaje que es la esencia de la condición humana.

Basta trazar una línea recta para que surja un nuevo laberinto o querer algo para que brote otra cosa. Esto es lo que más me ha gustado de esta lectura: que más allá de la delirante carrera por el Futuro, hay algo en los distintos testimonios, fuera del tiempo, que se manifiesta como un destello casi mágico: dicho de otra forma, como el nacimiento de un verso en medio del inagotable universo. Pienso en la siguiente descripción que hace Yuri Gagarin del descenso de su nave (tomada, por cierto, por Alfonso Cuarón para la escena final de su película *Gravity*): “Vi, a través de los obturadores que cubrían las ventanillas, el temible destello carmesí de las llamas que crecían alrededor de la nave”. O esta otra, de Neil Armstrong: “La Tierra misma es una nave espacial. Una nave de naturaleza extraña, ya que lleva a su tripulación en el exterior, no en el interior”.



La Tierra vista del espacio. NASA/GSFC

La poesía, como decía Borges, está en todos lados. Y muy a menudo en donde no se la espera. El mismo Al Worden cuenta cómo, décadas después de regresar de su viaje espacial en 1971, seguía intentando comprender el huracán perceptivo que recibió en esas horas intensas hasta que un día, al escuchar cómo su propia narración adquiriría un aire cada vez más irreal, se decidió a escribir algo así como un libro de poesía. Pareciera entonces que solo en la escritura fallida de lo que terminó plasmado en unos versos logró darle cobijo a aquella experiencia que pedía a gritos un medio de expresión. También hay algo de eso en el destello que emanan varias de las frases recopiladas al final del libro, y en el hecho de que distintos astronautas se refugiaron en la religión o en el arte. Al respecto, me llamó la atención el contraste que señala Jacobo Zanella entre astronautas ateos y cristianos. Ayudándose de la religión, estos últimos pudieron, de un modo u otro, reelaborar la experiencia mientras que algunos de los primeros llegaron a caer en verdaderas crisis existenciales.

“Había cruzado el angosto precipicio de la muerte y no me había caído”, escribe Mike Mullane después de dos años de permanecer en órbita. Y continúa: “los otros me veían como si estuviera loco, y claro que lo estaba”. Efectivamente, un verdadero acontecimiento deja algo de irracional, una huella indeleble cuyo rastro podemos seguir en el pensamiento que segrega como un remolino. Por lo mismo, si hay algo en lo que coinciden todos los astronautas de *Regreso a la Tierra* es en haber experimentado una especie de corte, un antes y un después en sus vidas, que los llevará a intentar comunicar mediante el lenguaje lo que nada tiene que ver con las palabras. Y es que más allá de lograr una comprensión de lo vivido, lo que resulta asombroso en muchos de los testimonios es una especie de vuelta a la infancia, una *inmediatez recobrada* de regreso a la Tierra que resalta en el comentario precioso de Scott Kelly: “Salté a la piscina sin quitarme el traje de vuelo. Es imposible describir la sensación de estar inmerso en el agua por primera vez después de un año. Nunca volveré a dar por hecho el agua”.

Al Worden narra cómo, todavía años después de su viaje, muchos de sus vecinos pasaban a visitarlo simplemente para tomar algo y charlar. “Solo querían estar cerca de alguien que había regresado de la Luna”. En efecto, todos queremos estar con alguien que volvió de la Luna... o de eso lejano que a la vez es lo más cercano a cada uno de nosotros. Quizá por eso la gran desgracia de este tiempo, que sin duda resuena en estas *Memorias y reflexiones*, es haber olvidado que de una u otra forma cualquier persona, cualquiera, ha regresado de la Luna. **U**

NO HAY UN CENTRO, SOLO DAR LA VUELTA

ALLAN VILLAVICENCIO

CONTENIDOS Y EXPULSADOS

Daniel Montero

La sala Daniel Mont del Museo Experimental el Eco es uno de los espacios de exhibición más difíciles que existen en la Ciudad de México. Está ubicada en un segundo piso, arriba de lo que solía ser un bar, y se ingresa por una puertecita al lado del acceso principal del museo. Luego de subir unas escaleras negras y pasar por una puerta de cristal, el visitante se encuentra con un espacio que se estrecha hacia el fondo, iluminado por unas ventanas ubicadas en la parte superior de los muros y por luces museográficas instaladas en el techo. Por supuesto, cualquier obra o proyecto que se instale allí estará condicionado por ese espacio que trastoca el imaginario del cubo blanco y predispone tanto la mirada como la experiencia del visitante.

La sala ha sido usada desde hace algunos años para que los artistas propongan proyectos que consideren ese lugar, forzándolos a establecer una relación entre su propuesta artística y las condiciones históricas y arquitectónicas del museo. Sin embargo, las obras que mejor lo han resuelto plantean el espacio como parte de la instalación y no como un mero sitio que ocupar. En este sentido, esas obras no fueron hechas solo para ser vistas sino que, desde su concepción, consideraron la experiencia del espectador en el espacio. Así, la sala se vuelve una parte importante de la obra porque los artistas necesitan preguntarse qué se puede instalar allí y qué características tendrá la obra propuesta en relación con su propio trabajo.

Ese es el caso de la exposición *No hay un centro, solo dar la vuelta*, de Allan Villavicencio. El espacio de la sala se convierte en el espacio de la pintura y, a la vez, el motivo y la imagen son producto de una reflexión sobre ese lugar. La muestra está constituida de tres pinturas articuladas en paneles —pintadas con colores negros, grises, ocre y cremas en tonos apastelados—, de modo que parece que las capas de color se fueran desarrollando una a una, generando una suerte de espiral sin centro, como la basurilla de un lápiz tras sacarle punta o la cáscara de una mandarina. La pintura más grande, integrada por cuatro paneles, es la que recibe al visitante. Por su disposición en una estructura de biombo, obliga al espectador a realizar un recorrido por sus dife-

rentes superficies. Al fondo, dos paneles más invitan a que el visitante se desplace hacia el otro extremo de la sala. En una de las paredes, y articulada con la esquina del muro, hay una pintura más pequeña.

Lo que ocurre es significativo porque se genera una especie de vacío entre los paneles que están en los extremos de la sala y la pintura que se va desarrollando en las superficies de los cuadros. Así, se provoca una tensión entre el adentro y el afuera de la imagen de la pintura y el espacio de la sala, forzando al visitante a interactuar y a permanecer descolocado. De esta manera la pintura se presenta en una continuidad y una discontinuidad tanto del espacio como de la mirada. Además, el espacio se desestabiliza en cierta medida porque hay una gran cantidad de líneas que Villavicencio tuvo en cuenta para su obra: las del espacio y las de los paneles, pero también las que se encuentran como imágenes dentro de los cuadros.

Esta experiencia no es nueva en la trayectoria del artista. En 2016, en la galería Luis Adelantado, en la Ciudad de México, Villavicencio ya había considerado el espacio para instalar sus pinturas. En aquella oportu-



Vista de *No hay un centro, solo dar la vuelta*, de Allan Villavicencio. Cortesía del artista



Vista de *No hay un centro, solo dar la vuelta*, de Allan Villavicencio. Cortesía del artista

tunidad, las obras dialogaban con el recinto a partir de un montaje que incluía algunos objetos que establecían una relación entre las paredes, el piso y el techo. Sin embargo, la propuesta parecía un experimento donde el artista intuía ya que la arquitectura, los objetos y las pinturas debían generar una espacialidad localizada. Años más tarde, en 2021, en una exposición en la galería Karen Huber, Villavicencio comenzó a crear estas pinturas articuladas que generan muros, modifican el espacio del recinto y alteran la percepción y la disposición de las obras que las acompañan. En esa oportunidad, un juego de escalas en las obras, así como sus motivos y la técnica para producirlas, remitían a tensiones entre las superficies pictóricas y los volúmenes; pero, tal vez más importante, también a la manera en que los fragmentos de pintura a veces permiten ver —y a veces no— otros fragmentos, lo que genera una suerte de espacios de visión y campos de color diferenciados por las técnicas usadas para pintar cada fragmento. Luego, en 2023, el artista realizó una intervención directamente en un muro de la galería Mitterrand de París, en la que las capas de color dispuestas en lienzos de diferentes formatos jugaban de una forma peculiar con la pintura deslavada pintada en la pared.

En *No hay un centro, solo dar la vuelta*, las ideas y experiencias anteriores redundan en un concepto plenamente desarrollado, esta vez condicionado por la sala Daniel Mont. Limitando su paleta a tonos mucho

menos vibrantes y contrastantes que en ocasiones previas, Villavicencio presenta una pintura espacial en un triple sentido. En primer lugar, genera un efecto de volumen al trabajar por fragmentos en la composición de los planos pictóricos; cada uno de esos pétalos de pintura adquiere una presencia por la manera en que el artista modula el color. En segundo lugar, los paneles que están separados del muro arquitectónico del museo y apoyados en el piso rearticulan el espacio de la sala. En tercer lugar, al enfrentar una pintura con la otra y poner una pequeña en la esquina del muro, el artista fuerza al visitante a hacer un recorrido hacia adentro y hacia afuera de la sala. Este juego de espacios no sería posible sin el descentramiento que produce la composición de la pintura. Así, la sugerencia de "dar la vuelta" tiene mucho sentido porque el visitante necesita girar para comprender visual y corporalmente lo que está pasando. En conjunto, se trata de una desorientación provocada.

Es imposible leer el gesto de Villavicencio como un simple apunte a la tradición de la pintura abstracta local, aunque tampoco responde a la especificidad medial de Clement Greenberg ni al teatro ni a la autorreferencialidad biográfica del sujeto descrita por Harold Rosenberg. En esta exposición Villavicencio logra actualizar la pintura contemporánea al generar un espacio *sui generis* de la representación. Es decir, el espacio de la pintura y el espacio real ponen a "actuar" al espectador en una suerte de tensión entre la presentación del espacio de la sala y el espacio que se presenta en cada uno de los lienzos articulados, lo que provoca una dislocación del cuerpo y la mirada.

Ahora que la tendencia es que la pintura sirva como telón de fondo o escenario para que actores o *performers* lleven a cabo una acción, Allan Villavicencio coloca al espectador en un espacio específico creado por la instalación de sus obras, sin que la pintura se vuelva el fondo de nada.

Me resulta claro que *No hay un centro, solo dar la vuelta* es el fin y a la vez el comienzo de una nueva exploración en la obra de su autor. Esta tiene que ver con un ejercicio reflexivo sobre qué implica crear una pintura en la actualidad, qué consecuencias tiene realizar una instalación en un sitio específico y cómo esas dos cosas afectan la forma en que los cuerpos interactúan en el espacio. Además, esta exposición replantea la experiencia de la pintura cuando se le considera cada vez más como imagen (debido a la incidencia de la fotografía digital) y en un momento en que es difícil escapar de la autorreferencialidad subjetiva. En ese sentido, la pintura de Villavicencio es un apunte sobre la contemporaneidad y, a la vez, una sugerencia de escapar de ella. **U**

NUESTROS AUTORES



**Carlos
Acuña**

es reportero, escritor y editor. Ha publicado en *Enequis*, *Chilango*, *Gatopardo* y otros medios. Fue maestro en la Unidad de Investigaciones Periodísticas-Corriente Alternativa de Cultura UNAM. Ahora es parte de Fábrica de Periodismo, una iniciativa de periodismo independiente.



**Hugo
Alconada
Mon**

es periodista argentino. Trabaja para el diario *La Nación*, colabora con *El País* y ha publicado en *The New York Times* y *The Washington Post*, entre otros medios. Es maestro de la Fundación Gabo e integrante de la Academia Nacional de Periodismo en Argentina.



**Lola
Ancira**

(Querétaro, 1987) es escritora y editora. Ha publicado en diversas antologías y revistas. Entre sus publicaciones está *Tusitala de óbitos* (2013) y *Tristes sombras* (2021).



**Noha
Atef**

es investigadora, escritora y estudiosa de medios egipcia. Se especializa en humanidades digitales y cultura popular.



**Sheerly
Avni**

es escritora y editora. Vive en un bosque con su esposo, tres perros y un ejército de colibríes beligerantes.



**Juan
Carvajal**

(1935-2001) poeta mexicano. Fue traductor de Novalis y de Rilke y amplio conocedor de las letras germánicas. Su obra poética está incluida en el libro *Poesía reunida* (2002).



**Liliana
Colanzi**

es escritora, profesora, editora y periodista boliviana nacida en Santa Cruz, en 1981. Ha publicado, entre otros libros, *Vacaciones permanentes* (2010), *La ola* (2014), *Nuestro mundo muerto* (2016) y *Ustedes brillan en lo oscuro* (2022).



**Elisa
Díaz
Castelo**

es escritora. Ha publicado, entre otros libros, *Planetas habitables* (2023), *El libro de las costumbres rojas* (2023), *Proyecto Manhattan* (2021). Ganó el Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes por *El reino de lo no lineal* (2020).



Tania Favela

es poeta, ensayista y académica. Ha publicado, entre otros libros, *La imagen rueda* (Libros de la resistencia, 2022) y *La trama ininterrumpida. Ensayos en torno a Hugo Gola* (Peregrinatur, Argentina, 2022). Actualmente es académica de tiempo completo de la Universidad Iberoamericana.



Julieta Fierro

es física, astrónoma y divulgadora de la ciencia. Trabaja en el Instituto de Astronomía e imparte clase en la facultad de Ciencias de la UNAM desde hace 49 años. Ocupa la silla XXV de la Academia Mexicana de la Lengua. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.



Carlos García

es diseñador gráfico egresado de la UIA (2011) y ejecutivo de Diseño en Televisa Univisión en el departamento de Producción Comercial. Otras obras suyas son *Nada es como Ayer, Corre... Cachetes... Corre!!*



Julieta García González

(Ciudad de México, 1970) es narradora, periodista y editora. Estudió Letras Hispánicas en la UNAM. Ha publicado cuento, novela y literatura infantil. Es autora de *Vapor* (2004), *Las malas costumbres* (2005) y *Cuando escuches el trueno* (2017).



Renata García Rivera

(Guadalajara, 1997) es poeta. Publicó su primer libro, *Sombras desde el árbol*, en 2020. Realizó una estancia de escritura en Under The Volcano, en Tepoztlán, en 2023. Actualmente es becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas.



Eduardo Halfon

(Guatemala, 1971) es narrador. Su novela *Duelo* (2017) fue galardonada con el Prix du Meilleur Livre Étranger, el Edward Lewis Wallant Award y el International Latino Book Award. En 2018 recibió el Premio Nacional de Literatura de Guatemala.



Lev Jardón Barboña

cursó el doctorado en ciencias en el Instituto de Ecología de la UNAM. Trabaja como investigador asociado en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Su campo de estudio comprende la biología evolutiva y la genética de las poblaciones.



Capitán Charles Johnson

es el nombre del autor de *Una historia general de los piratas*, de 1724, aunque su identidad es un misterio. Su libro es una de las fuentes primarias más importantes de las biografías de los piratas de la época.



Emilio Lezama

es escritor, analista y director de la agencia de comunicación estratégica y creativa Los hijos de la Malinche. Es autor de la novela *El Mejor Mundo Posible* (Cal y Arena, 2019), columnista de *El Universal* y ha publicado textos en *El País*.



Mauro Libertella

(Ciudad de México, 1983) es escritor y estudió letras en Buenos Aires. Fue seleccionado por el Hay Festival como parte del grupo Bogotá 39-2017. Sus libros se han publicado en Argentina, Chile, Costa Rica, Colombia, México e Italia.



Daniel Montero

es investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Además de desempeñarse como crítico de arte y curador, es autor de los libros *Crítica de arte en México. Debates y definiciones* (2023) y *El cubo de Rubik, arte mexicano en los años 90* (2013).



Philippe Ollé-Laprune

(París, 1962) es editor, escritor y promotor cultural. Dirigió la oficina del libro de la Embajada de Francia en México y fue director-fundador de la Casa Refugio Cihuatlanpetl. Coordina la red ICORN en América Latina y es locutor del programa *Acentos* en Opus 94.



Pablo Raphael

(1970) es escritor y diplomático. Por su libro de cuentos *Agenda del suicidio* (2011) recibió el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen. Es autor de las novelas *Armadura para un hombre solo* y *Clipperton*, así como del ensayo *La Fábrica del Lenguaje, S.A.*, finalista del Premio Anagrama de Ensayo 2011.



Joca Reiners Terron

(Brasil, 1968) es autor de libros como *La tristeza extraordinaria del leopardo de las nieves* (Almadía, 2015) y *La muerte y el meteoro* (Laurel, 2024). Ha traducido obras de Cristina Rivera Garza, Camila Sosa Villada, Samanta Schweblin, Juan Gabriel Vásquez, Mario Levrero y Roberto Bolaño.



Jazmín Rincón

estudió música en la Escuela de Artes de Utrecht, Holanda. Es doctora en historia del arte por la UNAM. Combina su actividad como intérprete con la investigación, la curaduría y la crítica musical.



Aldo Sánchez Ramírez

(Ciudad de México, 1979) es humanista por la Universidad Iberoamericana y curador por el California College of the Arts. Es profesor en la UNAM, entre otras universidades, y curador independiente. Publicó el libro *Blue Demon. Ídolo mexicano sin límite de tiempo*.



Francisco Serratos

(Veracruz, 1982) es profesor y escribe sobre literatura, animales, humanismo ambiental y teoría política. Su más reciente libro es *El capitaloceno. Una historia radical de la crisis climática* (2021).



Alfonsina Storni

fue poeta argentina. Vinculada a los movimientos de vanguardia de finales del siglo XIX y principios del XX, publicó entre otros poemarios *Languidez* (1920) *Ocre* (1925) y *Poemas de amor* (1926). En 1938 terminó con su vida lanzándose a las olas en Mar del Plata.



SUPERFLEX

fue fundado en 1993 por Jakob Fenger, Bjørnstjerne Christiansen y Rasmus Rosengren Nielsen. Concebido como un colectivo expandido, SUPERFLEX ha trabajado con una amplia variedad de colaboradores, desde jardineros, ingenieros, biólogos y cineastas hasta el público en general.



Juan Pablo Villalobos

(Guadalajara, 1973) es autor de *Fiesta en la madriguera* (2010), *Si viviéramos en un lugar normal* (2012), *Te vendo un perro* (2015) y *No voy a pedirle a nadie que me crea* (Premio Herralde de Novela 2016). Sus novelas han sido traducidas a dieciséis idiomas. Actualmente vive en Barcelona.



Rasmus Grønfeldt Winther

Es filósofo de la ciencia, investigador, escritor, maestro, buzo y explorador. Es profesor en la Universidad de California, Santa Cruz, y en la Universidad de Copenhague, y autor de *When Maps Become the World* y *Our Genes: A Philosophical Perspective on Human Evolutionary Genomics*.

10 marzo

ORQUESTA FILARMÓNICA DE LA UNAM

Mariana Martínez, directora huésped
Solistas OFUNAM: Nadejda Khovliaguina,
Ekaterine Martínez, Alma Osorio, Ewa Turzanska,
Mariana Valencia, Ana Caridad Villeda, violines |
Patricia Hernández, viola | Beverly Brown, violonchelo |
Alethia Lozano, flauta | Araceli Real, oboe |
Janet Paulus, arpa

Obras de **Bach, Mozart, Telemann y Vivaldi**

Domingo 12:00 pm
Sala Nezahualcóyotl \$150

TÚUMBEN PAAX

Rodrigo Cadet, director artístico
Lucía Olmos, soprano y directora general |
Lorena Barranco, Carmen Contreras, sopranos |
Julietta Beas, Itzel Servín,
Mítzy Chávez, mezzosopranos

Repertorio coral contemporáneo de México
y otros países

Domingo 12:00 pm
Anfiteatro Simón Bolívar \$50

14 marzo

CHARLA VIRTUAL

Wanda Landowska: la dama del clavecín

Inés Ruiz

Jueves 7:00 pm
Canal de YouTube de Música UNAM, entrada libre

16 marzo

TRÍO DE PERCUSIÓN BARRA LIBRE

Kaoru Miyasaka, Maribel Pedraza y
Gabriela Orta, percusiones

Música para percusiones de compositoras
contemporáneas

Sábado 12:00 pm
Auditorio del MUAC \$100

MÚSICA DE CÁMARA

Barbara Piotrowska, violonchelo
Juan Galicia, piano

Obras de **Brahms y Nadia Boulanger**, entre otras
compositoras

Sábado 6:00 pm
Sala Carlos Chávez \$100

16_17 marzo

ORQUESTA FILARMÓNICA DE LA UNAM

JoAnn Falletta, directora huésped

Obras de **Ina Boyle y Gabriela Lena Frank**,
entre otros compositores

Sábado 8:00 pm | Domingo 12:00 pm
Sala Nezahualcóyotl \$240, \$160 y \$100

17 marzo

ORQUESTA JUVENIL UNIVERSITARIA EDUARDO MATA

Mark Kadin, director huésped

Estreno mundial de **Marie Gabrielle Blix**,
entre otros compositores

Domingo 6:00 pm
Sala Nezahualcóyotl \$50

RETRATOS SONOROS

Ana Rosalía Ramos, soprano | Liliana Obando, piano |
Montserrat Pérez-Lima, musicóloga y narradora

Obras de **Guadalupe Olmedo**

Domingo 6:00 pm
Sala Carlos Chávez \$100

21 marzo

LABORATORIOS SONOROS

Músicos invitados: Blanca Ocegüera, cuencos
tibetanos | Hilary Jeffery, trombón y corno |
Rosin, voz

Estreno mundial de **Kris Berle y Héctor Ruiz**

Jueves 7:00 pm
Auditorio del MUAC \$100

Venta de boletos en taquilla y en línea
boletoscultura.unam.mx

Programación sujeta a cambios

Consulta cartelera para transmisión
de conciertos en musica.unam.mx